

en Shot 2014-06-28

Bisexualidades feministas afirma y celebra la identidad bisexual como potencia política y activismo identitario. Es un punto de encuentro con una multiplicidad de voces que habilitan y acompañan una construcción propia, íntima, y eso sin exagerar, le puede salvar la vida (sexual) a más de una joven y no tan joven. Porque le pone nombre a las identidades eróticas y amorosas más allá de la trama heterosexual, cis y monosexista de la sociedad patriarcal. Asumirse bisexual para quienes llegan a los veinte años hoy es mucho más pensable que hace una década. Éste libro, con sus textos académicos, activistas y personales, al dotar de palabras, lo hará más sencillo.

68 %

470x473 px

400x400 px

55 %

1920x1440 px



MADRESELVA

BISEXUALIDADES FEMINISTAS



MADRESELVA

BISEXUALIDADES FEMINISTAS

contra-relatos desde una disidencia situada

Laura A. Arnés,
Malena Correa,
Agustina Herrero,
Agostina Invernizzi,
Josefina Itoiz,
Iris Luz Ortellao,
Ayelen Pandolfi Chediack

Bisexualidades feministas
Contra-relatos
desde una disidencia situada

Laura A. Arnés
Malena Correa
Agustina Herrero
Agostina Invernizzi
Josefina Itoiz
Iris Luz Ortellao
Ayelén Pandolfi Chediak



MADRESELVA

Bisexualidades feministas : contra-relatos
desde una disidencia situada / Laura Arnes...
[et al.]. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de
Buenos Aires : Madreselva, 2019.
256 p. ; 20 x 13 cm.

ISBN 978-987-3861-31-4

1. Feminismo. 2. Bisexualidad. I. Arnes, Laura.
CDD 305.42

Bisexualidades feministas. Contra-relatos desde una disidencia situada
Laura A. Arnés, Malena Correa, Agustina Herrero, Agustina Invernizzi, Josefina
Itoiz, Iris Luz Ortellao y Ayelén Pandolfi Chediak

Madreselva editorial, Buenos Aires, Julio 2019
Diseño de portada: Lea Jael Caiero
Corrección: Paula Peyseré
Maquetación: Damián Cabeza Porley

© ⓘ ⓘ Esta edición se realiza bajo una licencia Creative Commons Atribución-No
comercial 2.5 Argentina. Por lo tanto, la reproducción del contenido de este libro, total
o parcial, por los medios que la imaginación y la técnica permitan sin fines de lucro y
mencionando la fuente está alentada por los editores

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina – Printed in Argentina

Prólogo

Hay libros que son necesarios. Hay libros que son oportunos. Hay libros que son bellos. Hay libros que son conmovedores. Este libro es todo eso. Una buena combinación de textos académicos, activistas y personales, todos los componentes de un pensamiento integral, bellamente escritos.

No podría comenzar de otra forma que agradeciendo a las autoras por el honor de ofrecerme escribir este prólogo. Milito en el movimiento LGTB desde 1996, aunque en esa época no teníamos la B, no solo porque no había activistas que se nombraran bisexuales en el movimiento, sino porque nosotrxs tampoco tuvimos la amplitud de miras de incluir en nuestra agenda temas que les afectaran. La B apareció en 1997, luego de que Alejandra Sardá, que tenía una trayectoria como activista lesbiana, dijera que desde ese momento se declaraba bisexual. Fue, por decirlo directamente, un escándalo. Me gustaría decir que fuimos un movimiento abierto, capaz de no descargar sobre algunxs de nosotrxs lo que todxs habíamos padecido del afuera heterosexista y cisexista: prejuicios, burlas, condenas. No lo fuimos. Aunque algo aprendimos, algunxs de nosotrxs al menos, y nos comprometimos. El feminismo, si bien yo no militaba en ese movimiento y no lo viví desde adentro, no fue mejor en este tema: de manera general, se podría decir que el feminismo mayoritario tuvo y sigue teniendo bastantes problemas con las sexualidades no cis-heterosexuales.

A lo largo del libro aparecen varias veces los conflictos entre lesbianas y bisexuales, tanto en situaciones de noviazgo/pareja, como en situaciones sociales de amistades y en el terreno político del activismo.

Muchas veces entre las distintas comunidades y sectores activistas que conforman la sigla LGTB hay conflictos, recelos, y discrepancias en agenda, alianzas y tácticas, pero cuando esto aparece entre mujeres bisexuales y lesbianas es especialmente delicado por el grado de intimidad en lo vincular, en lo social y por la cantidad de temas compartidos en lo que podría ser una agenda amplia de respeto de derechos, desde salud, a trabajo, educación, tecnologías reproductivas, maternidades, etc.

La bifobia y el monosexismo están tan poco tematizados socialmente que incluso cuando nuestro movimiento habla de "crímenes de odio" (una terminología que no me parece adecuada por individualista y por demasiado próxima a la idea de crimen pasional) habla solo de homofobia, transfobia y lesbofobia o lo junta todo en homolesbotransfobia. Y pocxs parecen notar que falta mencionar, denunciar y enfrentar la bifobia.

Aprendí por primera vez acerca de la intensidad y extensión de la bifobia con Alejandra. En el '97, yo era una joven lesbiana que recién arrancaba en el activismo. Algún tiempo después de que se desatara la tormenta en Buenos Aires cuando Alejandra dijo que se reconocía bisexual, viajamos a Río de Janeiro, a un encuentro de la Red de Salud de las Mujeres de Latinoamérica y el Caribe. A mí me parecía muy bien su nuevo posicionamiento identitario y durante una conversación con otras activistas en Brasil la nombré como bisexual. Alejandra se enojó conmigo y me lo reprochó. Quedé dolida y sin entender bien qué pasaba. Pero después entendí. Con el paso del tiempo, vi cómo estaba instalada la bifobia en el feminismo, en el movimiento LGTB y sobre todo entre vastos sectores de las lesbianas, politizadas y no politizadas. Escuché acusaciones de traición, falsedad, indecisión, ventajismo, inmadurez, uso de las tortas y complicidad con el patriarcado enuncia-

das de diversas maneras y siempre arrojadas como un arma hacia la cabeza de alguna.

Alejandra inició una cantidad de cambios en la forma de pensar, hacer política y nombrar que teníamos lxs activistas del movimiento que por entonces se llamaba LGTTT, en Buenos Aires, al que agregamos la B, e inició un grupo de reflexión para mujeres bisexuales, además de ampliar el espectro de interés de Escrita en el cuerpo, el archivo y biblioteca que mantenía con quien era entonces su pareja. Muchos años después, diría demasiados, vi surgir a las Bisexuales Feministas. Las apoyé con entusiasmo porque era muy claro que le hacían falta a nuestro movimiento que portaba la B pero no se preocupaba mucho de que hubiera o no activismo bisexual. Sin embargo, una vez más vi cómo el respaldo que recibían de los movimientos LGTB y feminista no era el que se daba a otros grupos. La historia de la organización de las bisexuales feministas que se recupera en este libro es un capítulo importante de la historia del movimiento LGTB y también del movimiento feminista, un capítulo que estaba pendiente de ser escrito, con detalles y reflejando estos amargos conflictos. Por eso es tan valioso el trabajo de recuperación del surgimiento y cambios de los talleres sobre bisexualidad en los Encuentros Nacionales de Mujeres como la formación, apariciones, discusiones y textos de la organización Bisexuales Feministas.

Cuando lxs activistas bisexuales han manifestado críticas por ser persistentemente dejadx de lado o rezagadx en cuanto a visibilidad e importancia en la agenda del movimiento LGTB, una y otra vez se han encontrado con activistas gays y lesbianas enrostrándoles su "incapacidad" de generar y sostener organizaciones. Sin embargo, esxs mismxs activistas gays y lesbianas rara vez se preguntan cuál es el rol que nosotrxs mismxs hemos tenido —en el mejor de los casos— al

no apoyar a las organizaciones o activistas bisexuales o –en el peor de los casos– al directamente ahogar sus demandas y sus posibilidades de organización, restándoles importancia. Porque una vez más se comprueba, de forma nociva, que lo personal es político: en este caso, los extendidos prejuicios contra las personas bisexuales, de los que se habla detalladamente en este libro, que están profundamente arraigados entre muchxs gays y lesbianas, incluidxs muchxs activistas, no son reconocidos ni asumidos como tales, sino que son camuflados como argumentación política.

En tiempos de tanta retórica posidentitaria, un libro como este, que afirma y celebra la identidad de las bisexuales, es ni más ni menos que un punto de encuentro con una multiplicidad de voces que habilitan y acompañan la construcción propia, personal, de una identidad bisexual y eso, sin exagerar, le puede salvar la vida (sexual) a más de una joven y no tan joven. Porque opera demasiadas veces una confusión inexcusable: en vez de pensar en las limitaciones de las políticas de la identidad y en cómo trascenderlas desde políticas interseccionales o más integrales, se atacan las identidades eróticas y amorosas individuales, como si fuera posible no construir ningún tipo de identidad, andar por la vida sin nombrarse, sin tener cómo presentarse a otrxs y cómo comunicar el deseo. Y, sobre todo, omitiendo graciosamente el contexto heterosexista, cisexista y monosexista de la sociedad patriarcal que habitamos: en ese contexto, atacar las identidades individuales subalternizadas como irreales, frívolas, patológicas, desviadas o anormales (es decir, en última instancia, todas las identidades LGTB) compromete la supervivencia personal y desactiva las posibilidades colectivas de resistencia y transformación de un orden sociosexual opresivo, explotador y aniquilador. En este libro, las autoras afirman con numerosas voces que el deseo bisexual es

siempre un deseo bisexual. Y eso no es nada menor. Demasiadas veces las mujeres bisexuales son pensadas como “medio lesbianas, medio heterosexuales”, lo cual no solo constituye una negación de su identidad y su deseo, sino que las deja en medio de fuego cruzado de críticas, descalificaciones, sospechas y morbos.

Frente al resurgimiento reciente de las corrientes radfem (feministas radicales), se ha puesto el foco sobre su flagrante transfobia y sobre sus actitudes moralistas y negativas en cuanto al sexo, pero se ha hablado poco de una característica de las lesbianas radfem: su grosera bifobia. Como pasa con el resto del feminismo radical contemporáneo, el problema no son tanto sus manifestaciones más extremas, sino la forma en que muchas de sus posiciones atraviesan las tramas que se pretenden más abiertas. El lesbianismo radfem es un pensamiento suprematista: supone que las lesbianas son/somos la cúspide del desarrollo de una auténtica conciencia feminista, de donde se desprende que las lesbianas tendrían algún tipo de superioridad sobre las bisexuales y sobre las heterosexuales. Este tipo de ideas, como dije, no las sostienen solo las lesbianas radfem: es muy frecuente escuchar a todo tipo de lesbianas repetir cosas como “el feminismo es la teoría, el lesbianismo la práctica”. Como todo pensamiento suprematista, el lesbianismo radfem se sustenta en la ideología de la pureza: se postula y se alaba un lesbianismo “puro”, “inmaculado”, sin ningún tipo de mancha de deseo por los hombres ni ningún tipo de contacto con sus cuerpos (o sus fluidos): así, en los 70 las separatistas consideraban que las lesbianas que nos inseminábamos para embarazarnos nos “contaminábamos” y todo era peor si los fetos que gestábamos resultaban ser niños (aunque no se pueda creer, esto fue escrito en un libro muy difundido entre las lesbianas norteamericanas y que llegó hasta aquí). En esos

mitos de pureza, hay una valoración especial de las lesbianas que nunca tuvieron relaciones sexuales con hombres: algunas las llaman "de pura cepa" (se lo oí en fecha tan reciente como 2014/2015 a una reconocida antropóloga feminista), otras dirán que son lesbianas "estrella dorada" o "de pedigrí". No se pueden pasar por alto las metáforas biológicas, porque siempre hay una resonancia biologicista en el fondo de todo pensamiento de pureza, aunque parezca raro en un tema como este, pero sin embargo no es para nada imposible: la idea biologicista que se basa en la idea de raza y que a su vez la refuerza se desplaza rápidamente, en el imaginario occidental moderno, a la idea de nación, porque el Estado-nación es una entidad ideal "racialmente" homogénea. Y de la idea de nación volvemos al suprematismo del lesbianismo feminista radical: así, en 1973 Jill Johnston publicó su libro *Lesbian Nation* donde abogaba por el separatismo lésbico como conclusión a la que llegaba, decía ella, luego de entender realmente el feminismo y acusaba a las heterosexuales de colaboracionistas con el patriarcado. Todo un gran sector del lesbofeminismo radical se articuló en torno a la idea de nación lésbica y al imperativo de no tener ningún contacto con hombres como posición de superioridad moral y política.

En muchos ambientes sociales y activistas lésbicos, las narrativas de las autobiografías eróticas de las lesbianas solo son aceptables si tienen un subtexto bifóbico: tienen que encuadrarse en una idea de "progreso" o de "evolución" (en el sentido popular del término, que lo equipara a progreso) y así una puede haber tenido un pasado que incluyera varones en algún grado de contacto erótico (desde decir que te gustaban hasta coger) pero eso tiene que ser claramente parte de un pasado que ha sido superado (y que nunca retornará de ninguna forma y en ningún grado), y es mucho

mejor aún si el relato viene cargado de afirmaciones sobre que tales atracciones fueron errores, confusiones o resultado de la presión del entorno. Nunca pueden haber sido elecciones positivas ni experiencias placenteras. Un contraste muy fuerte con mucho de lo que se puede leer en los distintos artículos del libro, donde se reivindica la existencia de zonas de mezcla antes que la existencia de fronteras nítidas. Reivindicar lo impuro, los límites difusos, las superposiciones, es enriquecedor, importante y sobre todo liberador porque no hay que olvidar que toda frontera que se pretenda bien delimitada va acompañada por su policía de fronteras y eso vale también para las identidades sexuales, con el consiguiente daño sostenido en el tiempo, replicado sobre quienes ya habían padecido situaciones y sensaciones de expulsión, inadecuación, desvalorización.

Se activa, además, una horrible lógica de la sospecha, porque todo lo puro puede ser contaminado y hay que protegerlo de devenir impuro. Así, el pensamiento suprematista lésbico es peyorativo con las heterosexuales pero es mucho más acusatorio con las bisexuales, porque a diferencia de las heterosexuales (en términos generales) son las bisexuales las que pueden ser compañeras sexuales y amorosas de las lesbianas. Se las acusa a todas de "dormir con el enemigo" y por lo tanto retrasar u obstaculizar la lucha de liberación, pero la acusación que cae sobre las bisexuales es la de llevar a las lesbianas a una cercanía excesiva con los hombres: las bisexuales contaminarían, otra vez, la pureza de las lesbianas. Sería hermoso poder decir que eso es parte de un pasado lejano y que las lesbianas ya no piensan esas cosas. Pero no, sigue siendo vergonzosamente actual. Como ejemplo, uno de los artículos discute un texto de una escritora lesbiana latinoamericana, muy reconocida por todo un sector del activismo lésbico hoy mismo, que habla de heteroinfiltradas y de

"lesbianas conversas" (lo que implica la existencia de lesbianas no "conversas" sino que siempre lo fueron, como si hubiera un lesbianismo congénito) y desgrana una serie de descalificaciones sobre quienes circulan por espacios lésbicos y "luego vuelven con los hombres" al tiempo que construye una mitología idealizada sobre cómo son las relaciones lésbicas (¡sorpresa!: participamos de las mismas miserias que todxs lxs demás).

Me llama la atención que se haya pasado por alto la bifobia radfem cuando otras de sus posiciones prejuiciosas, peyorativas y excluyentes sí han sido percibidas y confrontadas, especialmente la transfobia. Porque en el pensamiento de las lesbianas radfem hay algo en común entre la transfobia y la bifobia, algo que las vincula, y eso es la verga (y para esas ansiedades no importa mucho cómo piensen, nombren y sientan sus genitales las trans que no se operan, ni qué efectos tenga sobre ellxs la hormonación). Es preciso notar que las lesbianas radfem dirigen su transfobia especialmente contra travestis y mujeres trans, sobre todo si se identifican como lesbianas, mientras que algunas tienen cierta mayor tolerancia con los hombres trans y las transmasculinidades (ligera tolerancia, no más que eso). Es por el pensamiento suprematista de pureza que existe esa conexión: en la versión lesbofeminista radical más "suave", las lesbianas que son mujeres trans que no recurrieron a cirugía genital estarían "presionando" a lesbianas cis para que haya un pene en su vida sexual (y es frecuente que ni siquiera las reconozcan como lesbianas por ser trans), pero en la versión *hardcore* delirante estas lesbianas trans con pene estarían violando a las lesbianas cis, y eso se dijo este mismo año de 2019 en más de un país; por su parte, las bisexuales también estarían "metiendo" un pene en la prístina cama lésbica, por intermediación simbólica y por contigüidad, siendo sus propios cuerpos el terreno

de la intermediación. Así, aparece una especie de antagonismo entre el ser lesbiana o de forma más general entre el sexo entre mujeres por un lado y la presencia de una verga en la situación sexual, en la forma que sea: biológica, de silicona, en la fantasía, en el deseo, en el pasado (si este no es repudiado). Porque si bien ni la sexualidad de las bisexuales ni la de las lesbianas se agota en la penetración ni debe necesariamente incluirla, en algunos ámbitos lésbicos, especialmente en el lesbofeminismo y sobre todo en su vertiente radical, hace décadas que se la censura violentamente. Pero otra vez podemos ver lo extendido de esta idea todavía actualmente, trascendiendo a esos sectores: desde hace unos años circulan profusamente diversas gráficas que simbolizan el lesbianismo con un dibujo de dos tijeras encajadas entre sí, el llamado *tijeretazo* devenido epítome y representación totalizante del lesbianismo o del sexo entre mujeres. Este tipo de doctrina limita la sexualidad estableciendo categorías de prácticas legítimas y otras reprochables que pondrían en cuestión la identidad sexual o el compromiso político, y así reproduce y amplifica más dolor, descalificaciones, y sensaciones de inadecuación del cuerpo o del deseo sobre quienes ya pasamos por eso: mujeres bisexuales cis y trans y lesbianas cis y trans que podemos, ocasionalmente o de forma continuada, meter o desear meter una verga en nuestra cama. No es tan tajante como algunas pretenden la división entre lesbianas y bisexuales, aunque sea valioso y necesario poder pensar, hablar y celebrar las diferencias y especificidades de cada colectivo. Las ansiedades y temores encarnados en quienes sostienen estas doctrinas no solo no se disipan, sino que se convierten en una vigilancia policiaca de la sexualidad propia y ajena. Y a veces esas ansiedades llegan hasta convertir todo esto en sospecha política: desde 2018,

cuando una buena cantidad de participantes empezó a reclamar que el ENM cambie su nombre a Encuentro Plurinacional de Mujeres, Lesbianas, Bisexuales y Trans, hubo quien dijo que poner la palabra bisexuales en el título abría la puerta para que exigieran participar los varones bisexuales. La mayoría de las participantes del Encuentro son heterosexuales, pero la sospecha de "traidoras" en relación a las mujeres cae sobre las bisexuales.

Por esta historia política y por estos contextos contemporáneos es que este libro es necesario, oportuno, bello y conmovedor. Porque contiene trabajos de amplia y documentada reconstrucción académica de la historia del término bisexual en la historia natural y la biología, luego en la medicina y en el psicoanálisis; trabajos de crítica de cine desde una perspectiva centrada en la mirada bisexual feminista; numerosas historias personales que hablan de descubrimiento, maravilla, dolores, no monogamia, exclusiones, liberación, respeto, placer, deseo, miedos, trabajo emocional, apertura, maternidad; artículos que hacen la historia política de las instancias de organización de las bisexuales; genealogía activista haciendo memoria y reconocimiento. Un libro que analiza, recuerda, piensa, pelea y se ríe. Y celebra.

Como activista lesbiana, me relaciono con cinco generaciones de activistas en las cuales he visto los cambios de los contextos históricos y sociales en torno a la bisexualidad, inscriptos en las historias personales, en la visibilidad, en la posibilidad de organización propia. Desde la muy reconocida y ya anciana militante feminista casi cuarenta años mayor que yo, que cuando nos conocimos militando por la derogación de los edictos policiales de la flamante Ciudad Autónoma de Buenos Aires me contaba secretamente sus amores con otras mujeres pero en público siempre se presentaba como

feminista y sexóloga (y que me dijo también que fue expulsada por "varonera" de una histórica agrupación feminista liderada eternamente por una pareja de lesbianas), pasando por Alejandra Sardá y su militancia casi en solitario, las de mi generación que no armaron organizaciones específicas pero le agregaron el término bisexuales a algunos espacios inicialmente lésbicos, luego por Laura Arnés y su tozudez y audacia militantes que la llevaron a instalar el taller de bisexuales en el ENM y motorizar a las Bisexuales Feministas, hasta las compañeras de veinte y pocos años, en otra nueva organización de bisexuales, con quienes comparto un espacio de articulación y que van transitando su propio camino. Hubo cambios importantes en estos años, poco estridentes, quizás no rápidos, pero sin dudas laboriosos y sólidos, contruidos por todas ellas. Pensarse bisexuales para las chicas que llegan a los veinte años hoy es mucho más posible que hace una década. Este libro hará que sea mucho mejor. Y hará que sea mucho mejor también pensarnos lesbianas, gays, trans, varones bisexuales, queer, heterosexuales.

María Luisa Peralta

Entre el saber y el afecto: una introducción

Este, tal vez, sea un libro que ya pasó de moda; un libro al gusto y necesidad de las jóvenes activistas que fuimos hace más de diez años. Sin embargo, en un momento en el que la bandera de tres colores reaparece en las marchas –junto con el pañuelo verde–, se nos presenta como un deseo urgente, como una intervención necesaria.

Invitamos a escribir (y a leer) sobre bisexualidades en un escenario complejo: por un lado, el combate cuerpo a cuerpo contra el neoliberalismo y el avance de la derecha en Latinoamérica apremia; por el otro, nos enfrentamos a las limitaciones que tienen las políticas identitarias y a la gran capacidad del capitalismo para asimilar incluso las identidades más disidentes. En este contexto, pareciera que la prioridad siempre está –y siempre estuvo– en otro lado y que hablar de bisexualidades es casi anacrónico. Sin embargo, hace más de una década que de manera más o menos orgánica las activistas bisexuales feministas nos encontramos en los diferentes escenarios de lucha. Y es sobre esas coincidencias, recorridos e interseccionalidades, desde las que tejemos nuestras acciones e ideas, que hoy queremos hablar.

La ausencia de referentes y representaciones bisexuales con las que identificarnos se nos presenta como un problema político. También resulta conflictiva la existencia de agendas activistas dentro del colectivo LGBT que excluyen nuestras prácticas y voces. De hecho, el recorrido que construimos en este libro nos llevó a entender que la aparente ausencia de la bisexualidad en el campo cultural responde,

sobre todo, a la jerarquización de las luchas políticas –identitarias– al interior del movimiento de la disidencia (hablemos de poder). En este sentido, es evidente que la supuesta “imposibilidad” o “invisibilidad” de la bisexualidad como identidad política dificultó, históricamente, la constitución de un segmento social con características “en común” y un discurso propio.

Como una especie de deja vu, escuchamos en reiteradas oportunidades a las chicas que concurren a los Encuentros Nacionales de Mujeres asegurar –con el ímpetu de quien siente que está todo por hacerse– que “no hay nada escrito sobre bisexualidad”. Lo cierto es que sí hay. Y es un derecho acceder a ello. Durante mucho tiempo estas producciones han estado al alcance casi exclusivo del mundo académico o de aquellas personas que dominan una segunda lengua. Por eso nos parece importante, frente a estas inquietudes de lectura, compartir algo del material con el que contamos (aunque decidimos no traducir textos sino proponer lecturas locales) y, sobre todo, fogonear ese fervor por hacer y escribir. Así, estas páginas son un intento colectivo de historizar, de compartir recorridos transitados, de hacernos escuchar. Pero son también una reunión entre amigas, una proyección afectiva.

Dicen que lxs bisexuales somos ambiguxs y confusxs, que nunca definimos límites claramente. Quizás haya algo de verdad en esas palabras, quizás, incluso, se reflejan en este libro híbrido en el que los intentos por construir genealogías e historias de saberes conviven con las experiencias corporales más privadas y en el que las epistemologías coloniales y hegemónicas se cruzan con nuestras reapropiaciones. Así, probablemente demos cuenta de ciertas violencias que nos cruzan pero también –y sobre todo– de muchos placeres que nos corporizan.

Por mucho tiempo, nosotras fuimos esa piba que en una asamblea levantó la mano y dijo: “Compañere, faltó la B en la firma del documento, acá estuvimos”. En esta oportunidad ofrecemos nuestra casa para hacer la asamblea y este libro intenta ser su documento: voces reunidas que, mediadas por sus deseos, procuran intervenir críticamente –desestabilizar– la arena de lo social y su división de lo sensible: su orden, sus regímenes de visibilidad y sus normativas.

Laura A. Arnés, Malena Correa, Agustina Herrero,
Agostina Invernizzi, Josefina Itoiz, Iris Luz Ortellao
y Ayelén Pandolfi Chediak

**Lo bisexual en cuestión:
modulaciones entre la teoría y el
activismo**

Bisexualidad, ¿un disfraz de la homofobia internalizada?

por Alejandra Sardá

Me dijo que le gustan los hombres tanto como le gustan las mujeres, lo que le parece natural porque, dice, él es producto de dos sexos así como de dos razas. A nadie le sorprende que él sea biracial; ¿por qué debería sorprenderles que sea bisexual? Esta es una explicación que jamás escuché antes y que no puedo comprender del todo; me parece demasiado lógica para mi cerebro.

Alice Walker, *Possessing the Secret of Joy*

Necesito hablar sobre bisexualidad. Creo que la analogía es la identidad interracial o multirracial. Creo que la analogía para la bisexualidad es una visión del mundo multicultural, multiétnica, multirracial. La bisexualidad se desprende de una perspectiva como esa y a la vez conduce a ella.

June Jordan, activista y poeta

El título de este trabajo apunta directamente a uno de los prejuicios más prevalecientes tanto en la población en general como en las/os profesionales de la salud. Ante la "confesión" de bisexualidad, la mayoría de las personas asumen que se trata de alguien que no se atreve a vivir sus impulsos homosexuales o que busca presentarlos de una manera más socialmente aceptable. En la primera parte de este trabajo, analizaremos los supuestos que configuran el modelo imperante de sexualidad y que inciden en esa concepción de la

¹ Trabajo presentado en el I Encuentro Argentino de Psicoterapeutas Gays, Lesbianas y Bisexuales, organizado por el Grupo Nexa y realizado en Buenos Aires, en septiembre de 1998. Disponible en: <webs.ucm.es/info/rqtr/biblioteca/Estudios%20glbt/Bisexualidad.doc>. Recuperado el 21 de Enero de 2018.

bisexualidad. En la segunda parte, nos abocaremos a las consecuencias prácticas que las diversas percepciones de la bisexualidad pueden tener en la clínica, particularmente cuando se trata de terapeutas gays o lesbianas. El marco referencial de este trabajo, así como nuestra práctica, se funda sobre todo en el feminismo aplicado al ámbito de la salud mental, así como en algunos elementos de la Gestalt.

¿De qué hablamos cuando hablamos de (bi)sexualidad?

Muchas personas afirman que la bisexualidad no existe. En cierto sentido, tienen razón. La Bisexualidad, como entidad absoluta, es algo irreal, claro que sí. Algo tan irreal como lo son La Homosexualidad o La Heterosexualidad. Lo que existen son historias humanas de deseo y diferentes maneras de dar cuenta de ellas a través de las palabras. La elección de una palabra o de otra (o de ninguna) para dar "título" a esa narrativa es producto de numerosas circunstancias, entre las que tienen un lugar privilegiado el contexto social y cultural, la historia familiar y el grupo de pertenencia. Y, siempre, toda palabra que pretenda dar cuenta de la historia y del presente deseante y afectivo de una persona necesariamente dejará afuera experiencias, fantasías, proyectos, sueños, que son conflictivos con la imagen de sí que esa palabra quiere revelar. Ese "dejar afuera" puede implicar "olvidarlos" o también resignificarlos de maneras que reduzcan su conflictividad.

Lo que se considera "ambiguo", es decir, lo que no es fácilmente clasificable en las categorías existentes, tiene la virtud de, por su mera existencia, desnudar las reglas de juego que subyacen a esas categorías.

Tal como sucede con la transgeneridad, que desnuda en forma implacable la precariedad de la diferencia

(binaria) de género, pilar de la civilización occidental -cristiana y no-, la bisexualidad pone al descubierto cuáles son los parámetros que regulan la idea misma de sexualidad humana en este fin de siglo. Escuchemos las críticas, y los temores. Los siguientes comentarios fueron pacientemente recogidos por nosotras a lo largo de los años. Proviene de muy variadas clases de personas: terapeutas de diversas orientaciones, público de talk-shows en televisión, gays y lesbianas (activistas y no), integrantes de grupos de terapia, estudiantes de psicología, etcétera. Según ellas y ellos, las personas bisexuales son:

- Inmaduras: porque no se definen, porque pretenden perpetuar un estado de omnipotencia infantil en el que todos los objetos son potenciales objetos amorosos.

- Impostoras: porque "en realidad" son gays o lesbianas que no se atreven a asumirse como tales, o que no quieren perder ni los privilegios sociales de la heterosexualidad ni los placeres de la homo.

- Confundidas: porque "en realidad" no saben lo que quieren, dudan, van de un cuerpo a otro y de un género a otro buscando una falsa completud de sus débiles yoes, que se debilitan más aún en ese proceso.

- Hipersexualizadas: su libido es tan intensa que rompe los diques de la represión y no discrimina entre objetos socialmente permitidos y prohibidos; en versión talk-show: "tiene ojo, me lo cojo".

- Egocéntricas, egoístas, centradas en la búsqueda de su propio placer y reluctantes a sacrificar nada de sí para comprometerse en una relación adulta con una persona de un determinado género y renunciar al resto de sus potenciales parejas. Este egocentrismo en muchos casos orilla la psicopatía, ya que la persona bisexual es insensible al dolor que causa en heterosexuales, gays o lesbianas puras/os y bien intencionadas/os

que confían en ella. (Esta línea ha sido explotada por el cine hasta la exasperación.)

- Exóticas, andróginas, ni hombres ni mujeres, criaturas de la noche y la excentricidad, artificiales, exquisitas, tan Otras que ni siquiera pueden juzgárselas con los parámetros morales que sí les caben a sus hermanas/os más corrientes.

¿Cuál es la idea de sexualidad que se esconde detrás de esas críticas? En primer lugar, una sexualidad cuya culminación es un estado fijo, en cuanto a objeto pero también en cuanto a práctica. La madurez sexual estaría indicada por la elección, sea esta hétero u homosexual, y el renunciamiento a las otras alternativas. Ser madura/o es recortar de la gama posible de experiencias humanas una sola, y adherirse a ella por el resto de la vida. Se trata de una sexualidad binaria, excluyente, y por supuesto jerárquica como lo son todos los sistemas binarios en Occidente (hombre/mujer, mente/cuerpo, blanco/negro, día/noche, cielo/infierno, etcétera). De acuerdo al círculo donde nos movamos, la perfecta culminación del proceso psicosexual será la heterosexualidad, con la homosexualidad como variante defectuosa; o proclamaremos la supremacía del deseo entre iguales, con una miríada de argumentos que van desde la exquisitez griega hasta la liberación del mandato patriarcal.

No hay vida fuera de los polos... contradiciendo la realidad de nuestro planeta, donde justamente los que están deshabitados son los polos y la fascinante diversidad de la vida humana transcurre en las vastísimas zonas que se extienden entre ambos...

¿Por qué la bisexualidad asusta tanto que tiene que ser negada en su misma existencia? Una posible explicación, entre muchas, se relaciona con este sistema binario al que venimos haciendo referencia. Al ser jerárquicos, los binarios que estructuran el pensamiento

occidental son en realidad falsos binarios. No hay equivalencia entre las dos posibilidades: siempre hay una que es "positiva" y otra que es "negativa"... el negativo de la primera, su copia deformada. En la Edad Media se imaginaba el cuerpo de la mujer como una copia deformada del masculino, sin tapujos. El lado "positivo" del binario es el "real"; el otro es una deformación a corregir, sin entidad propia. No son dos, sino uno, y la "elección" o "renuncia" no es tal, sino una mera cuestión de desempeño, de acercarse más o menos al ideal.

En esta sexualidad normativizada, con indicadores de desempeño y metas a alcanzar, donde el deseo aparece controlado, nombrado, acotado, y el margen para lo imprevisto y para el cambio es mínimo, la bisexualidad irrumpe como elemento disruptivo. La bisexualidad no solo devuelve su categoría de existencia al otro polo del binario sino que además despliega una amplia gama de opciones posibles entre ambos, que los relativiza y los vuelve meros puntos en un continuum en lugar de indicadores excluyentes de identidad.

La bisexualidad remite a lo móvil, al cambio, a lo imprevisto y por eso atemoriza. En ámbitos que no sean la sexualidad, se reconoce la capacidad de adaptación a los cambios como síntoma de madurez; la flexibilidad, como indicio de estructuración adecuada del yo; un amplio repertorio posible de respuestas e intereses, como sinónimo de salud. Y sin embargo, en lo sexual, exigimos de las personas todo lo opuesto. No es sorprendente: en el lugar de la mayor vulnerabilidad humana, donde rozamos la muerte y la desnudez, donde hasta el lenguaje adulto nos es insuficiente, es donde construimos las mayores rigideces, los imperativos más tiranos.

La definición más simple de bisexualidad habla de la potencialidad de sentirse atraída o atraído por personas del propio género así como de cualquier otro.

El término en sí ha sido cuestionado por muchas personas en los últimos años, ya que perpetúa la (falsa) concepción de que existen solamente dos géneros: el propio y el ajeno, femenino y masculino. La existencia de una amplia gama de personas que resultan difíciles de encuadrar en esas dos categorías, y que resultan objeto de interés afectivo/erótico, exige una definición más abarcativa de bisexualidad, como la que enunciamos al comienzo del párrafo.

La sexualidad humana es mucho más compleja de lo que queríamos que fuera. Abarca la genitalidad, por supuesto, pero también las fantasías, la cercanía emocional, la comunión afectiva... En algunas vidas humanas –las menos– todos esos vínculos se dan, desde el nacimiento hasta la muerte, con personas de un solo género. En la mayoría de las vidas humanas, en cambio, existe una fascinante diversidad de objetos amorosos/eróticos, a veces aceptados como tales y a veces no. Si restringimos la sexualidad a su expresión genital, seguramente encontraremos muchos más casos de exclusividad, pero ni siquiera. El famoso estudio Kinsey, realizado en los años cuarenta y que solo medía relaciones sexuales que culminaran en orgasmo, provocó un escándalo al revelar la impresionante diversidad en las preferencias sexuales de la población estudiada.

Acordar existencia real a la bisexualidad implica una concepción de la sexualidad menos “tranquilizadora” pero más adecuada a los estándares de salud, en cuanto requiere una perspectiva flexible, abierta a la posibilidad de que se produzcan cambios. El peligro reside en utilizar la aceptación de la bisexualidad para instalar un nuevo statu quo, donde las opciones “aceptables” serían tres en lugar de dos. Apenas una modificación cosmética. El desafío que plantea la bisexualidad es pensar la sexualidad humana como una materia en construcción permanente, como una historia que solo se cierra y

adquiere una forma definida en el momento de la muerte. Y abrir la puerta para validar otras expresiones de la sexualidad que todavía oscilan entre la categorización clínica (desvalorizante) y el silencio; no casualmente, son las expresiones más “asociales”, las que no nos ligan a otras ni a otros, las que son todavía más sospechadas: el celibato, el autoerotismo, el fetichismo.

De las ideas a los hechos

En esta segunda parte, vamos a centrarnos en las dinámicas de interacción entre las terapeutas lesbianas o los terapeutas gays y sus pacientes bisexuales. Retomando la pregunta que elegimos como título para este trabajo, resulta importante diferenciar la bisexualidad de la homofobia internalizada. Para muchas lesbianas y para muchos gays, terapeutas incluidos, tal diferenciación no existe. Proclamarse bisexual es, per se, un signo inequívoco de falta de aceptación de la propia homosexualidad.

Como terapeutas, es nuestra tarea básica escuchar la voz de nuestras/os pacientes por encima de los gritos o los susurros de nuestros prejuicios. Consideramos también que, si tomamos la relación terapéutica como una relación entre dos personas adultas, donde ambas poseen conocimientos y capacidad de acción, es imprescindible validar –creer– lo que nuestras/os pacientes dicen de sí mismas/os. En el transcurso del proceso terapéutico, algunas definiciones de sí cambian, pero ese cambio es eficaz cuando es producto del trabajo de elucidación de la propia paciente o del propio paciente y no cuando obedece a presiones, sutiles o desembizadas, de su terapeuta.

En primer lugar, es fundamental que la terapeuta lesbiana o el terapeuta gay se preocupe por informarse acerca de la bisexualidad, por leer a quienes han investigado antes en este tema y también a las propias personas bisexuales, algunas de ellas terapeutas y otras no. También es

importante que sepa –y averigüe– qué recursos comunitarios existen para la socialización de las personas bisexuales.

En un plano diferente, es aconsejable trabajar en la propia terapia, y/o en la supervisión, la aparición de sentimientos de rechazo o inseguridad frente a la o el paciente que se proclama bisexual.

El desafío que se nos presenta es diferenciar la genuina (aun cuando fuere provisoria) definición de bisexualidad de la elección de una etiqueta bisexual entendida como defensa frente al rechazo que produce la propia homosexualidad (lo que se conoce como "homofobia internalizada"). En este terreno, tal vez sea importante tener en cuenta que la homofobia internalizada, con toda su gama de intensidades y manifestaciones, está siempre presente en las pacientes lesbianas y en los pacientes gays (así como en las/os terapeutas), ya que es casi una respuesta adaptativa a las condiciones sociales imperantes. En nuestra opinión, siempre que se trabaja con una paciente lesbiana o con un paciente gay es importante prestar atención a las manifestaciones de homofobia internalizada, señalarlas, contribuir a su toma de conciencia, etcétera; de la misma manera que con las pacientes mujeres (cualquiera sea su orientación sexual) es fundamental trabajar los elementos de desvalorización de sí, inferioridad e indefensión adquirida y otras marcas sociales de la desigualdad de género. No importa cuál sea la etiqueta que la/el paciente adopte, el trabajo sobre la homofobia internalizada es ineludible y en el caso de las/os pacientes homosexuales que se escudan tras la máscara de la bisexualidad, al crear las condiciones para una mayor aceptación de sí es más probable que esa máscara deje de ser funcional y se abandone.

En el caso de las/os pacientes genuinamente bisexuales, es necesario trabajar los elementos de homofobia internalizada que dificultan la aceptación

de los deseos homosexuales, así como también trabajar lo que se conoce como "bifobia" que es la internalización de los mensajes sociales negativos acerca de la bisexualidad e incluso de su inexistencia como categoría válida. En aquellas personas que tienen conciencia de sus deseos por seres de diferentes géneros y han encontrado la forma de convivir con ellos, este trabajo resulta imprescindible, sobre todo cuando se trata de personas que viven inmersas en ambientes gay o lésbicos donde carecen de interlocutoras/es validantes. Se trata de un trabajo de integración de lo que en apariencia serían aspectos "contradictorios" del deseo, y aquí la noción de sexualidad a la que nos referimos en la primera parte desempeña un rol decisivo.

Si la bisexualidad es, en realidad y como sospecho, no una orientación sexual más sino más bien una sexualidad que deshace la orientación sexual como categoría, una sexualidad que amenaza y cuestiona el fácil binario de hétero y gay e incluso, por sus significados biológicos y fisiológicos, las categorías de género masculino y femenino, entonces la búsqueda del significado de la palabra "bisexual" proporciona una lección de otro tipo. En lugar de designar a una minoría invisibilizada, a la que aún no se le ha prestado la suficiente atención y que ahora está encontrando su lugar bajo el sol, la bisexualidad, como las mismas personas bisexuales, resulta ser algo que está en todas partes y en ninguna. En síntesis no hay una verdad acerca de ella. La pregunta acerca de si alguien fue "en realidad" gay o "en realidad" hétero tergiversa la naturaleza de la sexualidad, que es fluida y no fija, una natatoria que cambia con el tiempo en lugar de una identidad estable, aunque compleja. El descubrimiento erótico que aporta la bisexualidad es la revelación de la sexualidad como un proceso de crecimiento, transformación y sorpresa, no un estado del ser estable y plausible de ser conocido.

Marjorie Garber, *Vice Versa* (1995)

Bibliografía

Garber, M. (1995). *Vice Versa*. Bisexuality and the Eroticism of Everyday Life, New York, Simon & Schuster.

Kaplan, R. (1995). "Your Fence Is Sitting on Me: The Hazards of Binary Thinking", en Tucker N. (Ed.), *Bisexual Politics. Theories, Queries & Visions*, New York, Harrington Park Press.

Margolies, L., Becker, M. & Jackson-Brewer, K. (1987). "Internalized Homophobia. Identifying and Treating the Oppressor Within", en The Boston *Lesbian Psychologies Collective* (Ed.), *Lesbian Psychologies. Explorations & Challenges*, Chicago, University of Illinois Press.

Shuster, R. (1987). "Sexuality as a Continuum. The Bisexual Identity", en The Boston *Lesbian Psychologies Collective* (Ed.), *Lesbian Psychologies. Explorations & Challenges*, Chicago, University of Illinois Press.

Tucker, N. (1995). "The Natural Next Step", en *Bisexual Politics. Theories, Queries & Visions*, New York, Harrington Park Press.

Con la frente alta¹ Entrevista a Alejandra Sardá

por Paula Jiménez España

Alejandra Sardá, ex integrante de Lesbianas a la vista y activista estrella de los noventa, tiene el pelo completamente blanco. Cuando vivió en Holanda –en parte por trabajo, en parte para convivir con Rádica, que quiere decir "Luna", su novia india– descubrió esa belleza poco frecuente en la Argentina: rostros de mujeres todavía jóvenes iluminados por el plata de sus canas. Y decidió dejar de teñirse. Hace pocos años volvió a Buenos Aires y está tarde, con su cabellera blanca, espera sentada en el café La Paz a que hagamos la entrevista. Tiene el gesto juvenil de entonces, la sonrisa inalterable y, como entonces, su hablar es claro, se entiende el porqué de su inolvidable paso por la militancia. Las cosas han cambiado –cuenta– pero no tanto: se puede decir que pese a haberse apartado del activismo Sardá no abandonó nunca el paño. Desde hace largo tiempo es coordinadora del Programa de Fondos de Mujeres de la financiadora Mama Cash –una entidad que subvenciona a grupos feministas o de derechos de las mujeres de todo el mundo– y previo a esto fue asesora de una iniciativa de AWID (Asociación para los Derechos de la Mujer y el Desarrollo) que profundizó en el cruce entre fundamentalismo religioso y derechos, principalmente los sexuales.

1 Entrevista publicada el 5 de diciembre de 2014 en el Suplemento Soy de Página/12.

¿Cómo definirías el fundamentalismo religioso?

Es la instrumentación de una religión para adquirir o preservar poder político, que es poder económico. Toda religión tiene una parte espiritual, totalmente válida para quien la siente así, y tiene sus expresiones revolucionarias que van en contra del statu quo, y que son brutalmente reprimidas. Y están también las expresiones que se acomodan a los poderes fácticos, son profundamente instrumentales y terminan siendo fundamentalistas. Tenés el fundamentalismo católico, evangelista, musulmán, judío, budista, de cualquier religión.

Y todas intervienen en la cuestión de la sexualidad.

¿De qué manera?

Lo que se busca es poder político y económico, y uno de los elementos centrales es controlar la reproducción, porque la reproducción es la población. Entonces el sometimiento de las mujeres y la condena social a las minorías no reproductivas —olvidémonos por un momento de las maternidades alternativas y la reproducción asistida, pensemos con un esquema más tradicional— es lo que a esta gente le interesa. Quien decide quiénes se reproducen quiere que la mayoría “sana”, étnica o religiosa, se reproduzca para dominar el territorio y que la minoría “no sana” no lo haga. Para eso necesitás mujeres convencidas de que reproducirse es un deber, o sometidas para que no puedan legal y socialmente —por eso, las leyes de aborto— tener proyectos que anulen o limiten su reproducción.

Pero el tema de las maternidades lésbicas, al menos en Occidente, se les escapa como posibilidad de control...

Eso es para ellos de un nivel de aberración tal que directamente creen que esa gente no tiene que existir.

No vamos a discutir si se pueden reproducir o no: se tienen que curar. Casi todos estos fundamentalismos tienen dispositivos de “cura” de la homosexualidad. Las famosas clínicas en América latina están dirigidas por grupos religiosos. Donde esto ha saltado a la luz, en Ecuador, en Perú, en Brasil, siempre hay un grupo religioso ligado a ello. Hace muchos años se hizo un tribunal de derechos humanos en Lima sobre el tema de las clínicas en Ecuador.

¿Cómo ves el tema en Argentina, en relación con la elección del Papa Francisco?

Mi sensación es que en los últimos años se ha logrado un consenso social, sobre todo en el tema lesbianas, gays y bisexuales; la cuestión trans es otra cosa. Consenso al que no le afecta demasiado el Papa o el no Papa. Por supuesto que me van a decir: el crimen de Pepa Gaitán. Claro que sí. Nada es absoluto, toda sociedad tiene bolsones de violencia y los va a tener siempre. Pero la ventaja de ser una señora grande es que no puedo negar los cambios. Soy de la gente que marchaba y alrededor había un vacío. Ahora los partidos políticos tienen su idea de la diversidad sexual; una puede pensar que hacen teatro, pero por lo menos hacen teatro. Yo me casé con una chica, voy de lo más macro a lo más mínimo...

De criminales a señoras casadas

¿Tu pareja es de la India, no?

Sí. Y estoy muy agradecida por la ley de matrimonio. Vivía en Holanda en 2010 y no sé si acá se habló de las parejas con doble nacionalidad, pero para nosotras fue la posibilidad de volver a la Argentina. En la India somos criminales, acá señoras casadas. Con Rádica

vivíamos en Holanda por mi trabajo y porque nos quedaba en el medio. En Argentina, cada vez que me venía a ver no se podía quedar más de cuarenta y cinco días, y con muchos requisitos. Con la ley pudimos volver. El día que nos casamos había una parejita hetero en el registro, también casándose, y nos abrazamos los cuatro. Creo que la ley fue posible porque durante años mucha gente hizo un trabajo de hormiga para generar este nivel de convivencia social. En Argentina se montó por un desarrollo social y eso no puede cambiar por más que el Papa llegue a donde llegó.

¿Dónde conociste a Rádica?

En una conferencia internacional, en Italia. Yo estaba con alguien, pero ¿viste cuando marcás a alguien y te decís: no por ahora? Trabajaba con un grupo de la India que se llamaba CREA y siempre me fijaba a ver si estaba Rádica en la lista de invitadxs, hasta que coincidimos por fin. Ella estaba en otra cosa cuando nos conocimos, tenía una relación complicada y no quería dos quilombos. Me vio y dijo: solo puedo con uno. Pero esa segunda vez yo ya no era un quilombo y ella resolvió su situación rápido. Tuve varias experiencias alternativas y diversas de relaciones y llegó un momento que dije: no puedo. Es maravillosa la teoría, la sigo apoyando, admiro a la gente que lo logra, pero...

¿Estás hablando del poliamor?

Sí. Yo lo hice mal, lastimando gente y perdiendo gente muy valiosa. Decidí en un momento que no tengo la capacidad. No vivo lo mío como una maravilla; es lo que cada una puede. Me parece válida la opción de no hacerlo si no se puede. Durante años tuvimos una relación a larga distancia, de una mitad del mundo a la otra. Lo que nos ayudó es que nos encontramos con más de cuarenta años ambas y muchas cosas vividas,

algunas hermosas y otras no. Y nos preguntamos profundamente: ¿justifica esto que hagamos tremendo quilombo y tragedia?

¿Parece que sí! ¿Vos viviste también en la India?

Pasé seis meses allá y todos los años voy porque para mí es mi segundo país. Tengo amigas maravillosas y la familia de Rádica es una rara avis. El papá y la mamá son de dos religiones diferentes —que eso es una cosa muy revolucionaria— y el de ellos fue un matrimonio por amor, hace más de cincuenta años. Allá se suelen arreglar los matrimonios. Ellos son gente con una mentalidad no estándar y a mí me tratan como a una hija. La India ya tuvo sus primeras Marchas del Orgullo. Yo estuve en la primera, en Delhi, y éramos pocas personas. Había feministas aliadas y gente del VIH. Allá hay una ley que penaliza la sodomía y se aplica mezclada con una cuestión de clase, como acá los edictos policiales; es una ley anacrónica que jamás se va a aplicar a una persona de clase media, pero es un instrumento de la policía para proceder contra las personas trans, sobre todo contra las trabajadoras sexuales. Crimen y castigo.

¿Vos por qué te alejaste del activismo LGTTBI?

Sinceramente la cuestión de los niveles de agresión pudo conmigo y con mucha gente. Llega un momento en que es muy fuerte esto de destruirnos no solo a nivel político sino también personal. Es un activismo personal, no estás defendiendo los bosques sino cosas de tu propia vida. Y no soy una pobre víctima. He dañado a mucha gente también, es una dinámica de relacionamiento. No sé si esto continúa pasando. Lo he hecho y me lo han hecho a mí. Tiene que ver con el verticalismo, con la desesperación, con la marginación, con la intolerancia.

Eras activista lesbiana y empezaste a salir con un activista gay. Esto fue un problema para vos por la inflexibilidad de las organizaciones de los años noventa, ¿verdad?

De las organizaciones y de las personas. Además tiene que ver con otra dinámica de nuestro movimiento, que es la cuestión de las figuras que ocupan un lugar de referente. Yo terminé huyendo de eso. Que te pongan en ese lugar es devastador, porque tu vida te deja de pertenecer. Hubo gente que por ese episodio me decía: no te puedo mirar porque vos eras un referente para mí. Yo pensaba: ¿y qué culpa tengo? Hoy en día la gente moriría de risa. Una cosa que me fascina de los jóvenes es la posibilidad de no definirse, esto de la fluidez del deseo. Lo más gracioso es que cuando a mí me pasó llevaba años fuera del closet y nadie podía decirme, como me decían, que no me animaba a asumirme como lesbiana. ¡Es ridículo! En ese momento la única gente que no se asustó fue la gente trans, porque imaginate que con las cosas que les pasan en la vida, por lo que menos se preocupan es por quién se acuesta con quién. Hay cosas más serias que eso.

A partir de ahí abriste el primer grupo de bisexuales que hubo en el país...

Sí. En aquella época nosotras no teníamos noción del poder de los medios. Le pasó a Ilse con las lesbianas y a mí con la cuestión bisexual. Fui a un programa de televisión a hablar y di el teléfono de mi casa. Yo era psicóloga y no paraba de sonar el ring, me acuerdo de cómo me miraban mis pacientes. Se armó un grupo, la cosa se abrió y después hubo otra gente que lo retomó, y hoy es un tema que no asusta a nadie, por suerte. Y para mí es una bendición. Yo milité para que las cosas por las que militaba desaparecieran. Que nadie se asuste porque alguien sea bisexual me parece

un logro del activismo, no un logro mío sino de mucha gente, incluso de la gente joven que ni siquiera se pone el cartel de bisexual, que me parece mejor todavía. A mí, en cambio, me tocó la prehistoria, donde era todo un escándalo.

Al poco tiempo te fuiste del país, ¿verdad?

En ese momento me cayó del cielo una oferta para trabajar en una ONG internacional y sentí que si hacía de mi activismo mi trabajo iba a estar protegida, porque en un trabajo una no pone tanto la piel. Y esto me llevó años entenderlo. Antes el activismo era lo que se hacía a la noche y los fines de semana, con el alma. Y como era el amor y la pasión y la vida, te mataba. En cambio, en el laburo los mecanismos eran más racionales y también había reglas de juego. Si a mí una jefa me insultaba, como yo era una empleada, las leyes laborales me defendían; en cambio, en los grupos de lesbianas no tenía nada. Hay gente que se ha ocupado de investigar –y esto también es muy interesante– cómo el poder informal puede llegar a ser mucho más despótico que el formal.

Activismo de ayer y de hoy

Antes mencionaste, respecto de la Argentina, que la cuestión trans es otra cosa. ¿A qué te referías exactamente?

La ley que tenemos es maravillosa, pero está treinta años por delante de nuestra sociedad. Las aberraciones que la gente dice de las personas trans... Siempre hubo una cuestión de clase en el activismo trans que no la hay con el resto del activismo. Yo misma en mi época sabía que era una persona "potable" y usé conscientemente esto para hacer visibles los temas que nos importaban.

¿Ser potable significa ser blanca, de clase media, profesional...?

Por supuesto. Ahora hay espacio para una diversidad de voces, de cuerpos, de todo. Pero en algún momento tenía sentido estratégico que hubiera gente "potable" porque había que abrir puertas y no quiere decir que una fuera mejor. Claro que cuando tenés esa condición de "potabilidad" es importante que te cuides de no obstruir otras voces. Porque hay un momento en que esas voces tienen que dar un paso al costado y compartir el espacio con las otras.

¿Y cómo ves el activismo actualmente?

A mí me gustaría estudiar la relación entre el activismo y el Estado. Yo he escuchado gente de mi época decir con una concepción cavernícola: ahora ya no hay activismo, lo único que hay son empleados del gobierno. Si decís eso estás descalificando lo que hace la gente ahora, que está militando en condiciones completamente distintas de las nuestras. Para mí está pasando una cosa más compleja e interesante.

¿Y qué dirías que está pasando?

Entre otras cosas, hay subsidios que vienen del Estado y es algo que hace veinte años era impensable. Es cierto también que hay mucha gente que, como el Estado encarna banderas de su lucha activista, siente que puede llevarla adelante siendo parte del Estado, esto es algo nuevo para el movimiento LGTTBI. Nosotrxs cuando empezamos teníamos a Menem, no había alternativa más que enfrentarlo. Yo a este gobierno no lo enfrentaría. Entonces me intriga y me gustaría saber cómo se reformula esto. Las instancias de negociación son otras. A mí lo que me alarmaría sería que eso que me parece en principio positivo –unir la lucha de sector

a una lucha más amplia– implicara restricciones para el colectivo LGTTBI. Como persona rasa no tengo esa información. Ojalá no pase. Durante mucho tiempo he sido parte de esa gente que defendió en espacios regionales la inclusión de lxs activistas de Cuba, porque para muchas organizaciones no podían formar parte por ser consideradx funcionarixs del gobierno. Todo el mundo está subvencionado por algo, salvo un colectivo anarquista que está subvencionado por la gente que compra sus fanzines. Lo que hay son grados de dependencia y todo depende de quién te subvenciona y qué te exige. Y además, como ahora trabajo en sector de financiamiento, de esto sé algo.

¿Son muchas las organizaciones de lesbianas que reciben financiamiento de Mama Cash?

Tenemos limitaciones porque nosotras damos financiamiento en todo el mundo. Las lesbianas son prioridad y también los grupos trans, incluidos los hombres trans. Esto para un fondo feminista ha sido una lucha. Es una de las cosas que a mí me endilgan. Me consideran un arma del capitalismo para desfinanciar el movimiento lésbico y darle todo el dinero al Ostram. Por supuesto que no, que jamás me he ocupado de esto. Primero, no tengo ese poder; segundo, que tampoco lo haría. Pero sí es cierto que una de las primeras cosas que me interesaron trabajar en esta área fue concientizar a las financiadoras feministas para empezar a separar feminismo de "mujerismo" y que entendieran que apoyar a los movimientos que cuestionaban la concepción binaria de género era parte de nuestra agenda. Con muchxs compañerxs, como Lohana Berkins y Mauro Cabral, trabajamos mucho con los fondos de mujeres que hoy en día financian personas trans y con las financiadoras de derechos humanos y progresistas.

¿Cómo han influido los avances en materia de género para las políticas financiadoras?

El mundo de hoy es complejo, ya no podemos seguir hablando de "apoyamos a las mujeres". Si apoyamos a las mujeres podemos llegar a apoyar a las que están contra el aborto. Tenemos una agenda feminista, de género y de derechos humanos. Hay que cuantificar todo mucho. Porque agenda de género también es cualquiera. Ya no alcanza con decir "mujeres", o "género". Es muy interesante, las cosas ya no son tan lineales.

(De)construcciones en torno a una narrativa: la importancia de una epistemología bisexual y sus connotaciones ético-políticas¹

por Laura A. Arnés, Gabriela Balcarce, Magdalena De Santo, Mayra Lucio

Comenzamos la escritura de este artículo con una preocupación: la construcción de la bisexualidad, que propone gran parte de los conocimientos disponibles sobre sexualidades y género, en tanto locus ambiguo, incierto e intermedio, y con una certeza: la seguridad de que la bisexualidad² merece un lugar en las reflexiones contemporáneas en torno al género y la sexualidad, pero no porque las realidades bisexuales hayan sido históricamente malinterpretadas o ignoradas (y lo han sido), sino porque las narrativas que la bisexualidad proponen y constituyen un discurso afectivo y efectivo en sí mismo, que crea sentidos no solo sobre sí sino sobre la matriz simbólica. Consecuentemente, este artículo es un intento por producir una apertura en los relatos vigentes. Nuestra lectura sobre la bisexualidad pretenderá articular el orden erótico con el temporal e histórico y, así, la circulación de los deseos resultará una ocasión para cuestionar la hegemonía de ciertos cuerpos y saberes.

1 Trabajo publicado en 2014 en la revista Uni(+di)versidad.

2 En este trabajo consideraremos la bisexualidad, por un lado, en tanto potencialidad de sentirnos atraídos sexualmente hacia personas con cualquier identidad sexo-genérica y, por otro lado, en términos de identidad de género.

Inscriptas en el marco del feminismo y los Estudios de Género, consideramos que éstos inauguran campos de conocimiento y, al mismo tiempo, son críticos de las epistemologías existentes. Como sostienen en la revista *Athena*: "Los Estudios de Género deberían señalar, con tácticas innovadoras, hacia esos puntos ciegos donde el conocimiento ha sido suprimido o borrado" (2000, 158). En esta línea de reflexión, proponemos pensar la bisexualidad en tanto punto de vista epistemológico y ético-político (Daumer, 1992: 98) que permite examinar y poner en cuestión las estructuras dicotómicas del sistema sexo-género y las prácticas que en ellas se inscriben. Al proponer una epistemología, como sostiene Clare Hemmings (2002, 31), cambia el enfoque y la pregunta ya no es tanto qué es la identidad bisexual sino cómo la bisexualidad genera (o sobre ella se generan) significaciones en contextos específicos.

La ausencia de discusiones profundas, en nuestro contexto contemporáneo, vinculadas a posibles significados/significaciones bisexuales solamente consolida el modelo dominante que pesa sobre ellos y simplifica las potencialidades del deseo y de los cuerpos. Como consecuencia, al preguntarnos sobre los modos en que lo bisexual se posiciona en el campo generizado y sexualizado actual, nos interesa comenzar a analizar los relatos, ficciones y saberes que, en nuestras latitudes, las experiencias bisexuales delinean, sostienen o transgreden. Siguiendo la formulación de Haraway (1993: 115-144) que pone en valor los conocimientos situados, nos preguntamos: ¿qué saberes sobre la bisexualidad circulan? ¿Qué permiten y qué imposibilitan? ¿Qué saberes podemos rastrear para delinear una epistemología bisexual?

I. ¿Imposibles a priori?

Es posible que, como sostiene Constanza Díaz en "Problemáticas de la diversidad. Representaciones en torno a la categoría bisexualidad en el activismo sexual de mujeres" (2011), la primera mención a la bisexualidad en el movimiento LGBT argentino se haya dado en el Primer Encuentro Lésbico Gay Travesti Transexual Bisexual, que se desarrolló en Rosario en 1996 y se repitió a lo largo de varios años. Una segunda aparición importante tuvo lugar en el Primer Encuentro Nacional de Mujeres Lesbianas y Bisexuales (Rosario, 2008) donde hubo, además, un taller específico. Como también señala Díaz (2011), la historia de las luchas políticas y los debates públicos del movimiento en nuestro país no sugiere una presencia fuerte de la categoría "bisexualidad" y tampoco es poderosa la participación de militantes reconocidxs abiertamente como bisexuales en relación con otrxs activistas ligadxs a estas luchas. Si bien lo bisexual está contemplado en la sigla que denomina al movimiento de las disidencias sexo genérico (LGBT), muy pocas veces fue considerado herramienta teórico-política, espacio válido desde el cual o sobre el cual reflexionar o, incluso, experiencia subjetiva genuina. Aún más, la bisexualidad suele ser despreciada en términos epistemológicos y ontológicos, por un lado, y sistemáticamente despolitizada, por otro (Armstrong, 1995; Daumer, 1995; Díaz, 2011; Gurevich, 2007; Hemmings, 2002; Yoshino, 2000).

Resulta evidente que la bisexualidad ha sido construida histórica y culturalmente en espacios que son casi exclusivamente lesbianos, gays o heterosexuales. Es así que lxs bisexuales aprendemos a pensarnos en lugares que no reconocen a la bisexualidad como locus discursivo (o solo lo hacen parcialmente). Además,

y como consecuencia, la experiencia bisexual muchas veces es filtrada por otros discursos identitarios. Al ser inscripto parcialmente en las dos grandes narrativas sobre la sexualidad —la Real Academia Española la define como aquella que “alterna las prácticas homosexuales con las heterosexuales”— lo bisexual tiende a ser considerado por las ficciones sociales como espacio intermedio o transicional entre la heterosexualidad y homosexualidad y suele ser acusado de mantener el régimen dicotómico que rige las estructuras hegemónicas de la sexualidad y el género. La idea de “estar en el medio” configura, irremediamente, a quienes se identifican como bisexuales en “doble agentes”, es decir, traïdorxs, traficantes de conocimientos que circulan entre dos mundos y modifican, camaleónicamente, su identidad acorde a los requerimientos de la situación. En pocas palabras, en el imaginario social quienes se identifican como bisexuales son representadxs, estigmatizadxs por el estereotipo como poco confiables e inconstantes, detractorxs, incluso, de la lucha contra el patriarcado y el heterosexismo, en función del acceso a la heterosexualidad y sus privilegios (Armstrong, 1995; Díaz, 2011; Guverich, 2007; Hemmings, 2002; Sardá, 1998). Por otro lado, el “bi” en estas narrativas haría referencia, además, al dos que sostiene el statu quo. Es decir, no habilitaría ser pensado en otros términos más que en relación al binomio “hombre/mujer”. La bisexualidad parecería, así, no implicar ningún tipo de resistencia hacia las estructuras dominantes.³

En el peor de los casos y más allá de lo que el sujeto en cuestión afirme sobre sí mismx, se suele a situar a lo

3 Otra lectura popularizada en torno a la bisexualidad de las mujeres es aquella que las consagra como sujetos hipersexualizados. En esta línea, las grandes figuras hollywoodenses erotizan el imaginario social con su preferencias por “la carne y el pescado” o “las ostras y los caracoles”. Antes que una amenaza, Angelina Jolie, Drew Barrymore y otras super estrellas bisexuales circulan en el espacio de lo cool o de lo in.

bisexual en términos de una negación topológica y ontológica: la bisexualidad no existe. Ante la carencia de lugares concretos y simbólicos, lo bisexual es interpelado en términos de transición que decantaría en una futura condición lesbiana o gay. Como consecuencia, la bisexualidad parecería enmascarar una supuesta verdad sexual subyacente no asumida por el sujeto.⁴

Otro modo recurrente de pensar la bisexualidad —opuesto complementario de lo desarrollado en el párrafo anterior— reposa en un contexto donde el psicoanálisis todavía mantiene alto grado de efectividad. La idea de que “todos somos bisexuales” no solo reduce la especificidad bisexual sino que la somete a una versión anacrónica y esencializada, homologable a “una disposición originaria” (Freud, 1905: 9). Desde el prisma freudiano, la disposición bisexual mantiene un juego ambivalente entre los campos de lo anatómico, psíquico y sociológico, que resulta “universal en los animales superiores” (Freud, 1905: 80). Sin embargo, paradójicamente, solo se manifestaría en el engorroso camino hacia la elección de un objeto de deseo. Aún más, el modelo de maduración psíquica considera la bisexualidad como una imposibilidad constitutiva, como aquello que habita las sombras del pasado. En el orden de las representaciones de los adultos, entonces, expresaría inmadurez o una vacuidad mnémica siempre asociada a los estadios pre-edípicos.

Este breve recorrido solo intenta delinear algunos de los modos en que los saberes sobre la bisexualidad operan produciendo un objeto imposibilitado de hablarse a/por sí mismo. Es decir, constantemente heterodesignado.⁵

4 La homofobia internalizada implicaría el rechazo a una identidad y un deseo “verdadero” y la consecuente adopción adaptativa y normativa del disfraz bisexual. Resulta interesante ver cómo se juega aquí la idea de lo verdadero y falso en relación a los deseos y la sexualidad.

5 La heterodesignación es acuñada en el contexto del feminismo

Desde sus comienzos, la teoría queer giró en torno a la preocupación por los regímenes representacionales (De Lauretis, 1996; Butler, 2002). Judith Butler supo señalar que algunxs sujetos viven en la esfera de lo "irrepresentable", de lo "invivable" o "inhabitable" y que son contruidos como "inviabiles", mientras que otros gozan de mayores privilegios de representatividad jurídica, política y, ante todo, semiótica que, por su parte, reproducen. No obstante, esta lectura polarizada (i.e., se está dentro o fuera del imaginario social) debe ser complejizada al momento de pensar lo bisexual en tanto esfera de la sexualidad y el género que, simultáneamente, goza y no goza de legibilidad cultural. Butler ilumina la necesidad y el valor ético-político de la representación semiótica en tanto dato que nos permite habitar dentro del orden constituido, identificarnos y reconocernos. Sin embargo, en virtud de la importancia que tiene esta economía significativa, resulta imprescindible que los movimientos y colectivos de la disidencia sexogenérica entren en conflicto con un orden simbólico que proporciona una imagen de absoluta integración. En esta línea de reflexión, y reconociendo la naturaleza siempre conflictiva del orden categorial, proponemos a la bisexualidad como zona de interpelación, diseminación y desborde de sentido, "para promoverla(s) como espacio de necesario conflicto" (Butler, 2000: 87) y a partir de allí comenzar a delinear una epistemología que implique una resistencia frente a las narrativas hegemónicas.

de la igualdad para referir aquellos objetos del discurso imposibilitados de afirmar por sí mismos quiénes son. "El tránsito de la heterodesignación a la autodesignación, pues, solo se puede llevar a cabo trasponiendo en clave política una autorreferencia que, hasta entonces, mimetizaba con la propia heterodesignación". [Cf. C. Amorós, *La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias... para la lucha de las mujeres*, Madrid, Cátedra, 2005, p. 461.]

II. Hacia una epistemología bisexual

Eve Kosofsky Sedgwick inaugura su Epistemología del armario con palabras sugestivas: "Muchos de los nudos principales del pensamiento y el saber de la cultura occidental del siglo XX están estructurados —de hecho, fracturados— por una crisis crónica, hoy endémica, de definición de la homo/heterosexualidad" (Kosofsky Sedgwick, 1998:11). A partir de dicha crisis categorial, la autora articula una epistemología basada en aquello que la cultura silencia y forcluye. Sin lugar a dudas, la metáfora del armario provee una imagen potente tanto visual como espacial: dibuja un lugar, propone un modo de mirar (y ser mirado) y entiende un modo de dividir al mundo. Pero la metáfora del armario no solo no define a todas las sexualidades, sino que produce una epistemología que reinscribe las dicotomías a expensas de aquellas otras.

Al reflexionar sobre la bisexualidad Maria Pramaggiore propone, en cambio, una "epistemología del cerco" (1996). El cerco, bajo la mirada más convencional, identifica un espacio intermedio, una línea que divide o demarca. Sin embargo, para la autora, el cerco constituye una superficie mucho más porosa que el muro o la puerta del armario: escenifica espacios a través de los cuales pasar, a través de los cuales ver, a través de los cuales se encuentran y actúan deseos fluidos (1996: 3). En este sentido, lo que la autora denomina "fence sitting"⁶ le otorgaría a la bisexualidad un punto de vista particular y único a partir del cual resulta posible reencuadrar regímenes y regiones del deseo (1996: 5). Así, lo bisexual no necesariamente trascendería las oposiciones binarias, aunque sí ofrecería un punto de vista diferencial a través del cual explorar estas dicotomías.

6 Optamos por no traducir el término que hace referencia a la acción de sentarse sobre un cerco o medianera

En esta línea y como sostiene Ahmed (2006: 67), la sexualidad puede ser considerada en términos espaciales no solo porque los cuerpos habitan espacios sexuados, sino en el sentido de que los cuerpos son sexualizados en el modo en que habitan los espacios. La sexualidad no estaría, entonces, determinada solamente por la elección de objeto, sino por las diferencias que esto implica en las relaciones con el mundo: cómo unx se posiciona o "da la cara" en él (y qué cara el mundo le devuelve). Las diversas direcciones que puede tomar el deseo obligan no solo a habitar el mundo de modo diferencial sino, muchas veces, directamente a habitar diferentes mundos.

Las adscripciones identitarias que refieren a la sexualidad y/o al género se constituyen en la iterabilidad (Ahmed, 2006; Butler, 2000; De Lauretis, 1989). Es decir, son el efecto de la repetición de acciones corporales a lo largo del tiempo. Estas repeticiones no solo delinean horizontes de posibilidad y dibujan campos de pertenencia sino que, además, ubican a ciertos cuerpos y a ciertos objetos al alcance, mientras mantienen a otros alejados, muchas veces, incluso, ocultos e impensables.

Los conceptos de "heterosexualidad" y "homosexualidad", etimológicamente, señalan un recorrido —una dirección— del deseo hacia "lo diferente" y "lo semejante", respectivamente, y se mantienen dentro del régimen categorial de lo culturalmente posible: las dicotomías de ningún modo son derrotadas. Si cruzamos esta variable con la temporal, notaremos que quienes se identifican con estos términos son susceptibles a mantener cierta consistencia, cierta estabilidad a lo largo del tiempo en cuanto a lo que la categoría nombra: "siempre me gustaron", "nunca me gustarán"; o en una división de la historia personal en dos momentos —uno de ignorancia y otro de reconocimiento de sí—:

"antes no me había asumido", "eso fue un error", "miro atrás y me doy cuenta de que siempre fue así".⁷

Si bien una epistemología bisexual puede también dar cuenta de cierta estabilidad o consistencia de los deseos a lo largo del tiempo, lo hace dentro una lógica que no es monosexista ni monogénica. La apelación recurrente de la bisexualidad es una apelación a la potencia de lo que varía, de la diferencia. Y si bien todo deseo es fluido y variable, el deseo bisexual no hace sino ponerlo en evidencia. La incertidumbre y la movilidad son propiedades de toda existencia, el punto de inflexión es que la categoría bisexual subraya esta condición que, por cierto, suele entrar en conflicto con moldes sociales de amor y trascendencia.

Los deseos bisexuales podrían repensarse, entonces, como modos diferenciales de ocupar y de circular por los espacios. Más aún, como modos de acción que también dan forma a cuerpos y espacialidades. El deseo bisexual busca acercar cuerpos, poner en contacto aquello que tal vez siempre estuvo alejado, incluso en el cuerpo propio⁸ y configura, así, momentos de contacto y de asociación, pero también de desvío y de fuga entre cuerpos y espacios, entre deseos y saberes.

En analogía con el teorema de Gödel sobre los límites del formalismo, Derrida denomina "indecidibles" a aquellas unidades lingüísticas que marcan la imposibilidad de clausuras en el sistema binario de clasificación

7 Claramente, el peso significativo de la homosexualidad y de la heterosexualidad no es socioculturalmente equivalente: la heterosexualidad no es sencillamente una orientación hacia algunos cuerpos sino que es la matriz que inscribe las diferencias genéricas y las posibilidades de los circuitos eróticoafectivos en todas las esferas de la vida cultural. Como consecuencia, cualquier sexualidad disidente imprime un desvío en ella y se constituye como jerárquicamente inferior. Sin embargo, es posible acordar que, en nuestro contexto actual, tanto el lesbianismo como la homosexualidad han logrado construir un territorio propio —e, incluso, normativizado— de circulación de cuerpos, deseos y saberes.

8 Esto resulta claro si se piensa a la bisexualidad en términos de identidad de género.

occidental (verdadero-falso, mente-cuerpo, masculino-femenino, homosexual-heterosexual).⁹ Los indecibles, por su movilidad constitutiva, se pasan de un sentido a otro, desestabilizando los umbrales de la significación y poniendo de relieve el carácter abierto, situado (histórico) y contingente de dicho proceso.¹⁰ Si pensamos a lo bisexual en estos términos, no sería ya una noción más precaria o imperfecta que otras, antes bien, parecería situarse en el terreno del cuestionamiento mismo de las definiciones identitarias.

Lo indecible no es solo la oscilación entre dos significaciones o reglas contradictorias, es "la experiencia de lo que siendo extranjero, heterogéneo con respecto al orden de lo calculable y de la regla, debe sin embargo [...] entregarse a la decisión imposible, teniendo en cuenta el derecho y la regla" (Derrida, 1997 b: 45).

9 Cf. J. Derrida, *De la Gramatología* (trad. Oscar del Barco y Conrado Ceretti, México, Siglo XXI, 1985) y "La deconstrucción como cifra de la indecibilidad" (en *El tiempo de una tesis. Deconstrucción e implicaciones conceptuales*, Barcelona, Proyecto A Ediciones, 1997).

10 Uno de los ejemplos que explora el autor es la palabra griega *phármakon* [Cf. J. Derrida, "La farmacia de Platón" en *La diseminación...*] la cual puede significar en diferentes contextos (i.e., encadenamientos de significantes) tanto veneno como antídoto. Son muchas las nociones que bajo esta caracterización podríamos aquí mencionar. Como señala Patricio Peñalver: "...archi-escritura (marca reiterable, o inscripción como condición de la significación, como posibilidad del lenguaje en general anterior a la distinción entre la palabra hablada y la escritura en sentido derivado o corriente); huella (relación con un pasado que se sustrae a la memoria en el 'origen' del sentido, que interrumpe la economía de la presencia e introduce en la vida de los signos lo incalculable, lo exterior); entame (inicio o merma, encandadura que corta y empaña la integridad del origen desde el comienzo); *différance* (que divide el sentido y difiere su plenitud sin fin, sin finalidad y sin horizonte teleológico que permita reasumirla dialécticamente en la conciencia); espaciamento (que impide el volumen homogéneo del espacio y la linealidad del tiempo); texto (proceso signifiante general que somete el discurso a la ley de la no-plenitud o la no-presencia del sentido y que está sometido a su vez a la ley de la insaturabilidad del contexto); *parergon* (lo 'accesorio', el detalle exterior que ante la mirada micrológica se revela como instancia 'clave' para descifrar una obra)...". [La deconstrucción en las fronteras de la filosofía, Barcelona, Paidós/I.C.E. - U.A.B., 1996, p. 22.]

Lo que se presenta como definitivo, como lo que puede ser, se disloca hacia lo que antes no podía ser: lo indecible se instala, entonces, en el terreno de lo que no puede ser previsto, anticipado por un horizonte de expectativas previamente delimitado (según el modelo fenomenológico clásico) o un orden de clasificación categorial previamente otorgado (heterodesignación). El campo de lo bisexual presentaría, así, las notas de lo indecible, en la medida en que abriría, en el campo de lo existente, un espacio de posicionamiento inesperado.

La existencia bisexual interpela tanto al monosexismo como a la matriz heterosexual —que separa las aguas entre los circuitos identitarios hetero/homo—, y amplía el horizonte de deseo e inteligibilidad epistémico-política incluso de otras identidades sexogenéricas que también resultan interpeladas. Pero lo hace no solo desde los márgenes sino desde adentro, profundizando las grietas de lo que incomoda, de la sensibilidad moral normativa. En este sentido, una epistemología bisexual nos desafiaría a pensar no en términos opositivos sino en términos inclusivos ("y", "también"); no ya como "nunca/siempre", "adentro/afuera" o "antes/después", sino como propone Kosofsky Sedgwick al momento de explorar herramientas para un pensamiento no dualista, con el término *beside* (al lado, junto, además), que se vuelve potencia ante todo por su carencia de polaridad. En esta figuración metafórica, lo bisexual reconfigura la cartografía cultural de los cuerpos, deseos y saberes y se delata no ya producto de lo que se excluye sino de elementos que coexisten en permanente movimiento (aunque no necesariamente de manera equitativa o equivalente). Como sostiene la autora: "*Beside* implica diversos modos de deseos, identificaciones, representaciones, rechazos, paralelismos, diferenciaciones, rivalidades, inclinaciones,

desvíos, imitaciones, abandonos, atracciones, agresiones, deformaciones, etc.” (2003, 8).¹¹

La propuesta resulta seductora porque propone una imaginación espacial que obliga a nuevos traslados y modos de circulación de conceptos, ideas, cuerpos e, incluso, de las formas de transmisión de afectos y saberes. Pero además, incita lecturas creativas (del mundo, del género, del sexo, de lo instituido) y obliga a sacudir algunos términos –a desviar algunos recorridos– que, a pesar de sonar contemporáneos y novedosos, ya se encuentran de algún modo solidificados. Incardinada, la bisexualidad tiene la posibilidad de abandonar puntos de referencia estable desde donde se establecen los vectores de la sexualidad y el género. En virtud de abrazar las bifurcaciones que resguarda, la bisexualidad se habilita como locus de contingencias eróticas tal que, potencialmente, puede celebrar la singularidad de los distintos cuerpos sexualizados y generizados.

En esta línea, una epistemología bisexual debería, entonces, abocarse a leer esas territorialidades contingentes que dibujan los deseos bisexuales; esos recorridos gozosos que no son rectos ni dividen espacios, sino que los atraviesan de modos inesperados. Tal vez, los deseos bisexuales no creen territorios alternativos (probablemente tampoco deseen esa permanencia), pero, indudablemente, delinean inter/intra-espacios diferenciales que habilitan posibilidades de habitar el mundo más móviles y alimentan pasajes y detenciones eróticas sin puntos de llegada asegurados.

III. Nuestra existencia bisexual

En el año 2011 se autoconvocó, por primera vez, en el Encuentro Nacional de Mujeres, el taller Mujeres y

11 “Beside comprises a wide range of desiring, identifying, representing, repelling, paralleling, differentiating, rivaling, leaning, twisting, mimicking, withdrawing, attracting, aggressing, warping, etc.”.

bisexualidades que se repitió, al año siguiente, ya con nómina oficial. Ese mismo año, y a partir de este antecedente, se inaugura en la Ciudad de Buenos Aires el Espacio de Encuentro Bisexual, intervención que, irremediablemente, nos interpela y nos exige reconsiderar los modos de formación de identidades y sus jerarquías, las políticas de visibilidad, las tensiones dentro del movimiento sociosexual. Llamadas a pensar nuestras experiencias en su especificidad, nos encontramos indagando sobre esos vacíos categoriales que pueden proporcionar nuevos desafíos teóricos tanto para la crítica feminista como para la reflexión sobre las disidencias sexogenéricas.

A través del presente artículo intentamos aproximar-nos a algunas concepciones en torno a la bisexualidad. Reconstruimos brevemente algunos de los prejuicios más habituales en nuestro contexto sociopolítico y propusimos modos de empezar a leer, resemantizar e, incluso, cuestionar el orden simbólico dicotómico y monosexista. El cuestionamiento que realizamos aquí no recae sobre la negación de la existencia de identidades ya que estas son necesarias para poder brindar un marco de legibilidad y, luego, de cuidado de las diferencias. Lo que aquí ponemos en cuestión es, específicamente, el modo de constitución/fundamentación de las identidades desde el fijismo y de las diferentes maneras en las que articulamos e interpretamos nuestras prácticas para construir (y vivir en) comunidades. Es decir, las maneras en que el mundo se nos presenta como posible para habitarlo y para pensarnos.

Proponemos, entonces, apropiarnos de ese deseo de “además”, de “también”, como figuración y recorrido válido, como espacio que vislumbramos habitable. Aspiramos a la rebeldía de los movimientos, a las infinitas potencialidades relacionales, a esas fantasías que no clausuran ni prescriben cómo deben ser los modos en que habitamos el mundo o las intensidades afectivas que establecemos en el contacto con otras subjetividades y cuerpos.

Bibliografía

- Amorós, Celia (2005). *La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias... para la lucha de las mujeres*, Madrid, Cátedra.
- Ahmed, Sara (2006). *Queer phenomenology*, Durham and London, Duke University Press.
- Armstrong, Elizabeth (1995). "¿Traición a la causa? Cómo entender los debates sobre la bisexualidad en grupos de lesbianas y gays", en N. Tucker, L. Highleyman y R. Kaplan (Eds.), *Bisexual Politics: Theories, Queries and Visions* (Trad. Alejandra Sardá), New York, Harrington Park Press. pp. 199-18.
- Butler, Judith (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*, Buenos Aires, Paidós.
- (2000) [1991]. "Imitación e insubordinación de género", en *Revista de Occidente*, Vol. 235, pp. 85-109.
- Daumer, Elizabeth (1992). "Queer Ethics; Or, The challenge of Bisexuality to Lesbian Ethics", en *Hypatia*, Vol. 7, N° 4, Lesbian Philosophy, pp. 91-105.
- De Lauretis, Teresa (1996) [1989]. "La tecnologías de Género", en *Mora*, N° 2, IIEGE, Universidad de Buenos Aires, pp. 6-34.
- Derrida, Jacques (1985). *De la Gramatología*. (Trad. Oscar del Barco y Conrado Ceretti), México, Siglo XXI.
- (1997a). "La deconstrucción como cifra de la indescibilidad", en *El tiempo de una tesis. Deconstrucción e implicaciones conceptuales*, Barcelona, Proyecto A Ediciones.
- (1997b). *Fuerza de ley. El fundamento místico de la autoridad* (Trad. Adolfo Baberá y Patricio Peñalver Gómez), Madrid, Tecnos.
- (1997c). "La farmacia de Platón", en *La diseminación*, Madrid, Fundamentos.
- Díaz, Constanza (2011). "Problemáticas de la diversidad. Representaciones en torno a la categoría bisexualidad en el activismo sexual de mujeres", en *Revista Temas de mujeres*, N° 7, Centro de Estudios Históricos e Interdisciplinario Sobre las Mujeres Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán.
- Freud, Sigmund (1992a). "El recurso de la bisexualidad", en *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. VII*, Buenos Aires y Madrid, Amorrortu.
- (1996). "Fantasías históricas y su relación con la bisexualidad", en *Obras Completas de Sigmund Freud, Vol. II*, Losada.
- Gurevich, María (2007). "What Do They Look Like And Are They Among Us?", *Bisexuality, (Dis)closure And (Un)viability*, *Journal of Bisexuality*.
- Haraway, Donna (1993). "Saberes situados: el problema de la ciencia en el feminismo y el privilegio de una perspectiva parcial", en M.C. Cangiano y L. Du Bois, *De mujer a género*, Buenos Aires, CEA, pp. 115-144.
- Hemmings, Clare (2002). *Bisexual Spaces*, New York and London, Routledge.
- Kosofsky Sedwick, Eve (1998). *Epistemología del armario*, Barcelona, De la Tempestad.
- (2003). *Touching feeling, affect, pedagogy, performativity*, Durham and London, Duke University Press.
- Peñalver, Patricio (1996). *La desconstrucción en las fronteras de la filosofía*, Paidós/I.C.E. - U.A.B.
- Pramaggiore, María (1996). "BI-Introduction: Epistemologies of the Fence", en *RePresenting Bisexualities: Subjects And Cultures Of Fluid Desire*, Barcelona, New York and London, New York University Press.
- Sardá, Alejandra (1998). "Bisexualidad, ¿un disfraz de la homofobia internalizada?", en *I Encuentro Argentino de Psicoterapeutas Gays, Lesbianas y Bisexuales*, organizado por el Grupo Nexo y realizado en Buenos Aires.
- Yoshino, Kenji (2000). "The epistemic contract of bisexual erasure", en Stanford: *Stanford Law Review*, Stanford Law School, pp 1-8.
- VVAA (2000). "The making of European women's studies", en *Athena*, Vol. III, Netherlands, University of Utrecht.

Genealogías bisexuales: recorridos posibles por la historia

por Laura A. Arnés, Malena Correa, Josefina Itoiz

La bisexualidad perturba las certezas: heterosexual, gay, lesbiana. Tiene afinidades con todas ellas, pero no está delimitada por ninguna. Es, por tanto, una identidad que tampoco es una identidad, una indicación de la certeza de la ambigüedad, la estabilidad de la inestabilidad, una categoría que define y va en contra de la categorización.

Marjorie Garber, *Vice Versa: Bisexuality and the Eroticism of Everyday Life*

Prácticas, teorías y derechos no suelen marchar acompañados en el devenir de las sociedades. Los saberes tienen sus ritmos, los cuerpos otros propios. Los afectos se pulsan, las palabras los definen. Las ansias humedecen, la economía regula y sistematiza. Sabemos que, a lo largo de la historia, se desplegaron diferentes tecnologías que dotaron de sentidos a hábitos y prácticas, que procuraron orientar los cuerpos y les dibujaron, incluso, sus propias topografías; que establecieron verdades, éticas y morales de acuerdo a diferentes momentos; que fijaron usos para cada parte del cuerpo y dibujaron lógicas con respecto a lo que se dice y a lo que se calla, a lo que se imagina y se desea.

Foucault ya pensó la historia de la sexualidad occidental. Pero dejó baches y lagunas. Porque, como él mismo notó, no todas las sexualidades son las mismas (ni todos los géneros tampoco). En ese recorrido interviene este artículo. Lo que nos interesa es rastrear lo que el nombre -bisexual- hace o lo que en nombre del nombre se hace (o hizo). Sin trazar una curva de

lenta evolución, nos preguntamos por la emergencia del concepto en diferentes escenas, por lo papeles que ha jugado. Cuando se dijo bisexualidad, ¿qué se dijo? ¿Qué saberes –qué imágenes, qué cuerpos, qué prácticas– confluían ahí y en boca de quiénes? ¿Acaso todo el sexo fue reprimido de la misma forma o hablado con el mismo fin? ¿Cuándo se convirtió la bisexualidad en una causa política o es que, acaso, siempre lo fue? ¿Cómo se extrapoló su significado del mundo de las plantas y los animales al ámbito de las personas? ¿Qué sucede cuando la palabra “bisexualidad” desaparece pero las prácticas que la invocan se intensifican?

Podría pensarse que la bisexualidad se inscribe – como categoría– en el imaginario sexual occidental, de diversos modos y con matices significantes variados, desde el momento en que la sexualidad se convierte en objeto de las disciplinas científicas burguesas como la anatomía, la embriología y la fisiología (MacDowall 2009; Hemmings 1997; Du Plessis 1996) o la psiquiatría y el psicoanálisis. Por supuesto, todas estas disciplinas tuvieron un efecto colonizador sobre los cuerpos; sin embargo, como se verá, pocas veces sostuvieron teorías coherentes, ajenas a contradicciones y ambigüedades.

Efectivamente, fueron discursos sostenidos desde la medicina y la biología, en el positivista siglo XIX, los que dieron forma a las primeras versiones modernas sobre la bisexualidad. A pesar de esto, creemos que la bisexualidad fue sistemáticamente apartada de la economía hegemónica de los deseos y los placeres justamente porque su mera existencia ponía en crisis las dicotomías epistemológicas “varón-mujer” y “homosexualidad-heterosexualidad” que, en ese momento, se estaban construyendo. Así, la bisexualidad hará su aparición como un exterior constitutivo del par

homo-hetero (pero también del par varón-mujer y femenino-masculino), como una no-identidad fundamental y necesaria en la configuración e inteligibilidad de ese par (Angelides 2001).

Ese afuera se constituye tanto en el espacio como en el tiempo. Así, como veremos, la bisexualidad estuvo en el origen (todxs fuimos alguna vez bisexuales), estará en el futuro (en tanto potencia), está en la mente o en la sensibilidad (la creatividad bisexual de lxs artistas). Por eso, al analizar los sentidos que bisexual despliega resulta evidente que no se presenta como un término que afianza los caros binarismos, que solo cobra sentido con el par homo-hetero o que carece de fertilidad política: esto solo achata la complejidad, los movimientos e incluso la ambigüedad que los relatos bisexuales arrastran.

También resulta interesante ver cómo, sobre todo en el siglo XX, si bien proliferaron las prácticas que desde una perspectiva actual podríamos llamar bisexuales, estas tendieron a mantenerse innombradas o mal-nombradas (pensadas en términos de “gays” o “lesbianas”) incluso por aquellos discursos producidos en ámbitos de la disidencia sexual y queer. Insistimos, entonces, en que esto sucedió (y sucede) porque más que reforzar el binarismo –como nos hemos cansado de escuchar– la bisexualidad juega un rol fundamental en su deconstrucción. Estamos convencidas de que las prácticas bisexuales (en su amplio espectro) pero también los cuerpos que han sido llamados “bisexuados” o “bisexuales” implican una crítica al modelo de la diferencia sexual que, en términos generales, es siempre mononormativo.

Teniendo esto en mente, el objetivo de este artículo es abrir una posibilidad para pensar la bisexualidad en su historicidad: como teoría, como política, como identidad. No como una verdad, no como un significado cerrado sino, más bien, como una potencia performativa, como

modulación del deseo, quizás incluso, como una función en el discurso. La idea no sería solo imaginar qué trazos de una sexualidad moderna arrastra la bisexualidad, sino considerar cómo anticipa rasgos de ciertos modos de la sexualidad contemporánea o, incluso, futura.

1. Revisitando el siglo XIX

De plantas y calamares: la deriva evolucionista o los "monstruos" de Bentley Todd

Recordado por prescribir un vaso de brandy caliente con canela y azúcar para curar diversos males, el anatomista irlandés Robert Bentley Todd no solo creó el Hot Toddy (como se llamó a esa bebida), sino que fue el primero en utilizar científicamente la palabra "bisexual" hacia mediados del siglo XIX.¹ En esos años se había celebrado en el Crystal Palace de Londres la Gran Exposición, marca indiscutida del nuevo horizonte de progreso que habían abierto la revolución industrial y la ciencia positiva. El imperio del capital con su nuevo patrón de poder global, fundado en la división del trabajo en consonancia con la construcción científica de la "raza" y una episteme positivista y eurocentrada, se afirmaba como el régimen triunfante. En los hogares imperaba la moral victoriana y se proyectaba, normativa: una nueva sociedad se consolidaba a la medida europea y se expandía hacia todo el mundo.

En 1859 Charles Darwin publica *El origen de las especies* por medio de la selección natural, o la preservación de las razas favorecidas en la lucha por la vida, estudio que marcó un hito para todas las ciencias y

¹ La palabra "homosexual" fue utilizada por primera vez en 1868 por el médico austro-húngaro Karoly Maria Benkert en una carta que le escribe a Karl Heinrich Ulrichs. También la palabra "heterosexual" fue acuñada por el mismo médico, unos años más tarde (ver Mengel, 2009).

proveyó, además, un marco novedoso para pensar las sociedades. Ese mismo año, el anatomista Robert Bentley Todd utiliza por primera vez la palabra "bisexual" en su libro *The Cyclopaedia of Anatomy and Physiology*. Allí describe, detalladamente, los aparatos reproductivos masculino y femenino e inaugura la tradición moderna de la palabra "bisexualidad" que la asociaría al "hermafroditismo". De este modo, retoma ideas que ya circulaban en la Antigüedad.²

Los mitógrafos conocen con este nombre a un hijo de Afrodita y Hermes, del cual contaban la siguiente leyenda: Hermafrodito, cuyo nombre recordaba a la vez los de su madre y su padre, había sido criado por las ninfas en los bosques del Ida de Frigia. Estaba dotado de gran belleza, y a los quince años se lanzó a correr mundo y viajó por el Asia Menor. Encontrándose en Caria, llegó un día a las márgenes de un lago de maravillosa hermosura. La ninfa de este lago, llamada Salmacis, se enamoró de él al momento, pero al declararle su amor, él la rechazó. La ninfa, entonces, aparentó resignarse y se ocultó, mientras el joven, seducido por la limpidez del agua, se quitaba el vestido y se zambullía en el lago. Cuando Salmacis lo vio en sus dominios y a su merced, fue hacia él, y lo estrechó en tanto que Hermafrodito se esforzaba inútilmente por soltarse. Ella dirigió una

² Esa misma idea emerge a principios del siglo XVII, ligada fundamentalmente a una visión teológica que describía a las razas humanas como "bisexuadas" o "bisexos". Esta mirada reconfiguraba la antigua tradición del homo androgynous del origen del hombre y la separación de los sexos: se trataba de un hombre bi-sexual (con dos sexos: varón-mujer). Para seguir el desarrollo de los mitos de "Hermafrodito" y de los "Andróginos" en la Antigüedad y en la Edad Media, ver "La tradición mítica del hermafrodito o andrógino en la Antigüedad y la Edad Media", de Katia Chinchilla Sánchez (1995). Sobre las prácticas bisexuales en la Antigüedad, ver *Según natura. La bisexualidad en el mundo antiguo*, de Eva Cantarella (1991).

plegaría a los dioses pidiéndoles que jamás pudiesen separar sus dos cuerpos. Los dioses la escucharon, y los unieron en nuevo ser, dotado de doble naturaleza. (Grimal, 2010: 260-261.)

En la definición de Bentley Todd, la bisexualidad aparece como la propiedad anatómica de ciertas especies animales, en donde algunos individuos poseen una estructura sexual femenina y otra masculina. Se trata de un sentido literal: esa "propiedad anatómica" no es considerada una "desviación" o una "anormalidad", sino la estructura de un tipo de sexualidad reproductiva (son los casos de parásitos como los trematodos o los cestodos, de las planarias y de la mayoría de los moluscos). No se trata solo de una cuestión anatómica, sino que está vinculada a una práctica sexual específica: aquella que involucra la reproducción a partir de un solo individuo de la especie.³

Algunos años más tarde, el embriólogo ruso Aleksandr Kovalevsky también se apropió de la palabra "bisexual" y la utilizó en 1866 para describir, en el mismo sentido que Bentley Todd, a una ascidia que había descubierto. Su hallazgo fue retomado por Darwin en *El origen del hombre y la selección en relación al sexo* (1871), donde desarrolla una teoría sobre la se-

3 Si bien Bentley Todd se centra solo en algunas especies, el hermafroditismo está muy extendido entre los animales, no solo entre los parásitos. También son hermafroditas los anélidos, que incluyen a las lombrices de tierra y las sanguijuelas. Estos (y otros grupos) son hermafroditas de fecundación cruzada: cada individuo produce los dos tipos de gametas, pero no puede autofecundarse sino que tiene que fecundar a un segundo individuo o ser fecundado por él. En el caso de los parásitos, la autofecundación es una adaptación posterior que maximiza las chances de reproducción en un ambiente donde es poco probable encontrarse con otro individuo.

lección natural y el dimorfismo sexual, según la cual machos y hembras de la misma especie tuvieron caminos evolutivos diferentes. Según Darwin, cuanto más diferenciados están los sexos dentro de una especie, más evolucionada es esa especie. Por eso, cuando se da la presencia de órganos reproductivos femeninos y masculinos en el mismo individuo de las "especies superiores", se trataría de una "malformación" que Bentley Todd llama "*unnatural*" o "*monstrous*".⁴ Así quedaba instalada en el imaginario la idea de la bisexualidad como momento originario o primitivo de la especie.⁵

El mundo europeo de la Historia Natural presentaba por entonces a la bisexualidad fundamentalmente como una característica morfológica observable, pero con alcances particulares: era evidencia de inmadurez sexual y falta de desarrollo cuando se trataba de un individuo en particular y de primitivismo en el caso de una especie. En este contexto epistemológico, el naturalista y filósofo alemán Ernst Haeckel, no solo sería el principal difusor de la teoría de Darwin en Alemania sino también quien acuñó la idea de que el desarrollo embrionario de un individuo de la especie reflejaba el desarrollo evolutivo de la especie misma: todo embrión humano pasaba por una "etapa bisexual", que referiría a un período específico de la historia de la evolución humana en la cual los sexos aún no se habían diferenciado. Pero además, esta perspectiva sirvió para extrapolar argumentos so-

4 En los siglos XVII y XVIII, los hermafroditas eran considerados criminales, ya que su disposición anatómica, su propia existencia, ponía en cuestión la ley que distingue los sexos y prescribe su unión. Este "monstruo humano" combina lo imposible con lo ilegal. Sobre esta cuestión ver Los anormales de Michel Foucault (2007).

5 Cabe aclarar que si bien en términos generales la separación de los sexos es la tendencia evolutiva en animales —acompañada por toda una serie de cambios ligados a la arquitectura del cuerpo y a diferentes estrategias reproductivas— no es el caso de las plantas, para las que la tendencia es la contraria. En este sentido, las más evolucionadas y que presentan ventajas en cuanto maximizan sus probabilidades de reproducción sexual son las plantas hermafroditas autofecundantes.

bre la vida o el desarrollo humano fuera del útero: las condiciones sociales de mujeres y varones se asociaron, justificaron y legitimaron sobre la idea de una mayor evolución del varón –que pasaban por un período de “feminización” (intrauterina) hasta alcanzar el mayor estatus masculino– y del menor desarrollo evolutivo de las mujeres –que quedaban, para los científicos– en un estadio de inmadurez constante.

Así se produce una de las revoluciones epistemológicas y sociopolíticas más importantes para nuestra sociedad: el modelo de los dos sexos instala una diferencia entre varones y mujeres explicada y justificada “científicamente”. Y este modelo de la diferencia sexual estaría, luego, en la base de la distinción entre la heterosexualidad y la homosexualidad. Porque sin una distinción clara entre “mujer” y “varón” no puede haber una distinción clara entre heterosexualidad y homosexualidad. Y es que si las ciencias eran prolíficas en discursos sobre la genitalidad y el sexo es porque estaban desplegando una serie de saberes tendientes a la regulación de la sexualidad mediante el control y la normalización de los cuerpos.

La literatura o la vida: en el siglo XIX no todo es ciencia

Unos años antes, la escritora francesa George Sand (1804-1876) había inspirado los personajes andróginos de Honoré de Balzac en *La comedia humana* (1830) y de Théophile Gautier en su novela *Mademoiselle de Maupin* (1835). Se sabe que George Sand adoptó, luego de la separación de su esposo, no solo cierta gestualidad sino también la vestimenta masculina –bastón, galera

y librea incluidos–. Así, decía ella, circulaba más libremente por París y accedía a sitios vedados para las mujeres, al tiempo que, por supuesto, escandalizaba a la sociedad. Tuvo tórridos y breves romances con Alfred de Musset y también con Frédéric Chopin, pero fueron numerosos sus amantes, entre los que se le conoce, al menos, una mujer. En el verano de 1833 George Sand quedó impresionada por el despliegue en escena de la actriz francesa Marie Dorval a quien escribió una carta en reconocimiento y admiración. Las mujeres se encontraron y los rumores de romance rodaron por París. Tanto que el crítico de teatro Gustave Planche advirtió a Sand que se mantuviera alejada de Dorval. Lo mismo hizo el Conde Alfred de Vigny con su amante Marie, a quien advirtió que se alejara de “esa maldita lesbiana”. Las advertencias no tuvieron efecto ya que las amantes sostuvieron su vínculo hasta la muerte de Marie en 1849.

Carta de George Sand a Marie Dorval, 18 de marzo de 1833:

No puedo verte hoy, cariño. No tengo tanta felicidad. Lunes, mañana o tarde, en el teatro o en tu cama, tendré que ir a besarte, señora, o hacer alguna locura. Yo trabajo como convicto, será mi recompensa. Adiós, hermosa entre todas.

Carta de Marie Dorval a George Sand, fines de marzo de 1833:

Eres una comerciante mala y contaba con la felicidad de tenerte toda la noche en mi camerino. Habríamos

cenado rápido a las cinco y nos habríamos ido juntas. A ver, intente. Te vi ayer toda la tarde, te miré sin mirarte a los ojos. Parecías una chica malhumorada. Soy yo quien vendrá a verte mañana por la mañana. Esta noche no estoy en casa. ¡Dios mío, qué deseo de hablar tengo! ¿Nunca podremos aguantar?

Carta de George Sand a Marie Dorval, fines de marzo de 1833:

Mi pequeña Marie, ¿te gustaría poner al Sr. Gustave Planche en tu lista de baile? Sigue siendo rue de La Harpe, n. 103.

Decididamente, Jules [Sandeau] estará con nosotros, pero cuando te escriba, sin duda estará cerca de ti, y será más feliz que yo.

Adiós. En medio de tus grandes deberes como representante, no olvides amarme un poco.

(Correspondance de George Sand. Tome II. 1832 - juin 1935.)

Sobre prácticas y deseos: la taxonomía de Ulrichs

La Alemania de la segunda mitad del siglo XIX no era indiferente a las prácticas homosexuales. Por el contrario, como la mayoría de las naciones europeas, castigaba con prisión a los ciudadanos cuyos comportamientos sexuales osaban desafiar la natura. Por eso, cuando el abogado, escritor y periodista Karl Heinrich Ulrichs (1825-1895) comunicó a su familia y amigos, primero, y luego al público en general que era "uranista" causó un revuelo de notables características. El gesto de Ulrichs, no solo inauguraba e instalaba para

el futuro el acto de "salir del closet", sino que, además con ese término -"uranista"- transformaba el sentido peyorativo de "sodomita", palabra que por entonces se utilizaba para designar despectivamente a los hoy "homosexuales". En la tumba de este "activista gay", el primero -según se dice- hay grabadas dos palabras: "desterrado y pobre", porque esa fue la suerte que corrió con sus panfletos desafiantes y sus conferencias.

Entre los años 1864 y 1880, Ulrichs publicó doce ensayos que formaban parte de un trabajo mayor, su *Investigación sobre el enigma del amor entre varones*. Allí, inventa una serie de neologismos y con ellos una taxonomía de las orientaciones sexuales. Los principales términos de la taxonomía, "urning" y "dioning", hacen referencia a una sección de *El Banquete* de Platón. Pero la taxonomía de Ulrichs es triádica (dioning, urning y urano-dioning) y se basa en tres pilares: la orientación sexual (atraído por mujeres; atraído por mujeres y varones; atraído por varones), la preferencia sexual (pasivo, sin preferencia, activo) y las características o expresión de género (femenino, intermedio, masculino).

Así, *urano-dioning* viene a nombrar lo que, tal vez, hoy entendemos como bisexualidad. Se trata de una categoría que aparece, por primera vez, separada del concepto de hermafroditismo. La definición no responde aquí a caracteres morfológicos observables, sino a prácticas y deseos. Y si bien el vocabulario sexual de Ulrichs no fue aceptado y fue quedando lentamente en el olvido, sus investigaciones sí influyeron en los estudios de reconocidos investigadores de la sexualidad como Richard von Krafft-Ebing y Havelock Ellis.

La salud de los "enfermos": la sexología incipiente

Mientras tanto en Viena, a orillas del Danubio y en

un clima de decadentismo, Richard von Krafft-Ebing (1840-1902), uno de los padres de la psiquiatría moderna y a quien el propio Sigmund Freud reconocía como autoridad, estudiaba la sexualidad humana y llegaba a la conclusión de que debía ser pensada en dos partes: central (sistema nervioso central –cerebro–) y periférica (genitales y caracteres sexuales secundarios). Así, observaba que la genitalidad no se relacionaba de forma directa con el deseo sexual. A partir de allí, desarrollaba la idea de que la parte central era autónoma y estaba sujeta a “trastornos del desarrollo” (Radó, 1940). Su *Psychopathia sexualis* (1886), quizás el texto fundador de la sexología moderna, es el primer libro dedicado enteramente a las “perversiones sexuales”, giro muy a tono con la modernización de la sexualidad y vinculado, podríamos decir hoy, al reconocimiento y censura de la diversidad de prácticas y deseos. Sin embargo, sorprendentemente, Krafft-Ebing criticaba la criminalización de la “desviación sexual” y se manifestaba en contra de las denuncias sostenidas sobre la idea de crimen y pecado (Oosterhuis, 2012).

En lo que refiere a la bisexualidad, Krafft-Ebing la vuelve a ubicar –en coincidencia con el evolucionismo de la época– como origen, no solo del desarrollo del individuo, sino también de la “especie” y de la “raza”. Es él quien introduce el término “monosexualidad” para describir el estado sexo-racial de aquellos grupos que han evolucionado de la dualidad bisexual primitiva: es en estos grupos que se presentaría, para Krafft-Ebing, una congruencia entre las características sexuales centrales y periféricas. Sin embargo, a lo largo de sus años de estudio, la discusión en torno a lo que llamaría “hermafroditismo psicosexual”, señalaba la posibilidad de que la masculinidad y la feminidad no fuesen sino abstracciones. En este sentido, podría pensarse que en su trabajo se produce un corrimiento gradual que va

desde la clasificación de perversiones hacia la tentativa de entender la sexualidad de un modo más amplio (Oosterhuis, 2012).

Viena fin de siècle: el deseo en el diván

Por esos años, un joven Sigmund Freud también recorría las calles de esa ciudad imperial en la que se iniciaban una serie de transformaciones que marcarían el fin de siglo. Viena pasaba del *art nouveau* al *art déco* y del ascenso burgués a la reinstalación de la mirada aristocrática. Freud, que inscribía su trabajo en un marco de producción de conocimiento científico –no exento de disputas y cada vez más prolífico y preocupado por “decir la verdad sobre el sexo”– ya había pasado de la hipnosis y el método catártico a la asociación libre, pero aún participaba en cirugías. También había sucedido ya la desastrosa intervención que, junto con su amigo y confidente Wilhelm Fliess –un médico biólogo seductor que tenía a Freud fascinado si no enamorado–, le realizaron a Emma Eckstein.

Si bien esta malograda cirugía no trascendió en la historia, sí lo hizo la posterior y abiertísima polémica entre Freud y Fliess. Este segundo se había proclamado padre de un concepto de bisexualidad que tenía fundamentos casi metafísicos (implicaba una dualidad de sexo en la que intervenía una periodicidad numérica de los ciclos vitales en el hombre y la mujer) y acusaba a Freud de robárselo. La escalada de tensión entre ambos teóricos, que fue intensa y erótica, terminó con la ruptura afectiva y una acción legal.

Probablemente inspirado por Fliess, Freud consideraba que todo individuo presentaba cierto grado de “hermafroditismo” y que, aun orientándose desde la infancia hacia la monosexualidad, seguiría conservando vestigios del sexo opuesto relegado al inconsciente. Sin embargo, él destacaba el carácter psicológico y no

biológico de la bisexualidad. De hecho, si su afirmación respecto de la existencia de una vida psíquica inconsciente había generado suficientes resquemores, tanto más disgustó la ampliación de la noción de sexualidad, que excedía una equiparación a lo estrictamente genital y la vinculaba también a impulsos generalmente asociados a actos de cariño o amor (Díaz *et al.*, inédito).

Como se sabe, la bisexualidad aparecerá, desde entonces, a lo largo de toda la obra de Freud. Muy a tono con la época, en sus *Tres ensayos sobre teoría sexual* (1905) propuso una clasificación en la que distinguía, según la elección de objeto, a los "invertidos absolutos" que eran aquellos a quienes el "sexo opuesto" no les atraía para nada; los "invertidos anfigenos" ("hermafroditas psicosexuales"), para quienes era indistinto el sexo del objeto; y los "invertidos ocasionales", quienes elegían un objeto de su mismo sexo en circunstancias específicas –y en cada ocasión lo disfrutaban– (1993: 124). Sin embargo, como notan Díaz y Suárez (inédito) ante evidencias empíricas que le mostraban una variabilidad mucho mayor, Freud reconoce la existencia "abundante" de variantes y grados intermedios. Así, da los primeros pasos en pensar una sexualidad en la que homosexualidad y la heterosexualidad se encuentran indisolublemente imbricadas.

Unos años más tarde, en *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad* (1908), Freud no se refiere a la bisexualidad como un conflicto en la elección de objeto, aunque sí la describe como síntoma histérico. Sería: "la expresión de una fantasía sexual inconsciente masculina, por una parte, y femenina, por la otra". Pero lo más importante para la historia es que Freud terminará hablando de "la disposición bisexual que suponemos en los seres humanos" (2006: 146) para dar cuenta de pacientes que se compenetran tanto con el papel de la mujer como con el del varón en sus

fantasías sexuales. Y esto, que se transformaría en la "bisexualidad constitutiva" de todo sujeto (1931), será retomado por Carl Gustav Jung quien supondrá, en un giro que vuelve a la bisexualidad pura potencialidad, que el ser bisexual originario simboliza la unidad del yo, como meta ideal o proyección del deseo humano de totalidad.

2. Un paseo por el siglo XX

Entre el Támesis y el Sena: la bohemia en medio siglo

Si bien la cultura francesa, en las ficciones sexuales modernas, brinda imágenes de deseos "perversos", de *voyeurismos*, travestismos y *menage a trois*, podría pensarse que allí, a principios de este siglo XX que recién comenzaba, los conceptos relativos a la sexualidad pierden peso y ganan presencia los cuerpos y sus prácticas, los afectos y sus construcciones. Quizás fue el arte la variable que permitió correr los límites de lo normalizado y habilitó la posibilidad de otras formas de vida en común, quizás fue el hecho de que, por razones de diversa índole, allí se conjugó un grupo de mujeres, económicamente autónomas, que estuvo dispuesto a confrontar la rígida moral –y las expectativas– de una época, a problematizar los modos de la sexualidad y del género, y a proponer otros sentidos para la palabra "política".

Así, a pesar de que Francia cuenta en sus anales con autores como Rabelais, Sade o Pierre de Bourdeille – Señor de Brantôme, quien publicó una compilación de poemas de amor entre mujeres titulado *Las lesbianas* –, las imaginaciones que de allá emanan no alimentan (como sí lo hace la industria norteamericana, por ejemplo) ficciones pornográficas. Es posible que esto tenga que ver con la fuerte influencia de una sexualidad psicoanalizada. Pero es posible, también, pensar en la

influencia de otra serie narrativa: aquella que comienza con las escritoras y editoras que produjeron, en París, durante la primera mitad del siglo XX y que continúa, sobre la década del sesenta, con las teóricas y críticas feministas de la "diferencia sexual".

A principios del siglo XX, París era sustrato fértil de actividad artística. Lo que no se sabe tanto es que esta actividad se fraguó bajo la energía y el trabajo de una comunidad de mujeres. En la *Rive gauche*, el margen bohemio del Sena, se reunían mecenas, editoras y artistas (escritoras, fotógrafas, bailarinas, artistas plásticas, periodistas) muy enclavadas en esa revolución cultural que se estaba llevando a cabo. Todas ellas, juntas, dieron cuerpo a un espacio de libertad sostenido por una red de relaciones tan personales como artísticas. Pero, además, para todas ellas la libertad sexual no consistía en estar a disposición de los hombres sino en correrse de los imperativos heterosexuales: así, mantenían relaciones erótico-afectivas tanto con mujeres y varones, lesbianas y travestis, en variadas modalidades. En este sentido, no es coincidencia que prácticamente ninguna tuviera marido e hijos (Weiss, 2005: 30).

Entonces todo parecía seguro: Colette llevaba en el cuello un collar de perro que decía "Pertenezco a Missy" (una marquesa idéntica a Nerón), Renée Vivien se alimentaba con una cucharada de arroz y alcohol puro antes de ir a besar el pubis de una demi-mondaine acostada entre dos perros enanos, Miss Natalie Barney recibía en la calle Jacob vestida como un macho del directorio, Raschilde metía el culo para adentro, se alistaba el jacquet, guiñaba sobre el monóculo y posaba para un retrato de Romaine Brooke (apodada

"El cochero"). ¿Qué amiga no se abrazaba a la amiga en un fumadero de opio?: Coco Chanel y Misia Sert sorbiendo el moco por la trastada de un tipo luego de hojear el diario de Sarah Ponsoby donde decía: "Mientras mi bienamada dibujaba yo leía a madame de Sévigné..."

(María Moreno, "El libro rojo de Lesbos", 2002.)

Las integrantes de este círculo internacional⁶ que frecuentaban los salones de Natalie Clifford Barney y de Gertrude Stein, muchas veces se sentaban a contar chismes, regalarse flores, hablar de literatura y comer sanguchitos de pepino (en honor a Oscar Wilde) con los miembros de otro grupo extra continental que no solo rechazaban los tiesos contratos afectivos victorianos sino que encarnaron lo que se dio en llamar "polifidelidad": el círculo de Bloomsbury,⁷ esa élite intelectual británica, muy ligada a los movimientos pacifista y feminista.

Una de las escritoras fundadoras de este círculo fue Virginia Woolf, autora del ya mítico libro para el feminismo y la crítica literaria: *Un cuarto propio* (1929). En él, entre otras cosas, cita a Coleridge: "La verdad es: una gran mente debe ser andrógina".

6 Raschilde (que en su tarjeta personal eligió decir: "Hombre de letras" y fue fundamental en la construcción de la obra de Oscar Wilde), Colette, Renée Vivien, Janet Flanner, Solita Solano, Djuna Barnes, Peggy Guggenheim, Alice Toklas, Romaine Brooks, Thelma Wood, Berenice Abbot, Mata Hari, Emma Calvé, Radclyffe Hall, Marie Laurencin, H.D., Mina Loy, Marianne Moore, Nancy Cunard, Gisele Freund, Beaumont Newhall, Bryher, Jane Heap, Dolly Wilde, Thelma Wood, entre otras.

7 Vanessa Bell, Virginia Woolf, Katherine Mansfield, Dora Carrington, John Maynard Keynes, E.M. Forster, Lydia Lopokova, James Strachey, Vita Sackville-West (que vestía de hombre y paseaba por Europa del brazo de Virginia o Violet mientras Leonard se quedaba trabajando en la imprenta) y Lytton Strachey, entre otros.

Esto, que comienza siendo solo una tesis, se convierte en inspiración para su novela *Orlando* (1928), esa gran carta de amor que le dedicó a Vita Sackville-West en la que el género y el sexo del personaje principal cambian según las épocas.

Un puente entre estas dos comunidades habría sido la famosa librería de Sylvia Beach y Adrienne Monnier, Shakespeare & Company (de la cual nuestra Victoria Ocampo era visitante regular). Tapizada con alfombras serbias y estanterías llenas de revistas literarias, no solo era un paso obligado para quienes buscaban conocer a Gertrude Stein sino para todxs aquellxs vanguardistas que querían publicar. Se sabe que Joyce fue uno de los afortunados (no tanto Beach, quien a pesar del éxito del *Ulyses*, solo vio deudas) pero también se acercaron Henry Miller –probablemente con *Trópico de cáncer* atadito bajo el brazo– y Anaïs Nin.

María Moreno (2002) lo relata de modo genial: Henry Miller, un hombre que solo parecía capaz de concebir una poesía donde las mujeres se rompieran la pelvis para que el médico les metiera un dedo de goma adentro hasta frotarles la hendidura de la epiglotis, andaba de amante con Anaïs Nin. Un día, llega la esposa norteamericana, June Mansfield, y aparece la pasión entre las dos mujeres (hay una película –y más de un libro– para probarlo). Pero además, un día, Miller le pasa a Nin un trabajo que no quiere hacer: escribir unos cuentos pornográficos a pedido. Y si bien ella sabe la fórmula, lo que termina haciendo es minar la misma sexualidad masculina o, mejor dicho, los modos del placer heterosexista.

Nin, además, entre muchos otros, tuvo amoríos con Frede, la fundadora del music hall *Le monocle* (1932), siempre vestida como gentleman y también amante de Marlene Dietrich. Pero todos los chismes sobre los amores genéricamente vacilantes de las artistas de

cabaret parisino (como Josephine Baker que conoció en intimidad a Frida Kahlo y, además, fue espía y adoptó once hijxs) y de las cantantes de jazz y blues (como Bessie Smith) merecería artículo aparte.

...Amo. Amo a ambos, a Henry y a June.

June es mi aventura y mi pasión pero Henry es mi amor. No puedo ir a Clichy y enfrentarme con los dos. Le digo a June que es porque temo que no sepamos ocultar nuestros sentimientos delante de Henry, y le digo a Henry que es porque temo no fingir bien delante de June. La verdad es que miro a Henry con ojos ardientes y a June con exaltación. La verdad es que sufro humanamente al ver a June instalada al lado de Henry –donde yo quiero estar– porque la intimidad entre Henry y yo es más fuerte que cualquier aventura.

(Anaïs Nin, Diarios Amorosos: Incesto. 1932-1934.)

Todavía en París, pero acercándonos a mediados de siglo nos encontramos con Simone de Beauvoir quien, en 1949, publicaba su *Segundo sexo*. Un libro que a esta altura no es solo un hito en la historia de la reflexión feminista sino que marca un viraje en la reflexión sobre las sexualidades y en la metodología filosófica. Porque De Beauvoir dio cuerpo a un nuevo modelo intelectual que se sostiene, en partes iguales, sobre la experiencia, la teoría y la literatura. Como se sabe, la extensa producción narrativo-ensayística de Simone de Beauvoir se focaliza en la situación de opre-

sión que viven las mujeres, al tiempo que desnaturaliza determinadas representaciones "femeninas". Su frase "no se nace mujer se llega a serlo" resultó uno de los pilares que sostendría al feminismo de las décadas siguientes. Pero además, su relación abierta con Jean Paul Sartre y sus *ménage à trois* con alumnas llamaron la atención sobre su vida no pocas veces.

Durante un largo rato, Francisca contempló con ojos de enamorada a esa mujer que Pedro amaba. —En cambio, todo podría estar bien —dijo—. Una pareja bien unida ya es hermoso, pero cuánto más rico es todavía tres personas que se quieren unas a otras con todas sus fuerzas. Se tomó su tiempo; ahora había llegado el momento de comprometerse ella también y de aceptar sus riesgos. —En resumidas cuentas, lo que hay entre usted y yo, ¿es verdaderamente una especie de amor?

Javiera le lanzó una rápida mirada (...). Era tan sencillo; ese amor que de pronto dilataba de dulzura el corazón había estado siempre al alcance de su mano: bastaba tenderla, esa mano miedosa y avara. —Mire, si entre Labrousse y usted también hay un amor, formamos un buen trío bien equilibrado —dijo—. No es una forma de vida ordinaria, pero no la creo demasiado difícil para nosotros. ¿Usted no lo cree? —Sí —dijo Javiera tomando la mano de Francisca y oprimiéndosela—. Deje solo que me cure y verá qué dulce vida tendremos los tres (...).

—Me siento culpable —dijo—. Descansé tontamente en los buenos sentimientos de esa muchacha hacia mí, pero no se trataba de una miserable tentativa de seducción. Queríamos construir un verdadero trío, una vida de tres bien equilibrada en la que nadie sería sacrificado; quizás era un absurdo, pero merecía ser intentado.

En cambio, si Javiera se conduce como una especie de arpía, si tú eres una pobre víctima mientras yo me divierto en hacerme el conquistador, nuestra historia se vuelve innoble (...).

(Simone de Beauvoir, *La invitada*, 1943.)

Simone fue, también, mentora artística de Violette Leduc: escritora pionera en hablar, sin tapujos, sobre bisexualidad que revolucionó el panorama literario y feminista relatando con lujo de detalles, en ficciones autobiográficas, sus experiencias y apetitos eróticos más variados. Como relata Liliana Viola (2014): no es reivindicativa, ni espera comprensión como Radcliffe Hall, no interpone la distancia socarrona de Colette con su *Claudine*, ni conoce la maquiavélica erótica de Natalie Barney y sus señoritas de salón. Tampoco tuvo la celebridad de ninguna de ellas, en gran medida porque Leduc no quiere gustar, no gusta y hasta aterroza. Reconcentrada en su experiencia y confesional hasta la autoadjudicación de crímenes, fue la primera en narrar un aborto clandestino en tiempos en que la ley francesa condenaba a prisión a la mujer que fuera descubierta. Más que invertida, el personaje construido por Leduc es descentrado.

A partir de la década del cincuenta comienza a afirmarse en Francia lo que Eric Hobsbawm (2007) llamó "el giro juvenilista y populista de la cultura de la clase media y alta", que tuvo alto impacto en los gustos y tendencias del arte en general y que afectó, sin lugar a dudas, los modos de las relaciones sociales. Su punto de explosión podría ubicarse en el Mayo Francés (1968), ese movimiento contracultural nacido en la Sorbona

que alzó como banderas consignas como: "Prohibido prohibir", "Creo en la realidad de mis deseos" o "Cuando pienso en la revolución me entran ganas de hacer el amor"; mientras el feminismo, en concordancia, gritaba a voz en cuello: "Lo personal es político". Liberación personal, liberación sexual y liberación social iban de la mano.

En este contexto, la bisexualidad apareció conceptualizada de diversos modos en los textos de las teóricas psicoanalistas feministas o de lo femenino. Julia Kristeva, Luce Irigaray y, por supuesto, Hélène Cixous arriesgaban distintos acercamientos a un tema que, a su criterio, siempre ponía en crisis la estructura edípica y los binarios de la lógica falocéntrica. Cixous, especialmente, intentó problematizar la bisexualidad no solo en tanto identidad sino en tanto deseos que dan forma a los cuerpos y, también, por supuesto, en tanto generadora de escritura. En oposición a los debates que se van a dar en Estados Unidos en décadas posteriores, la autora propone una bisexualidad que no anula diferencias sino que las aviva: no es el dos en uno porque la suma de las partes siempre tendría como resultado otra cosa.

Ella es bisexual:

Lo aquí apuntado lleva directamente a una reconsideración de la bisexualidad. A revalorizar la idea de la bisexualidad para arrancarla a la etiquetación que tradicionalmente se le ha reservado (...). Así, pues, distinguiría dos bisexualidades, dos maneras opuestas de pensar la posibilidad y la práctica de la bisexualidad: 1) La bisexualidad como fantasía de un ser total que sustituye el miedo a la castración y oculta la diferencia sexual en la medida en que se experimenta como marca de una separación mítica, indicio de una

separación peligrosa y dolorosa. Es el Hermafrodita, de Ovidio, menos bisexual que asexuado, compuesto no de dos géneros, sino de dos mitades. Fantasía, pues, de unidad. Dos en uno, y ni siquiera dos. 2) A esta bisexualidad fusional, eliminadora, que quiere conjurar la castración, opongo la otra bisexualidad, aquella en la que cada sujeto no encerrado en el falso teatro de la representación falocéntrica, instituye su universo erótico. Bisexualidad, es decir, localización en sí, individualmente, de la presencia, diversamente manifiesta e insistente según cada uno o una de dos sexos, no-exclusión de la diferencia ni de un sexo, y a partir de este "permiso" otorgado, multiplicación de los efectos de inscripción del deseo en todas las partes de mi cuerpo y del otro cuerpo.

(Helene Cixous, La risa de la medusa, 1975.)

La futilidad del norte: cuantificar, objetivar y etiquetar la orientación sexual

Como decíamos, Simone de Beauvoir (1949), instala un quiebre en la reflexión feminista, propone una metodología y desarrolla conceptos novedosos. Pero, más allá de Simone de Beauvoir, las décadas de mitad de siglo XX resultan, en Occidente, un período de referencia que marca el nacimiento de nuevos derechos, nuevas morales, nuevas políticas y nuevas economías del cuerpo. En este momento también se fortalecen y legitiman, una vez más, las funciones normalizadoras de la medicina en complicidad con el Estado. Porque a partir de la década del cuarenta se producen, en especial en Estados Unidos, una serie de transformaciones tecnológicas que implican cambios del paradigma social, político y económico y que inevitablemente afectarán

también la vida en nuestro hemisferio. Como sostiene Paul Preciado, durante el período de la Guerra Fría, Estados Unidos invierte más dólares en la investigación científica sobre el sexo y la sexualidad que ningún otro país a lo largo de la historia:

El período que va desde el final de la Primera Guerra Mundial a la Guerra Fría constituye un momento sin precedente de visibilidad de las mujeres en el espacio público, así como de emergencia de formas visibles y politizadas de la homosexualidad en lugares tan insospechados como, por ejemplo, el ejército americano (...). Se abren durante este tiempo decenas de centros de investigación sobre la sexualidad en Occidente (...). Al mismo tiempo, los doctores George Henry y Robert L. Dickinson llevan a cabo la primera demografía de la "desviación sexual" (...) al que más tarde seguirán el Informe Kinsey sobre la sexualidad y los protocolos de Stoller sobre la feminidad y la masculinidad (2008: 26).

Alfred Kinsey, en lo que se podría pensar como un coletazo del siglo XIX, encabezó dos investigaciones que modificaron las formas de pensar la sexualidad –sobre todo en Estados Unidos– y que rápidamente se convirtieron en *best sellers*: *Sexual Behavior of the Human Male* (1948) y *Sexual Behavior of the Human Female* (1953). Sus conclusiones planteaban una idea radical para la época que de algún modo se alineaba con las proposiciones de Freud: la orientación sexual no era una variable discreta con comportamiento exclusivamente heterosexual o exclusivamente homosexual como puntos de anclaje sino que se construía en una serie de comportamientos "intermedios". De esta manera, su propuesta colaboraba en criticar –desde la misma comunidad científica– los conceptos de "anormal" o "patológico" que esta sostenía. Pero además, estos libros resultaron un paso importante en

la reflexión hacia lo no binario: anticipándose a las décadas por venir y, nuevamente, en directa ligazón con el método psicoanalítico, la sexualidad comienza a ser pensada en términos de biografía, alimentada por diversos componentes como las fantasías, las prácticas, los deseos e, incluso, la identidad. Así, la famosa Escala Kinsey (1948) pretendía evaluar "objetivamente" la orientación sexual de lxs sujetxs incorporando información sobre las experiencias vividas y sobre el comportamiento y los intereses sexuales de las personas a lo largo de un continuo entre dos extremos definidos como homosexualidad y heterosexualidad.

Si bien Kinsey consideró fundamental centrarse en los comportamientos particulares y alejarse de las etiquetas socioculturales, muchas veces su trabajo se ha utilizado en otro sentido. La Escala Kinsey fue herramienta, en numerosas investigaciones, para determinar la orientación sexual (pensada en tanto categoría) sin que se considerara la autopercepción de las personas (sujetos de estudio) en cuestión (Morgan, 2013; Vrangalova y Savin-Williams, 2012). Así, en pos de una intención identitaria dirigida por la ciencia, se pierde no solo el concepto inicial de sus creadores –la idea de orientación sexual como un *continuum* inestable– sino también los variados matices que el término "bisexualidad" implicaba. Años después, en un intento por comprender mejor a las personas no monosexuales y ofrecer una definición más amplia de orientación sexual que la de la Escala Kinsey, los doctores Fred Fritz Klein, Barry Sepekoff y Timothy Wolf diseñaron, en 1985, la Cuadrícula de Orientación Sexual de Klein (KSOG).

A pesar de los cambios de décadas, y a pesar de que, inevitablemente, se enfrenta siempre a la imposibilidad de definir a la sexualidad, la medicina no ha cesado en sus intentos por cuantificarla y medirla y puede seguirse toda una línea de trabajos científicos

hasta la actualidad que continuaron la búsqueda de la sexología que abrían Kinsey y Klein.⁸

La vuelta feminista y el estallido de la disidencia: la bisexualidad en cuestión

Sobre la década del setenta recobra fuerza el movimiento feminista en el mundo Occidental y toma cuerpo lo que suele llamarse, en Estados Unidos, la Segunda ola. Resumiendo, podría decirse que este movimiento, más allá de cuestionar los modelos y estereotipos de feminidad que la publicidad, la literatura y el cine de las décadas previas legaban y de objetar los modos del poder patriarcal (que habían provocado, a criterio de la mirada feminista, entre otras cosas, dos guerras mundiales), tendió a mantener en primer plano el análisis crítico del matrimonio y la familia, y de la heterosexualidad en tanto matriz opresiva que afectaba a todas las mujeres. Es decir, a partir de la segunda mitad del siglo se comienza a pensar fuertemente en aquello que Simone de Beauvoir ya había entendido: el amor y el sexo eran lugares donde anclaba la opresión de las mujeres. Así, con el lema "lo personal es político" (acuñado por Kate Millet) entraban al debate los modos de la sexualidad, las fábulas amorosas, la maternidad, la organización de la familia nuclear, la violencia contra las mujeres, el aborto y la "heterosexualidad obligatoria" (Rich, 1980). Mientras, Shulamith Firestone, en

8 En 2002, Weinrich y Klein utilizaron la Escala de Storm (1980) en un estudio en el que concluyeron, inscribiendo diferencias incluso entre personas no monosexuales, que existen cinco categorías distintas de orientación sexual, tres de las cuales corresponden a identidades no monosexuales. En 2008, Thompson y Morgan continúan con esta línea de investigación y sugieren que podrían existir otras categorías para pensar la sexualidad de las mujeres en términos de su identidad sexual y comportamiento: "mayormente heterosexuales", "exclusivamente heterosexuales" o "bisexuales-lesbianas". Galupo et al. (2014), propusieron estudiar la orientación sexual de las personas no monosexuales y la diversidad más allá de la categoría bisexual, y para esto diseñaron un estudio cualitativo en el cual exploran las opiniones de personas previamente autodefinidas como pertenecientes a "minorías sexuales".

un libro dedicado a De Beauvoir, afirmaba vehementemente que: "El objetivo final de la revolución feminista debe ser distinto del objetivo del primer movimiento feminista: no exclusivamente la eliminación del privilegio masculino, sino de la misma distinción entre los sexos; las diferencias genitales entre seres humanos no tendrán ya ninguna importancia" (1970).

En este contexto, Kate Millet, quien también acuñó la frase "el amor ha sido el opio de las mujeres", después de publicar su célebre *Políticas sexuales* (1970), aparecía públicamente como bisexual en la revista *Times*. En tanto tal, fue desacreditada por diversos sectores del movimiento feminista: el sector heterosexual, encabezado por Betty Friedan lamentaba -terror de tantos años- que se asociase, públicamente, al feminismo con el lesbianismo; el sector lesbiano, a su vez, la consideraba poco comprometida con la lucha y poco representativa del movimiento. Como consecuencia, en un evento en la Universidad de Columbia, una activista lesbiana increpa a Millet desde el público y la obliga a reconocerse lesbiana.

Teresa Juárez gritándome desde el auditorio, una agresión por razones políticamente correctas: "¿Eres Lesbiana? Dilo. ¿Lo eres?" (...). Miro a mis colegas, profesores en el auditorio, ni siquiera pensando que fueran soplones, tan solo sabiendo que habían mantenido sus trabajos y yo lo había perdido. Entonces quizás podía decir cosas como esa. Decir públicamente que era AC-DC. ⁹ Quinientas personas mirándome. ¿Eres Lesbiana? Todo se detiene, me miran en medio de un

9 Una forma de llamar a las personas bisexuales que sería el equivalente del término "binorma" en la Argentina de los años ochenta y noventa.

terrible silencio. No les oigo respirar. Esa palabra en público, la palabra que esperé toda mi vida oír. Al final soy acusada. (...). "Sí", contesto. "Sí." (...). El guión dice, inflexible como un edicto fascista, que la bisexualidad es una renuncia, una negación. "Sí", dije, "sí, soy Lesbiana".

(Millet, Flying, (1974: 14-15. La traducción es nuestra.)

Estas dos posturas van a delinear dos problemas constantes en la constitución de la bisexualidad en tanto identidad y subjetividad política feminista del cambio de siglo: por un lado, en un deslizamiento que no es solo semántico se reemplaza "bisexualidad" por "lesbianismo"; por otro lado, se le quita valor disidente a "bisexual" y se exige que sea reemplazado por "lesbiana" como prueba de compromiso.

Entrados los ochenta, la bisexualidad, en tanto identidad a ser pensada y reivindicada, comienza a hacerse presente en el ámbito teórico/activista anglo-parlante. Si bien la crisis del SIDA hizo aparecer al varón bisexual como un vector de infección y a sus prácticas sexuales como ligadas al engaño y la mentira —dos narrativas que teñirán las imaginaciones bisexuales futuras—, es también en estos años cuando al imperativo de la tematización o definición de *lo homosexual* se agrega —en un mundo cada vez más mediático— el imperativo de asumir una voz y una imagen. Así, proliferaron prácticas discursivas que giraron en torno a la sexualidad y que no pudieron evitar el modelo de conocimiento basado en la revelación de lo íntimo mediante diversas formas de la autobiografía.

En el caso de la bisexualidad, los relatos en primera persona tendieron a hacer aparecer a un sujeto feminista

y mujer que procuraba la articulación entre subjetividad, deseo y militancia. Son relatos afirmativos que buscaban una acción restitutiva: intentaban normalizar imaginarios y contrarrestar estereotipos (no engañamos, no somos fiesterxs, somos monogámicxs, etc.) pero, sobre todo, denunciaban su marginalidad con respecto a los movimientos *gay* y *lesbianos*, su falta de representación e, incluso, la discriminación que sufrían dentro del colectivo LGB. Estas intervenciones, que fueron fundamentales para la formación de un núcleo de activismo bisexual, no se construyeron tanto como contra-discurso de los relatos hegemónicos sino, sobre todo, como intervenciones que pusieron en cuestión las estrictas morales, políticas de identidad y prácticas sexogenéricas de grupos *lesbianos* y *gays*. Sin embargo, podría pensarse que muchos relatos perdían su potencia disidente al procurar normalizar —moralmente— las subjetividades y prácticas bisexuales.

Finalmente necesito hablar sobre la bisexualidad. Creo que la analogía es la identidad interracial o multirracial. Creo que la analogía de la bisexualidad es una cosmovisión multicultural, multiétnica y multirracial (...). Este movimiento emergente politiza el llamado término medio: la bisexualidad invalida cualquier formulación, o análisis. La bisexualidad significa que soy libre y tengo tantas probabilidades de desear y amar a una mujer como de desear y amar a un hombre, ¿y cuál es el problema? (...). Si eres libre, no eres predecible y no eres controlable. A mi modo de ver, ese es el significado positivo y politizador de la afirmación bisexual: insistir en la complejidad, insistir en la validez de todos los componentes de la complejidad social/sexual, insistir en la validez igualitaria de todos los componentes de la complejidad social/sexual.

(June Jordan, "A new politics of sexuality", 1996.)

Lo bisexual: un problema epistemológico dentro del feminismo disidente

Si bien, como vimos, la comunidad científica ya había propuesto una serie de estudios sobre las bisexualidades, hasta el momento nada hacía pensar que esta fuese un territorio interesante para la investigación académica. Sin embargo, sobre los noventa, como producto de una deriva de los *Women* y de los *Gay and Lesbian Studies* comienzan a aparecer, en Estados Unidos e Inglaterra, narrativas en torno a lo bisexual. Elisabeth D. Däumer, Marjorie Garber, María Pramaggiore son algunas de las voces que empiezan a argumentar y producir teoría desde un activismo declaradamente bisexual y feminista. Y que, además, proponen la bisexualidad no ya como una identidad que integra a la heterosexualidad y la homosexualidad sino como un punto de vista tanto epistemológico como ético desde el cual es posible examinar y deconstruir el marco bipolar de género y sexualidad.

Debido a la posición ambigua que ocupa entre las identidades, la bisexualidad puede poner de manifiesto las brechas y contradicciones de toda identidad, en lo que podríamos llamar la diferencia dentro de la identidad. Esta ambigüedad (...) puede asimismo llevar a una profunda apreciación de las diferencias entre las personas –ya sean culturales, sexuales o de género– (...). Debido a su falta de identidad, la bisexualidad expone

el rasgo distintivo de todas las identidades sexuales politizadas: las discontinuidades, a veces radicales, entre los actos sexuales y las elecciones afectivas de un individuo, por un lado, y su identidad política afirmada, por el otro. Al hacerlo, la bisexualidad reactiva el momento desestabilizador del género y la sexualidad, de todas las identidades sexuales politizadas, al mismo tiempo que pone de manifiesto la contradicción, no como un defecto o un peligro para las disidencias, sino como una fuente de información y una fortaleza, como una base para un "nosotrxs" más inclusivo que habilite en lugar de reprimir la articulación de la diferencia (...).

(E.D. Däumer, "Queer Ethics; or, The Challenge of Bisexuality to Lesbian Ethics", 1992. La traducción es nuestra.)

En esta década, proliferan –paralelos y en diálogo no siempre amistoso con la teoría queer– una serie de artículos que buscan pensar epistemologías bisexuales. Cuando en 1991 Teresa de Lauretis propuso la teoría *queer*, ofrecía, en realidad, un aparato teórico que permitiera dejar de pensar a la(s) homosexualidad(es) como algo marginal en relación con una forma de la sexualidad (la heterosexualidad) estable y dominante, frente a la cual podía(n) ser definida(s) por oposición u homología. En otras palabras, De Lauretis consideraba que las sexualidades disidentes no debían ser vistas como transgresoras o desviadas o como el "estilo de vida" opcional que el pluralismo norteamericano defendía, sino que, argumentaba, podían ser re-conceptualizadas como formas socioculturales emergentes con términos propios. Sin embargo, y sin negar que lo queer reabrió la discusión relativa a la relación entre género y sexualidad y amplió

las posibilidades para, por ejemplo, los estudios transgénero, no sucedió lo mismo con los desarrollos teóricos bisexuales. Porque mientras que lo lesbiano, lo gay y lo trans, pensado bajo esta rúbrica, generaba cientos de papers y libros, lo bisexual quedó, nuevamente, relegado cuando no criticado. Teóricxs *queer* como Eve Kosofsky Sedgwick, Diana Fuss, George Chauncey o Lee Edelman produjeron una masa crítica que procuró exponer el carácter relacional y cultural de la construcción de las identidades sexogenerizadas. Sin embargo, la reflexión sobre las bisexualidades no fue parte de estas deconstrucciones, como tampoco lo había sido al momento de rastrear, algunos años antes, las genealogías *gay/lésbicas*.

Edelman explica esta ausencia sosteniendo que el binarismo homo-hetero es "más reforzado que interrumpido por el 'tercer término' de la bisexualidad". Donald Hall, coeditor de una colección de ensayos titulados *Representing Bisexualities*, acordó: "A mí me disgusta particularmente el término bisexual porque inevitablemente codifica binarismos". Kosofsky Sedgwick, por su parte, dudaba: "No estoy segura de que porque existan personas que se identifican como bisexuales la bisexualidad sea una identidad". Pero la crítica bisexual finalmente llegó. Y sus formulaciones teóricas podrían resumirse en dos sencillas pero contundentes conclusiones: 1. el paradigma de la identidad y, como consecuencia, la oposición homo/hetero fueron reproducidas, involuntariamente, por la deconstrucción *queer*; 2. quienes sostienen lo que Angelides llama "la impotencia política de la bisexualidad" desoyen al coro de teóricxs y activistas que viene advirtiendo que la politización de la categoría bisexual implica desafiar la estructura generizada y sexualizada.

Sentarse en la cerca [fence-sitting] (...) es una práctica que rechaza las fórmulas restrictivas que definen

el género de acuerdo con categorías binarias, que asocian un género o una sexualidad con la elección de un género singular y que equipara las prácticas sexuales con las identidades sexuales. Las epistemologías bisexuales (...) reconocen los deseos fluidos y su continua construcción y deconstrucción del objeto deseado (...). Por lo tanto, la cerca, una estructura permeante y permeable, más parecida a decir "ambxs/y" (...) en lugar de los exclusivos "ya sea/o".

(Maria Pramaggiore, *Epistemologies of the fence* [Epistemologías de la cerca], 1996.)

Entonces, hay una clara dificultad epistemológica: ¿cómo y/o por qué las nociones de "bisexualidad" y "bisexual" llegaron a ser impensadas, irrelevantes, invisibles o triviales? ¿Qué significa la ausencia o presencia de la bisexualidad en los estudios sobre sexualidades contemporáneos? Pero, además, en sintonía con el giro performativo que se produce sobre el cambio de siglo, para muchxs autorxs ya no importa qué significa "bisexualidad" sino: ¿qué hace (posible o imposible)? ¿Qué ayuda a pensar o a lograr? En este sentido, hay otro punto interesante que comienza a ser indagado por cierto sector de la disidencia sexual: si bien lo bisexual carga, históricamente, con el sentido de "farsa" o de "engaño" (como si portara una falla ontológica), también es cierto que no se lo ha sometido a los rigores de la demanda de verdad como sí ha sucedido en el caso de la homosexualidad. En este sentido, el requerimiento paradójico que se le hace es que se declare a sí mismo como otra cosa.

Desde el primer momento, un problema –que se

arrastra hasta la actualidad— se hace claro: no hay definición unívoca para la bisexualidad. Esta ausencia de certezas divide a lxs teóricxs: por un lado, están quienes consideran que la indefinición subyacente al nombre constituye a la bisexualidad en un espacio de potencia política enorme; por otro lado, quienes leen en esa representación imposible una causa central de la dificultad de organización política. De cualquier modo, esta ambigüedad que el término “bisexual” conlleva fue respondida de modo más o menos semejante: con insistencia en las especificidades y diferencias de las experiencias bisexuales; con énfasis en la viabilidad y en el valor revulsivo de un deseo fluido; con hincapié en la naturaleza transgresiva, en el alcance político y afectivo de un deseo “no monosexual”. Adrienne Rich denunció la heterosexualidad obligatoria, insisten lxs teóricxs, pero no alertó sobre la *monosexualidad obligatoria*.

El otro problema evidente radica en la invisibilidad de la bisexualidad en el territorio ya no solo activista sino cultural en general y en su inviabilidad —imaginaria— en tanto práctica: ¿cuáles son las prácticas que le darían cuerpo a la bisexualidad? ¿Existe una práctica bisexual, un acto específicamente bisexual? ¿Cómo se dan las relaciones entre universal (identidad) y particular (experiencia)? En una sociedad fuertemente monógama, ¿cómo se “identifica” la bisexualidad? ¿Existe algún contexto en el que se pueda presumir *a priori*? Si, como sabemos, todos los espacios son geografías sexuadas y generizadas, ¿en qué territorios se inscribe la bisexualidad? ¿Qué cartografías configura? ¿Construye acaso alguna espacialidad específica?

Pareciera no haber respuestas certeras, pero sin duda la bisexualidad suscita preguntas que desestabilizan los modos institucionalizados/cristalizados de las construcciones sexogenéricas, así como los límites

y potencias políticos de las identidades fijas y/o marcadas por la fluidez. Sin lugar a dudas, el pensamiento bisexual abre nuevas posibilidades para pensarnos desde una matriz del deseo menos opresiva.

Bibliografía

Angelides, P. (2001). *A History of Bisexuality*, Chicago and London, Chicago University Press.

Appignanesi, Lisa y Forrester, John (2005). Freud's women, Londres, W&N.

Bentley Todd, Robert (1859). *The Cyclopaedia of Anatomy and Physiology*, Londres, Longman.

Carrier, J. M. (1985). "Mexican male bisexuality", en *Journal of homosexuality*, 11 (1-2), pp. 75-86.

Chinchilla Sánchez, Katia (1995). "La tradición mítica del hermafrodito o andrógino en la Antigüedad y la Edad Media", en Cantarella, Eva (1991), *Según natura. La bisexualidad en el mundo antiguo*, Madrid, Akal.

Cixous, Helene (1995) [1975]. *La risa de la medusa*, San Juan. Anthropos.

Clark J, Salvatierra J, Segura E, Salazar X, Konda K, Perez-Brumer A, et al. (2013). "Moderno love: sexual role-based identities and HIV/STI prevention among men who have sex with men in Lima, Peru", en *AIDS and Behavior*, 17 (4), pp. 1313-1328.

Darwin, Charles (2011) [1856]. *El origen de las especies*, Buenos Aires, Longseller.

Däumer, E. D. (1992). "Queer Ethics; or, The Challenge of Bisexuality to Lesbian Ethics", en *Hypatia*, 7 (4), pp. 91-105.

De Beauvoir, Simone (1975) [1943]. *La invitada*, Buenos Aires, Sudamericana.

De Beauvoir, Simone (1999) [1949]. *El segundo sexo*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

Díaz, Constanza (2011). "Problemáticas de la diversidad. Representaciones en torno a la categoría bisexualidad en el activismo sexual de mujeres", en *Revista Temas de mujeres*, N° 7, Centro de Estudios Históricos e Interdisciplinario Sobre las Mujeres Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán.

Díaz, Constanza y Suárez, Romina (2017). "La categoría bisexualidad en la obra de Sigmund Freud: usos e implicancias", inédito.

Du Plessis, M. (1996). "Blatantly bisexual; or, unthinking queer theory", en D. E. Hall & M. Pramaggiore (Eds.), *RePresenting bisexualities: Subjects and cultures of fluid desire*, New York, New York University Press, pp. 19-54.

Freud, Sigmund (1993). "Tres ensayos de teoría sexual", en *Obras completas*, Tomo VII. Buenos Aires, Amorrortu.

Freud, Sigmund (2006). "Fragmento de análisis de un caso de histeria", en *Obras Completas*, Tomo VII, Buenos Aires y Madrid, Amorrortu.

Galupo, M. P., Davis, K. S., Gryniewicz, A. L., Mitchell, R. C. (2014). "Conceptualization of Sexual Orientation Identity Among Sexual Minorities: Patterns Across Sexual and Gender Identity", en *Journal of Bisexuality*, 14, pp. 3-4, 433-456.

Galupo MP, Mitchell RC, Gryniewicz AL, Davis KS (2014). "Sexual minority reflections on the Kinsey Scale and the Klein Sexual Orientation Grid: Conceptualization and measurement", en *Journal of Bisexuality*, 14, pp. 404-432.

Grimal, Pierre (2010). *Diccionario de mitología griega y romana*, Buenos Aires, Paidós.

Hemmings, Clare (1997). "From Landmarks to Spaces: Mapping the Territory of a Bisexual Genealogy", en Gordon Brent Ingram, Anne-Mary Bouthillette y Yolanda Retter, *Queer in Space: Communities, Public Places, Sites of Resistance*, Seattle, Bay Press.

Hobsbawm, Eric (2007). *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica.

Jordan, June (1996). "A new politics of sexuality", en *Bisexual Horizons*, London, Lawrence & Wishart.

Krafft-Ebing, Richard von (2011) [1886]. *Psychopathia Sexualis: The Classic Study of Deviant Sex*, Paperback, s/d.

Lachlan MacDowall (2009). "Historicising Contemporary Bisexuality", en *Journal of Bisexuality*, 9:1, pp. 3-15.

María Moreno (2002). *El fin del sexo y otras mentiras*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

Mengel, Karl (2009), *Pour et contre la bisexualité: Libre traité d'ambivalence érotique*, Paris, La Musardine.

Millet Kate (1974). *Flying*, Nueva York, Alfred A. Knopf.

Millet, Kate (1995) [1970]. *Política sexual*, Valencia, Editorial Cátedra.

Morgan, E.M. (2013). "Contemporary issues in sexual orientation and identity development in emerging adulthood", en *Emerging Adulthood*, 1(1), pp. 52-66.

Nin, Anaís (2014). *Diarios Amorosos. Incesto (1932-1934)*, Madrid, Siruela.

Oosterhuis, (2012): "Sexual Modernity in the Works of Richard von Krafft-Ebing and Albert Moll", en *Medical History*, v. 52(2), pp. 133-155.

Pramaggiore, María (1996). "BI-Introduction: Epistemologies of the Fence", en *RePresenting Bisexualities: Subjects And Cultures Of Fluid Desire*, Barcelona, New York and London, New York University Press.

Preciado, Beatriz (2008). *Testo Yonqui*, Barcelona, Espasa Calpe.

Radó, S. (1940). "A Critical Examination of the Concept of Bisexuality", en *Psychosomatic Medicine*, Vol. II, N° 4.

Sand, George (1966). *Correspondance de George Sand. Tome II (1832-juin 1935)*, Paris, G. Lubin.

Shulamith Firestone (1976) [1970]. *La dialéctica del sexo*, Barcelona, Kairos.

Sue George (2002) [1993]. "Extracts from Women and Bisexuality", en Storr, M., *Bisexuality a Critical Reader*, New York, Taylor & Francis e-Library.

Thompson, E.M., & Morgan, E.M. (2008). "Mostly straight' young women: Variations in sexual behavior and identity development", en *Developmental Psychology*, 44, pp. 15-21.

Ulrichs, Karl Heinrich (1865). *Forschung über das Rätsel der Liebe unter Männern* ["Investigación sobre el enigma del amor entre varones"], Leipzig, s/d.

Vrangalova, Z., & Savin-Williams, R. C. (2012). "Mostly heterosexual and mostly gay/lesbian: Evidence for new sexual orientation identities", en *Archives of sexual behavior*, 41 (1), pp. 85-101.

Weinrich, J.D., & Klein, F. (2002). "Bi-gay, bi-straight, and bi-bi: Three bisexual subgroups identified using cluster analysis of the Klein Sexual Orientation Grid", en *Journal of Bisexuality*, 2 (4), pp. 109-139.

Yolanda Retter (Ed.). *Queers in Space: Communities, Public Spaces, Sites of Resistance*, Seattle, Bay Press, pp. 147-162.

Miradas en escorzo: desafíos de las representaciones bisexuales en el cine contemporáneo

por Agostina Invernizzi, Ayelén Pandolfi Chediak

¿Cómo se explica que mi mayor miedo sea precisamente en relación a ser? (...) ¿Cómo se explica que mi mayor miedo sea precisamente ir viviendo lo que vaya sucediendo? ¿Cómo se explica que no tolere ver, solo porque la vida no es lo que pensaba y si otra cosa? ¿Cómo si antes hubiese sabido lo que era? ¿Por qué ver es una desorganización semejante? Y una desilusión. (...) Tal vez la desilusión sea el miedo de no pertenecer más a un sistema.

Clarice Lispector, La pasión según G.H.

Este texto explora los modos que adquieren las representaciones de las mujeres bisexuales, sus deseos y sus prácticas en el cine. Partimos desde un posicionamiento situado en el feminismo, el post estructuralismo y el activismo de la disidencia sexogenérica. Desde allí, esta intervención intenta correr el foco de la mirada heterocisnormativa que cercena y obtura sentidos sobre estas representaciones, para dar lugar a nuevas y propias lecturas.

A partir de la selección y análisis de una serie de películas de alcance masivo, estas líneas buscan aportar miradas y herramientas para pensar cómo se narran las existencias bisexuales en el cine. Con este fin, seleccionamos producciones internacionales recientes que incluyen personajes que adscriben a esta identidad o a sus prácticas –aunque no siempre sean leídas como tal por la crítica–. Dentro de este grupo, seleccionamos *La vie d'Adèle – Chapitres 1 & 2* (Abdellatif Kechiche,

2013, Francia), *Appropriate Behavior* (Desiree Akhavan, 2014, Reino Unido), *Margarita With a Straw* (Shonali Bose, 2014, India), *À trois, on y va* (Jérôme Bonnell, 2015, Francia) y *Below Her Mouth* (April Mullen, 2016, Canadá).

Si bien la lista es larga y podría haber sido distinta, tomamos en cuenta los siguientes criterios para la selección: primero, trabajamos con películas recientes y occidentales, principalmente europeas,¹ para reflexionar sobre estas miradas hegemónicas y el modo en que construyen sus representaciones; en segundo lugar, dejamos de lado las películas donde lo bisexual es corporizado por un varón cis, ya que el género imprime sobre los cuerpos diferentes modos de habitar la propia sexualidad y su relación con el mundo. Además, las películas seleccionadas se caracterizan por tener una distribución masiva, exhibición y consumo internacional.² Y por último, pero no menos importante, seleccionamos obras que contemplan ciertas transversalidades: con la discapacidad, con las rígidas tradiciones familiares, con las monosexualidades y con la monogamia. A su vez, en estas narrativas hallamos coordenadas que dan cuenta de una salida del *closet* como bisexual por parte de la protagonista, otras que representan prácticas y existencias diversas que han sido leídas por la crítica cinematográfica como "lesbianas" y algunas que ponen en cuestión la monogamia y los vínculos sexoafectivos normativos. De esta manera, nuestro enfoque prioriza un posicionamiento epistemológico que tiene en cuenta las grandes líneas narrativas y la construcción de los personajes y de sus deseos, en lugar de proponer un análisis formal exhaustivo.

1 Con la excepción de *Margarita With a Straw* que es una coproducción de India y Estados Unidos, y la canadiense *Below Her Mouth*.

2 Aquí es preciso mencionar que, además, las películas seleccionadas contaron, aunque en diferente medida, con nominaciones y premios internacionales. Se destaca el éxito indiscutible de *La vie d'Adèle* en festivales de renombre.

Desorganizando la mirada

El color es un espectro de luz continuo. Nuestra visión nos permite distinguir desde el rojo hasta el púrpura con infinitos matices intermedios. Pero en cuanto nombramos un color realizamos un recorte –al que caracterizamos por contraste– del continuo. De modo análogo, cada sociedad significa el entorno de acuerdo a su matriz cultural: las personas intercambian pensamientos, sentimientos, visiones, y se reconocen mutuamente a partir de ficciones propuestas y sostenidas por la gran herramienta de la ideología: el lenguaje. Así, cuando una existencia irrumpe en nuestro horizonte, rápidamente tratamos de ubicarla –por la razón o por la fuerza– en los moldes de lo conocido para que nos resulte inteligible y al mismo tiempo, excluimos de nuestro entendimiento otras posibilidades: cuando un fenómeno excede las categorías culturales, se vuelve inaprensible. O siguiendo la metáfora cromática, invisible.

Desde hace ya algún tiempo sabemos que el conocimiento es situado, que los objetos de estudio se amplían en la medida en que sus lecturas e interpretaciones se multiplican y diversifican, y que la capacidad heurística de una obra es infinita y varía de acuerdo a la época. En este marco, consideramos necesario recuperar la importancia que tiene delimitar y diferenciar las representaciones que se tienen sobre los cuerpos sexuados. Las luchas por la identidad nos han enseñado que nombrarse es el primer paso para establecer los límites de un colectivo que pretende habitar otros modos de ser, sentir, pensar y hacer; movimiento que sucede en diálogo constante con los moldes que la sociedad quiere imprimir sobre nuestros cuerpos y deseos. Entonces, partiendo de esta relación tensa entre la palabra que designa y la imagen mental con la que se

la asocia, procuramos pensar los modos en que somos leídas y representadas en tanto mujeres bisexuales por el imaginario (heterocis)sexista en el ámbito cinematográfico, así como reflexionar sobre la relación de estas representaciones con las de otras disidencias.

Habitamos en un sistema patriarcal y capitalista que nos declaró mujeres al nacer. Ahmed (2006) sostiene que los cuerpos son sexualizados en términos espaciales porque habitan espacios sexuados y, principalmente, por el modo particular en que habitan esos espacios. En este sentido, no es solo la fijación del objeto de deseo lo que determina la sexualidad, sino también las diferencias que esto implica en las relaciones con el mundo: cómo nos posicionamos, qué cara damos y qué cara el mundo nos devuelve.³ Esta última proyección, que pareciera surgir de un no-lugar, de un espacio atemporal y universal, oculta la posición del ojo que nos mira. Las lecturas de sentido que se hacen sobre prácticas y deseos bisexuales –encarnadas por mujeres– están siempre sesgadas por la mirada dominante: Varón Cis Blanco Burgués Adulto Heterosexual. La ausencia de discusiones profundas en nuestro contexto contemporáneo vinculadas a posibles narrativas bisexuales consolida el modelo dominante –y monosexual– y simplifica las potencialidades de los deseos y cuerpos y, por supuesto, de sus representaciones. Visibilizar y nombrar los modos que adoptan las diversas prácticas y formas del afecto implica agrietar la totalidad que se nos impone desde fuera, dar validez a aquellas aristas que incomodan al ojo que mira y habilitar nuevas representaciones que se acerquen más a nuestras vivencias y deseos, para no quedar a disponibilidad de las violencias simbólicas pero también

3 Es por esto que las diversas direcciones que puede tomar (la elección de) el deseo llevan a ocupar el mundo de manera diferencial y, muchas veces, directamente llevan a habitar mundos distintos.

–y sobre todo– epistémicas. O, como tal vez diría Rosi Braidotti (2000), para salirnos de esas modalidades de peyorativización que recubren, con vacíos semióticos, las coerciones simbólicas y materiales más arraigadas.

Representar es dar lugar, hacer presente o traer al presente desde el presente; pero es también presentar una imagen recortada, limitar el dinamismo que cualquier término pueda tener. En este sentido, el *escorzo*⁴ ha sido utilizado en la fenomenología de Edmund Husserl para referirse a la característica de toda percepción como parcial, por presentar un objeto o cosa solo en un aspecto y no en su totalidad. El objeto, la cosa, no se da nunca a la percepción más que de esa manera. Así, si tenemos en cuenta el doble recorrido que traza este término, podríamos decir que, por un lado, las lecturas efectuadas por la crítica sobre ciertas representaciones han sido *en escorzo*, es decir, han puesto el foco solo en las grandes narrativas monosexuales dejando a un lado la complejidad de la cosa representada. Por otro lado, practicar una mirada en *escorzo* implica profundizar en aquello que sabemos no queda simplemente en un solo plano del nivel visual, sino que implica llevar a cabo una mirada *oblicua*, esbozar otras lecturas, trazar otras rutas de objetos no-simplificados.

Entonces, aparecen las siguientes preguntas: ¿cómo representar la/las bisexualidad/es? ¿Estamos acaso frente algo tan escurridizo (como todo lo que responde al orden del deseo) que se torna inaprensible y más aún, irrepresentable? El lenguaje –lingüístico o audiovisual– no es un simple elemento de comunicación: es una institución sociosimbólica clave a partir del que las subjetividades se construyen. Si se piensan las narrativas bisexuales como

4 El *escorzo* es un recurso utilizado en las artes visuales para dar la sensación de profundidad. El término proviene del italiano *scorciare* y hace referencia a un cuerpo no simplificado en posición oblicua al nivel visual.

una alternancia entre dos prácticas o como el tránsito entre dos mundos, es porque son estos los que nos (pre) existen y nos refieren. Sin embargo, no podemos quedarnos con la idea de lo inenarrable –o la imposibilidad epistemológica–; sin narración nos ausentaríamos del orden simbólico. Así, de manera precisa, David Bordwell y Kristin Thompson conciben la narración como forma fundamental de los seres humanos para comprender el mundo y la consideran una cadena de acontecimientos de relaciones causa-efecto que transcurren en el tiempo y el espacio (1993: 64). De esta manera, nosotras preferimos subrayar la importancia del orden temporal y espacial que aporta el lenguaje audiovisual para referir las existencias bisexuales, apelando, no a la figura de un péndulo que oscila, sino justamente a la movilidad que vertebra lo bisexual.

Entre nombramientos y aprendizajes

Margarita With a Straw narra la sexualidad de/desde una chica con parálisis cerebral. Laila, una joven de Delhi que es admitida en la Universidad de Nueva York, deja atrás su casa en India y se dirige a Estados Unidos donde vive nuevas experiencias. Durante las primeras escenas del film, la protagonista se relaciona sexual y afectivamente con Dhruv, un varón que también tiene una discapacidad, con quien construye un vínculo más bien ligado a una amistad (si de poner etiquetas se trata). Pero además, Laila expresa deseo por otros varones y le resulta sencillo vincularse con otros a través de internet: utiliza chats, redes sociales y, al mismo tiempo, se masturba utilizando pornografía. En una de las escenas la observamos navegar en Facebook y recortar su imagen de perfil para que no se la vea con su silla de ruedas. Cuando se muda a Estados Unidos, por primera vez siente atracción por y hacia una mujer –sin

renunciar a sus deseos sexuales por otros cuerpos– y consolida una relación sexoafectiva con Khanum, una joven pakistaní ciega. Es importante señalar que esta relación y la que mantiene con Dhruv son las más profundas que establece a lo largo de la película. Así, la tensión entre su discapacidad y su deseo de integración social –la “normalidad”– atraviesa todo el film. De hecho, cuando Laila le expresa a Dhruv su deseo hacia Nima, su amigo le recrimina “estar con él (Nima) no te hará más normal”. Laila se encuentra con la misma respuesta cuando le cuenta a su novia que, mientras estaban juntas, tuvo sexo con uno de sus compañeros de clase. Khanum (quien se percibe como gay e, incluso, en un momento del film, relata su salida del closet) le pregunta enfurecida si considera su relación con ella como una fase o si la tomó como un juego hasta conseguir a alguien “normal”. Frente a este cuestionamiento, Laila, lejos de poner en duda su identidad, le responde que su compañero de clase podía verla, poniendo de manifiesto la importancia que tiene para ella la aceptación por lo que considera el mundo “normal”.

A lo largo de la película, la exploración de Laila y su búsqueda del placer es una constante. Su deseo discurre al mismo tiempo en diferentes direcciones. En la escena de salida del closet, escribe en su tableta la palabra “bisexual” para que esta la recite, pero decide simplemente asumir el protagonismo de la declaración ella, con su propia voz: “Mamá, soy bi”. Sin embargo, este primer intento se frustra ya que su madre entiende “Bai” (pronunciación de “bi” en inglés y cuyo sentido en hindi refiere a una mujer que se encarga de servir en las tareas domésticas). Días después, Laila retoma el tema con todas las letras: “Má, eso que te dije sobre ser bi... me refería a bisexual”, pero su madre nuevamente parece no comprender la palabra. Finalmente le cuenta que ama a Khanum y que es su novia. “Qué

asco", replica su madre. Escenas como estas, donde protagonistas enmarquen su disidencia en la bisexualidad y se presenten como tal, no abundan en la cultura audiovisual, lo que vuelve a esta película más atractiva.

Como dijimos anteriormente, el tópico de la aceptación de sí misma y del propio deseo, junto con la oscilación entre los polos que marcan la norma y la discapacidad, vertebran todo el film. Constantemente, el personaje busca en la mirada de los otros sentirse deseada y que la reconozcan como un ser deseante. Sin embargo, como en todo *bildungsroman*,⁵ recién en la última escena se condensa la maduración del personaje principal. Laila se prepara para salir y tener una cita consigo misma. La imagen final se triplica: ella se sienta en una mesa a tomar una margarita con un espejo enfrente –que también se convierte en protagonista– al cual le dirige sonrisas y besos: ya no requiere de la mirada de otros para sentirse deseada y aceptada.

Si pensamos en los diferentes elementos diseminados alrededor de la trama: el hecho de que Laila se erotice con su compañero de clase porque la puede ver –a diferencia de Khanum, que carece de visión–, que se masturbe con pornografía y que elimine de su imagen de perfil aquello que aborrece, nos acercan a un final paradójico y circular donde la protagonista nuevamente mediada por un otro –en este caso el espejo– logra verse a sí misma. Por otro lado, esta clausura nos aproxima a cierta idea donde la bisexualidad roza lo monstruoso: un sujeto que solo obtiene el placer consigo mismo.

Por su parte, *Appropriate Behavior* relata la historia de Shirin, una joven bisexual iraní. El film se centra en el duelo de la relación con su ex novia –Maxine–, en

⁵ La novela de formación o novela de aprendizaje es un género literario cuyo tema central es la transición de la niñez a la madurez en un proceso que tiene como fin la consolidación de la personalidad del individuo y su integración en la sociedad.

el vínculo complejo con su familia y en su proceso de autonomía. Para la protagonista, su identidad bisexual, si bien permanece oculta para la familia, nunca estuvo en cuestión. Sin embargo, es puesta en duda en varios momentos a lo largo de la película: en una discusión Maxine le dice (ocupando cierto lugar de autoridad por el tiempo que estuvieron juntas, y desde su identidad monosexual): "Mientras más te veo, solo veo una fase". También, en una clásica escena de comedia romántica –una fiesta a la que solo asiste por tradición familiar, plagada de falsa simpatía y congéneres "exitosas", la protagonista hace su salida del closet frente a su hermano, y él duda:

–Maxine y yo teníamos una relación.

–Ah, entonces eres lesbiana.

–De hecho, estuve bastante interesada en los chicos con los que salí, así que pienso que soy bisexual.

–¿Y eso existe?

–Me temo que sí.

Su hermano corona la desopilante conversación diciendo: "Al menos no soy un narcisista sexualmente confuso". Shirin también intenta declararle su bisexualidad a su madre, quien opta, primero, por negarla y luego por silenciarla, como si nada estuviese sucediendo:

–Mamá, soy un poco gay.

–No, no lo eres.

–Sí, lo soy y estaba enamorada de Maxine.

–Shhh.

En todas estas escenas se intenta definir el deseo de Shirin desde afuera, anulando la subjetividad de la protagonista: constantemente es colocada en una posición de objeto sexual sin voz propia ni capacidad de comprometerse afectivamente con sus parejas.

¿El mundo dividido en dos?

La *vie d'Adèle* – Chapitres 1 & 2 es considerada por varios críticos como una de las mejores películas de 2013. Este film francés, inspirado en una novela gráfica, se centra en la vida de una joven estudiante, Adèle, durante sus años de secundaria y su vida adulta temprana. La historia narra las exploraciones de la protagonista en los vínculos sexuales y afectivos, principalmente a través de su relación con Emma, una joven artista plástica, abiertamente lesbiana, que circula por la bohemia progre de Lille. Adèle mantiene relaciones sexuales con varones y mujeres indistintamente a lo largo de la película, pero la narración cinematográfica se centra en su relación con Emma, con quien construye un vínculo más profundo y de una intensidad afectiva mayor al resto. Como consecuencia, si bien la identidad sexual de Adèle nunca se nombra –y aunque la crítica y la audiencia insistió en hablar acerca de una “película de lesbianas”–, sus prácticas son bisexuales a lo largo de todo el relato.

La lectura generalizada de gran parte de la crítica es que la película se basa en la historia de una chica, insatisfecha en sus vínculos, que, entre el fervor de sus hormonas y la inmadurez de su adolescencia, encuentra el placer y el amor de la mano de una lesbiana extrovertida. Sin embargo, y gracias al largo fragmento de vida narrado, resulta evidente que la relación con Emma no define el deseo de Adèle en un sentido inexorable. Luego del ardor de la pasión adolescente, la convivencia presenta a una Adèle y a una Emma con pocos intereses y ambiciones en común, y con una práctica sexual cada vez menos frecuente. Finalmente, el vínculo se fractura cuando Emma se entera de que Adèle tuvo sexo con un colega varón. Emma la confronta a los gritos, de manera muy agresiva: “puta”, le repite, en un intento por humillarla, como si su deseo por un varón

rompiera no solo con la monogamia, sino también con cierto pacto monosexual no escrito. Las disculpas y los sollozos de Adèle parecen no surtir efecto en Emma, que la echa de su casa.

En la escena anterior se observa cómo difieren las expectativas de cada una sobre las relaciones sexoa-fectivas y cuáles son las prioridades para la consolidación del vínculo. Para Emma, en línea con su identidad lesbiana, adquiere un lugar prioritario la estabilidad asociada a la fidelidad –incluso por sobre el placer sexual–. Para Adèle lo importante es el vínculo amoroso, la conexión sexual con su pareja y un compromiso profundo con su deseo.

Por otro lado, es llamativa la caracterización del personaje de Adèle como una figura que está a medio camino entre lo animal y lo infantil: retratada con la boca semiabierta, en primer plano sus mocos y lágrimas. Sobre el final del film en el anteúltimo encuentro con Emma la vemos en un bar donde, entre sollozos, se mete la mano de Emma entera en la boca y le succiona los dedos. Nuevamente estamos frente a una figura paradójica imbuida de animalidad e infantilidad: la ausencia/carencia del lenguaje. Nos topamos así, con una representación de bisexualidad que roza el plano no solo de lo infantil o lo inmaduro sino de lo inenarrable.

La película *Below Her Mouth* comienza con unas primeras escenas destinadas a narrar la vida de Dallas, una lesbiana que se dedica a la reparación de techos y que acaba de terminar con su pareja. Hasta que conoce a Jasmine, que está comprometida con un varón. Un fin de semana en el que su prometido está fuera de la ciudad, ambas comienzan un apasionado vínculo sexual y afectivo. Este amorío pone en crisis su pareja de años –que aparentemente se encontraba suspendida en la rutina–, ya que Jasmine no solo nunca antes había sido infiel, sino que tiene su primera relación con una mujer.

En los días que dura el romance, ambas protagonistas abren su intimidad a la otra. En una escena en la que están en un barco, Jasmine le cuenta que se había besado un par de veces con una chica cuando era joven y que, cuando su madre se enteró de la situación, la obligó a olvidarlo. Y, según asegura la protagonista, lo había efectivamente borrado hasta que apareció Dallas en su vida y volvió a conectar con esta parte reprimida de su deseo. Sobre el final del film, Jasmine se encuentra en una plaza con Dallas –en un clima de cotidianeidad y afectividad–, y se produce una salida de closet silenciada. Jasmine alude a una escena donde ella cuenta “todo” en su trabajo. ¿Qué es lo que cuenta? No se sabe exactamente, ya que es algo que no se nombra y queda librado a lxs espectadorxs interpretarlo. Es interesante, retomando el carácter espacial de la sexualidad que describe Ahmed (2006), observar los modos en que Jasmine se posiciona, los modos en que es heterodesignada a través de la mirada que le devuelven otros personajes, y cómo sobre el final también será definida por la mirada del espectador.

Paisajes idílicos e intensidades afectivas

Las primeras escenas de *À trois*, on y va narran la historia de Charlotte y Micha, que acaba de comprar una casa en Lille. Al mismo tiempo, Charlotte mantiene un vínculo sexual y afectivo desde hace varios meses con Mélodie, una abogada que, en un principio, pasa como “amiga” frente a Micha. De manera simultánea, Mélodie comienza a tener una relación secreta con él, hasta que luego de diferentes pasos, en una dinámica típica de comedia de enredos, la abogada manifiesta su deseo por ambxs.

Nos resulta interesante observar el modo en que el deseo circula, sin jerarquías, en un triángulo amoroso donde ambas protagonistas mantienen prácticas

bisexuales. Y esta fluidez se refleja en el punto de vista, que varía a lo largo del relato: tiene como protagonista en un principio a Charlotte, para después pasar a Mélodie, por momentos a Micha, y termina nuevamente en Charlotte.

Es una película que sitúa a la monogamia en el centro del conflicto, para ponerla en cuestión a través de la trama y de las elecciones estéticas del director. Es memorable la escena en la que Mélodie, escapando de un regreso inesperado de Micha, sale por una abertura de la casa de la pareja y saluda desde la vereda de enfrente a Charlotte, que está en la ventana, y al mismo tiempo a Micha, que se encuentra en la puerta de la casa.

El *ménage à trois* propiamente dicho se produce cuando Mélodie decide clarificar la situación, toma de la mano a Micha y a Charlotte y lxs besa. De esta manera, comienza un fin de semana idílico en el que lxs tres personajes acuden al casamiento del primo de Micha y exhiben su íntima conexión con algarabía, burlándose de la monogamia y la ceremonia nupcial. A diferencia de las imágenes compartimentadas del principio del film, observamos paisajes abiertos, donde el trío corre por unas praderas frente al mar con el sonido de las olas que llega como eco. El relato se clausura desde el punto de vista de Charlotte.

El mensaje que pareciera dejar esta película, primero en tono cómico, es que otro tipo de vínculos, otra circulación del deseo puede ser posible. Sin embargo, al final Charlotte abandona la relación en su punto álgido en una escena que aparenta recuperar el mito de la media naranja o la idea del amor como completud: se marcha de la playa y suelta una frase que se funde con el sonido de las olas: “Eran el uno para el otro”.

La bisexualidad como desafío narrativo

Llegado a este punto, es necesario recuperar algunas apreciaciones generales. En las películas en las que la bisexualidad no se nombra como tal, termina quedando relegada a una zona gris que depende del ojo que la mire. En este sentido agrupamos las películas de *La vie d'Adèle* y *Below Her Mouth*: en ambas, el deseo de las protagonistas es interpretado por la crítica desde una óptica monosexual y se desmerece el resto de los vínculos sexoafectivos narrados. Estas lecturas focalizan solo en uno de los polos de las grandes narrativas, ocultando las lecturas de sentido sobre las representaciones bisexuales. Es interesante pensar estas cuestiones partiendo de la imposibilidad que suponen para el sistema binario las narrativas bisexuales: si la narrativa no se puede encasillar en alguno de los grandes relatos, se vuelve inaprensible. Pero eso está, y es necesario darle sentido. En algunas películas, este sentido intenta resolverse con líneas de diálogo que cuestionan o directamente encasillan a las protagonistas dentro de alguna de las narrativas monosexuales, incluso por sobre lo que ellas mismas manifiestan: esto ocurre con los personajes de *Jasmine*, *Laila* y *Shirin*. En otros casos, aunque las protagonistas adscriban expresamente a la bisexualidad, deben presentarse como homosexuales para ser comprendidas por su familia⁶ y poder así visibilizar sus prácticas y relaciones. Es decir, la interpretación de las existencias bisexuales en las películas se realiza desde la heterosexualidad o la homosexualidad, integrando y encasillando las manifestaciones en alguna de estas dos narrativas.

A su vez, hemos identificado ciertas características asociadas a los personajes bisexuales. Por un lado, la inmadurez y el egoísmo –a nivel sexual– se ligan al descubrimiento de la propia sexualidad que implica la

6 En estos dos casos comentados coinciden las rígidas tradiciones familiares y la negación de las madres como primera reacción frente a la declaración de sus hijas.

experimentación y la entrega lasciva, sin consideración de las consecuencias. Esta característica, además, entra en concordancia con la idea de la bisexualidad como fase o transición previa a una sexualidad estable o “verdadera”. Imágenes de este tipo se pueden hallar principalmente en *Margarita With a Straw*, *La vie d'Adèle* y *Below Her Mouth*, pero también en *Appropriate Behavior* donde se narra la inmadurez del personaje de Shirin para afrontar su separación y alcanzar su independencia. Tampoco es menor que en casos como *Margarita With a Straw* y *La vie d'Adèle* se trate de protagonistas adolescentes, mientras que en las otras películas son personajes un poco mayores pero siempre caracterizadas como inmaduros, con sexualidades no resueltas. Así, podemos observar que la bisexualidad se narra desde la supremacía monosexual, punto de llegada o completud, obturando las potencialidades que la bisexualidad implica.

Por otra parte, señalamos la idea de traición ligada a estos personajes. *Adèle* le es infiel a *Emma*, *Laila* a *Khanum*, *Jasmine* a su prometido, *Charlotte* a *Micha*, *Mérodie* (y *Micha*) a *Charlotte*. Las protagonistas, motivadas por su propio deseo, parecen no poder mantener la monogamia –interpretada en la trama como sinónimo de estabilidad– y son obligadas a renunciar (excepto en el caso de *À trois, on y va*).

Sin embargo, si giramos el lente y observamos a los personajes que levantan la fidelidad como bandera, observamos que también su deseo se ha ramificado, pero esto pareciera pasar desapercibido. Tal es el caso de *Emma*, que conoce a *Adèle* estando en otra relación, y luego, aun viviendo con ella, empieza a pasar mucho tiempo con *Lisa*. En este sentido, podemos observar que, desde la ética de realización de las películas, lo que más altera y obliga a las protagonistas bisexuales a renunciar a las relaciones no es la incapacidad de mantener vínculos sexoafectivos con una sola persona, sino el hecho de no poder sostener el deseo hacia un solo

género. Finalmente, lo que se juzga realmente es el hecho de que las prácticas y deseos bisexuales fluyen y se corren de la (mono)norma.

De esta manera, y a modo de cierre, estas representaciones de lo bisexual parecerían desafiar constantemente al ojo que mira la bisexualidad, tanto de la crítica como de los personajes que participan dentro del devenir narrativo. La falta de un deseo unívoco, mono-normado, exige practicar una mirada en escorzo, pensar de un modo poco habitual, es decir, no dualista ni opositivo: el "nunca/siempre" o el "antes/después" de los relatos teleológicos, de la tradición productiva o, incluso, evolutiva, no tienen lugar en las experiencias bisexuales. Por el contrario, son la inclusión y la proliferación los recursos narrativos que las definen. En este sentido, podrían retomarse las reflexiones de Silvia Rivera Cusicanqui (2018) sobre lo ch'ixi (entidad mestiza, indeterminada y poderosa, que habita dos espacios a la vez) como clave de lectura para pensar estas prácticas y subjetividades que se niegan a aquello que las (pre)establece. Lo bisexual reconfiguraría, así, la cartografía cultural de los cuerpos, deseos y saberes y se revela, no ya como producto de lo que se excluye o de lo que no tiene un lugar preasignado, sino como la potencialidad de elementos (con distintas jerarquías) que coexisten en permanente movimiento.

Por estos motivos, el lenguaje audiovisual es el que mejor puede dar cuenta de estas existencias. Identificarlas, nombrarlas y visibilizarlas, es decir, darles un lugar en la escena, es el primer paso para empezar a pensar nuevos modos de narrar lo bisexual sin caer en los dogmatismos de las monosexualidades. Es necesario liberarse de los fotogramas y hacer correr la película: exhibir la migración del deseo a través de ellos, franquear las tensiones, y no anclar en ninguno de los polos.

Bibliografía

Ahmed, S. (2006). *Queer phenomenology*, Durham and London, Duke University Press.

Bordwell, D. y Thompson, K. (1993). *El arte cinematográfico*, Barcelona, Paidós.

Braidotti, R. (2000). *Sujetos nómades*, Buenos Aires, Paidós.

Rivera Cusicanqui, S. (2018). *Un mundo ch'ixi es posible. Ensayos desde un presente en crisis*, Buenos Aires, Tinta Limón.

Esa cosa escandalosa. Sentidos contruidos en torno a las bisexualidades en los Encuentros Nacionales de Mujeres

por Ayelén Pandolfi Chediak

En la Argentina, las mujeres, lesbianas, travestis y trans, y sus organizaciones, se dan cita, año tras año desde 1986, para compartir experiencias, problemáticas y luchas en los Encuentros Nacionales de Mujeres (en adelante, ENM).¹ Estos espacios –autónomos, federales, horizontales, democráticos, autogestionados, pluralistas y autoconvocados– son el escenario para reclamar derechos, visibilizar luchas y crear lazos solidarios. En la actualidad, la nómina de talleres es muy extensa, y abarca más de setenta problemáticas diferentes abiertas a la discusión. En este marco, aparece en el listado oficial, en 2012, el taller de Mujeres y Bisexualidades como espacio de debate independiente. Desde su surgimiento hasta nuestros días, los colectivos bisexuales han tenido una visibilización creciente dentro de las organizaciones de mujeres y LGBTI,² así como en los medios masivos de comunicación.

Lejos de toda concepción de identidad fija y definida, el presente artículo busca recuperar, a través de las conclusiones de cada taller, los sentidos cristalizados en torno a las bisexualidades y su relación con las demandas del

1 En el último Encuentro se ha propuesto e impulsado el cambio del nombre por "Encuentro Plurinacional de Mujeres, Lesbianas, Travestis y Trans". Sobre esta situación, al cierre de la edición, no ha habido una resolución oficial, motivo por el cual se seguirá utilizando el nombre vigente.

2 Con objeto de unificar la denominación, y sin desconocer que la sigla ha variado a lo largo del período analizado en función de las identidades y su necesidad de ser nombradas, utilizaré estas iniciales (de Lesbianas, Gays, Bisexuales, Trans, Intersex) como referencia al conjunto del movimiento de la diversidad sexual.

feminismo. Esta pequeña historización pretende disipar la ambigüedad que ocluye a la bisexualidad como subjetividad política, aportando algunas claves que contribuyan a pensar la comunidad local.

Inicios del taller de Mujeres y Bisexualidades

En la Argentina, aunque el movimiento feminista no es monolítico ni se encuentra unificado, una de sus mayores fortalezas reside en la construcción y la continuidad del ENM, instancia que se articula con las organizaciones de mujeres de base. Si bien no se trata de un espacio autoproclamado feminista, los ENM son un lugar fundamental para el intercambio de experiencias, problemáticas y luchas de las mujeres, lesbianas, travestis y trans. La génesis de este fenómeno se remonta a 1986 (tres años después del retorno de la democracia en el país), cuando un grupo reducido de mujeres feministas, que habían participado el año anterior de la III Conferencia Mundial sobre la Mujer de Naciones Unidas en Nairobi, África, decidieron organizar y autoconvocarse con el objetivo de movilizar a la población local y visibilizar sus problemáticas. La dinámica, en continuidad con la empleada en el Foro y que persiste aún hoy, consiste en la discusión en talleres de un amplio temario cuyo eje es reflexionar sobre la situación de mujeres y sus posibles estrategias para el cambio desde distintas dimensiones. El balance ampliamente positivo de las primeras experiencias de taller promovió la repetición anual en distintas ciudades del país.

En este escenario, aparece oficialmente en 2012 en Posadas el taller de Mujeres y Bisexualidades, aunque ya un año antes existía como un espacio paralelo y extraoficial. En 2011, en el ENM de Bariloche, una activista bisexual que participaba en la colectiva Con-textuadas, un espacio mixto (lesbianas y bisexuales)

de activismo en su ciudad de origen (CABA), venía experimentando la ausencia de un taller en los Encuentros que la convocara desde su identidad sexual. Frente a esta situación, decidió autogestionar un espacio para la reflexión sobre ciertos intereses específicos en tanto bisexuales: el lugar elegido fue el patio de la misma escuela donde se desarrollaría el taller de Mujeres y Lesbianismo. Para esto, repartieron volantes en el acto inaugural del Encuentro que invitaban a participar del taller sobre bisexualidad. Así, se llevó a cabo el primer taller de Mujeres y Bisexualidades. Luego del intercambio de experiencias del taller, un grupo de participantes realizó una pasada por diversos talleres para contar la experiencia y pedir que se plasme en conclusiones oficiales el pedido de apertura del taller para el próximo ENM. A su vez, el resultado de las reflexiones de ese taller fue leído en la Marcha del Orgullo de ese mismo año en CABA. Un año después, y producto de esta experiencia, se abrió en Posadas oficialmente el taller de Mujeres y Bisexualidades, aumentando en cuatro la cantidad de participantes convocadas.

Escenarios de la lucha bisexual

La trayectoria de los colectivos bisexuales no es independiente de las luchas de otras disidencias sexuales. Por este motivo, es necesario recuperar brevemente algunos momentos clave de estos recorridos.

Los movimientos homosexuales surgen masivamente en la década del sesenta, principalmente en Estados Unidos, considerando como hito fundador la revuelta de Stonewall en 1969. Ese mismo año se multiplican los movimientos en el mundo, alcanzando también a la Argentina, aunque sin la masividad que ostentaba el país del norte. En un principio, las luchas se articulaban en torno a la cuestión identitaria y su reconocimiento. Según Díaz (2011), esta estrategia política podía

visualizarse ya desde la década del setenta, en un discurso de resistencia que sostenía y potenciaba la afirmación de una identidad minoritaria. Con el paso del tiempo, el movimiento homosexual se fue diversificando para hacer lugar a voces cuya problemática y reivindicaciones específicas no eran comprendidas hasta ese momento. De esta manera, diversas identidades no hegemónicas fueron confluyendo sus luchas y demandas bajo la sigla LGBTI.

Pero esta unidad que presenta el movimiento dista mucho de ser homogénea o de converger sin tensiones; se pueden reconocer disputas intersticias en todo momento histórico y voces dominantes que capitalizan las fuerzas de los diversos colectivos para visibilizar sus intereses particulares. A pesar de estas diferencias, podemos ubicar como eje central del movimiento la alteridad que estas identidades disidentes presentan frente a las expectativas heterocisnormativas.

Por otro lado, es innegable la relación entre los movimientos de la diversidad sexual y el feminismo, principalmente, del surgido a partir de los setenta. Las luchas se fueron articulando fundamentalmente en torno a la opresión sexual hacia las mujeres como eje, pero no se agotaron allí, porque al interior del movimiento se cocinaba una intensa crítica que ponía en duda la representatividad de esas mujeres que se erigían como voces autorizadas del género. La crítica al "feminismo blanco" generó una multiplicación de los feminismos en torno a grandes categorías sociales como la raza, la clase y la orientación sexual. A fines de los ochenta, Kimberlé Crenshaw acuña el término "interseccionalidad" para dar cuenta de situaciones en las que se superponen relaciones de dominación de distinto tipo, y así buscar una salida para comprender mejor la complejidad que suponen. A su vez, y como consecuencia del resquebrajamiento de la totalidad "mujer", se empieza a cuestionar la existencia de una esencia y una

universalidad referente al "ser mujer". En esta línea, es imprescindible el aporte de Monique Wittig (1981) y su postulado sobre la lesbiana como categoría política que se encuentra por fuera del sistema sexo-género, es decir, por fuera de la relación de dominación hombre-mujer. A partir de este momento, las reflexiones en torno a lo lesbiano se fueron complejizando y la presencia lesbiana adquirió cada vez más importancia dentro del movimiento. En este marco, la bisexualidad como categoría teórico-política dentro del feminismo quedó subordinada a la potencia lésbica, e incluso despreciada en términos epistemológicos y ontológicos, a la vez que sistemáticamente despolitizada (Arnés *et al.*, 2014).

El movimiento bisexual en la Argentina tiene una historia bastante tardía. Superada la omisión inicial en los espacios y publicaciones de la comunidad LGBTI, podemos establecer un primer momento de aparición en la escena pública de la bisexualidad entre 1996 y 1998. Entre mayo de 1996 y agosto de 1998 diversas organizaciones de Buenos Aires publican un boletín, que a partir del número 7³ -diciembre de 1996- va a incorporar el término en la portada, resultando en "La Hora, lésbica, gay, travesti, transexual, bisexual".⁴ La visibilidad de la "B" también llega con retraso a los espacios organizados por la comunidad, siendo 1997 el año bisagra. Por un lado, recién ese año el mayor evento público del colectivo, en su sexta edición, empieza a llamarse Marcha del Orgullo Lésbico, Gay, Travesti, Transexual, Bisexual. Por otro lado, dentro de los circuitos internos del movimiento LGBTI, la primera convocatoria que incluye la bisexualidad se da durante

3. Números completos de la publicación disponibles en <americalee.cedinci.org>.

4. Ya en el número anterior había tenido lugar una situación similar al agregar la B en la sección "Conociendo agrupaciones", que hasta el número 5 se presenta diciendo "Queremos que ustedes conozcan mejor a los grupos que trabajan por G.L.T.T. (gays, lesbianas, travestis y transexuales)".

el segundo Encuentro Nacional Lésbico *Gay Travesti Transexual Bisexual* en Salta (1997), organizado por grupos de Buenos Aires y Rosario.⁵ Durante ese periodo, en el que la bisexualidad estaba comprendida en lo que se llamaba "mujeres diferentes", Alejandra Sardá y Escrita en el Cuerpo (grupo que integraba junto a Chela Amadío y Silvana Hernando) eran las principales –y únicas– referencias del activismo bisexual. Ellas organizaban, además, grupos de apoyo y reflexión para mujeres bisexuales.⁶ En 1998 inicia sus actividades La Fulana,⁷ un centro comunitario para lesbianas y mujeres bisexuales que procuraba trabajar dentro y fuera de la comunidad LGBTI, generando grupos de reflexión y campañas de salud, y acompañar en sus luchas. Ese mismo año, se lanza una campaña en conmemoración a la muerte de Carlos Jáuregui llamada "Penalizar la discriminación. Discriminar es un delito" organizada por grupos y personas gays, lesbianas, travestis, transexuales y bisexuales⁸ y, también, empieza a publicarse en Córdoba, con distribución en otros puntos del país, la revista de Las Iguanas –lesbianas, bisexuales, transgénero–, de la que salen solo cinco números.⁹

Un segundo momento de aparición de lo bisexual en la escena de la militancia se inicia en 2006 con la propuesta "Cambiemos las preguntas", organizada y promovida por EspArtiles (Espacio de Articulación

5 Incorporan el término "bisexual" en el nombre –que había sido omitido en el primer encuentro realizado en Rosario el año anterior–, aunque no se menciona a la bisexualidad en el programa (disponible en <www.potenciatortillera.blogspot.com> El tercer encuentro fue en 1998 en Córdoba y mantuvo el mismo nombre.

6 Escrita en el Cuerpo va a articular también con Lesbianas a la Vista, organización que va a ofrecer un grupo de reflexión para madres lesbianas y bisexuales en un espacio propio.

7 Sitio web de la organización: <www.lafulana.org.ar>.

8 Volante de la campaña disponible en <www.potenciatortillera.blogspot.com>.

9 El último número –noviembre de 1999– contiene, además de un extracto del artículo de Alejandra Sardá incluido en este libro, una nota corta sobre el 23 de septiembre, Día Internacional de la Bisexualidad, que según la nota se celebró por primera vez ese año.

Lésbica). Esta campaña buscaba concientizar y promover una atención médica digna para lesbianas y mujeres bisexuales en los sistemas de salud, específicamente en el ámbito de la consulta ginecológica.¹⁰ Posteriormente, tuvo lugar una nueva aparición de lo bisexual, con un taller específico, en el Primer Encuentro Nacional de Mujeres Lesbianas y Bisexuales (2008, Rosario) (Arnés et al., 2014). Y ya en 2011, tiene lugar la muestra Expuestas: arte de lesbianas y mujeres bisexuales, organizado por el grupo de activismo Con-textuadas.¹¹ Resulta interesante que esta muestra, que se llevó a cabo en la jornada siguiente al Día Internacional de la Bisexualidad, supuso ciertas fracturas internas del grupo debido a que la decisión de visibilizar la bisexualidad no habría sido unánime. Más cerca en el tiempo, se presenta en la escena política de CABA y La Plata la colectiva Bisexuales Feministas, cuya primera aparición pública se registra en la marcha del orgullo LGBTI en el año 2012 (primero en CABA y luego en La Plata). Si bien su trayectoria no fue constante, sí logró posicionarse como referente en la comunidad local mediante la presencia en manifestaciones en el espacio público, la producción de textos publicados en revistas científicas y de difusión masiva y la creación de espacios mensuales de encuentro y reflexión bisexual. En la actualidad, y producto de esta primera experiencia, nos encontramos con la multiplicación de espacios de activismo bisexual (algunos replicaron el nombre, otros adoptaron nuevos), cuya militancia se basa principalmente en desplegar estrategias de visibilización a través de la presencia en las calles, con el agregado de la inscripción territorial.

10 A pesar de contar con la posibilidad de tener alcance nacional a través de los diferentes efectores de salud, un sector de la agrupación se negó a institucionalizar la campaña, coartando su implementación. Documento completo disponible en <www.potenciatortillera.blogspot.com>.

11 Blog del grupo: <www.con-textuadas.blogspot.com>.

Este desfase entre el significante "bisexual" y la existencia de un movimiento consolidado que le imprime su sentido señala, por un lado, y como ha sido explicado anteriormente, hacia la legitimidad de lo lésbico por sobre lo bisexual y otras categorías disidentes dentro de los colectivos de mujeres. Por otro lado, nos pone en alerta sobre el carácter escurridizo de esta categoría identitaria. De hecho, Díaz (2011) reconoce en su investigación la dificultad de las propias entrevistadas para la adscripción a una posible identidad bisexual (no así para el reconocimiento de una práctica y un deseo bisexual). Los obstáculos que encuentra la autora son, en principio, el escaso peso político atribuido a esta identidad en un marco de lucha más amplio, más allá de las prácticas efectivas; por otro lado, el desinterés por el uso de un rótulo sexual; y por último, la distancia del término en sí, a la espera de otro que pueda dar cuenta de una amplitud mayor del deseo. Estas dificultades pueden explicarse en gran medida desde los imaginarios que rodean a lo bisexual, y que llevan impresa la marca de la matriz heterocisnormativa: la bisexualidad comúnmente se representa como una identidad transicional, primitiva e impredecible, a la vez que oculta la "verdadera esencia" del deseo y refuerza las estructuras dominantes. Estos sentidos anquilosados han obturado la posibilidad del sujeto de hablar por sí mismo, siendo constantemente heterode-signado (Arnés *et al.*, 2014).

Aclaraciones previas

En este contexto se inscribe el presente trabajo.¹²

¹² El recorte comprende las conclusiones de los talleres del ENM del año 2011 al 2018. Por efecto del carácter informal del primer taller, las conclusiones de 2011 han sido recuperadas del discurso presentado en la Marcha del Orgullo de ese mismo año. A su vez, debido a la imposibilidad de consultar archivos públicos para la recopilación del material, el corpus se conformó gracias al aporte desinteresado de participantes del taller, que compartieron los materiales conservados de manera personal. Como

Cabe aclarar, para quienes no conocen la dinámica de los ENM, que el material de análisis es producto de un debate amplio, desarrollado en tres instancias distintas de taller durante dos días, y que solo expresa las conclusiones a las que se arribó (consensos y disensos) y no el fructífero intercambio del proceso. A su vez, cada palabra utilizada implicó una discusión previa entre las participantes. Esto produce un texto cuyos significantes son fruto de un proceso de mucha reflexión, por un lado, y por otro, de una amplitud de sentidos que dan cuenta de la multiplicidad de voces intervinientes.

Debido a esta particularidad, el análisis estará guiado por los siguientes interrogantes: ¿de qué se habla cuando se habla de bisexualidad? ¿Qué camino han recorrido estos sentidos a lo largo de los diferentes ENM? ¿Cuál es la legitimidad y pertinencia del taller para sus asistentes? ¿Cómo se articula la adopción de una identidad bisexual con las demandas de los feminismos locales?

En esta empresa, la complejidad para abordar la bisexualidad me condujo a establecer dimensiones diferenciadas de análisis. Por un lado, agrupé las referencias sobre el uso nominal del significante "bisexual", es decir, su interpretación desde el sentido hegemónico, así como el uso político del mismo (o sea su apropiación y resignificación por parte de quienes adscriben al término). Por otro lado, diferencié los pronunciamientos que giran en torno a las prácticas y relaciones efectivas, de los que remiten al deseo y la atracción sexoafectiva. Por último, centré el análisis en la identidad bisexual propiamente dicha. Este tópico engloba los elementos anteriores, produciendo un cierre de sentido que constituye la base para la identificación y pertenencia a una comunidad (colectivo de sentido).

consecuencia de esta dificultad, las conclusiones del año 2014 quedaron excluidas del análisis.

Aquí incluí la relación del colectivo con las principales demandas del feminismo.

Dime cómo te llamas y te diré quién eres: usos y abusos del término "bisexual"

Antes de empezar con el análisis, es ineludible rescatar algunos aspectos esenciales del contexto de funcionamiento del taller. Desde su oficialización quedo en evidencia, de manera clara, el vacío hasta ese momento existente de un taller que aborde esta temática específica. Cada año que se ofertó, la cantidad de participantes que se acercó al espacio superó las ciento cincuenta personas, siendo necesario su desdoblamiento en dos o más talleres. Otra de las características que resalta al observar el funcionamiento del taller es el carácter socialmente transversal de la problemática, tanto por el aspecto federal del grupo, incluso con asistentes extranjeras, como por la diversidad etaria de sus participantes, si bien prevalece una población adolescente de grandes centros urbanos.¹³ Por último, respecto al marco institucional, el espacio funcionó siempre (salvo en Rosario y en Chubut) en los mismos establecimientos en los que se desarrollaron otros talleres que abordan la disidencia sexual en sus temarios.

Año tras año las discusiones se iniciaron en torno a un mismo eje: *nombrarse bisexual*. Sobre el acto de la nominación, en todas las conclusiones, las participantes proclaman el acuerdo en el uso político y estratégico del término "bisexual". Este consenso tiene como objetivo visibilizar y dar validez a prácticas y vivencias que han sido históricamente incomprensibles y "ninguneadas políticamente" desde los colectivos lesbianos y heterosexuales. En esta lucha, los diferentes talleres

13. Es interesante pensar en la relación entre este grupo etéreo y la bisexualidad en tanto identidad confortable para la exploración de deseos.

han tenido la necesidad de pronunciarse por el rechazo a los sentidos anquilosados sobre la bisexualidad. En varios talleres, incluso, se ha manifestado un repudio a los estereotipos de las mujeres bisexuales reproducidos tanto por la sociedad en su conjunto como por espacios LGBTI y, especialmente, debido a su condición de mujeres disidentes, por los espacios lesbianos.

Algunos de los sentidos cristalizados en torno a las mujeres bisexuales las definen como confundidas o transicionando hacia el lesbianismo, como juguete sexual para los hombres o como hipersexualizadas y cómplices heteronormativas del sistema. Frente a esto, resulta evidente la necesidad de disputar los símbolos para cuestionar las representaciones de las mujeres bisexuales, siempre asociadas a figuras degradadas dentro de la jerarquía hegemónica, y llenarla de sentido propio, incluso apropiándose de esas imágenes peyorativas. Así, algunas de las consignas propuestas en los talleres son "No estamos confundidas, tampoco en transición, ser bisexuales es nuestra decisión" o "¡El cuerpo es una fiesta y queremos festejarlo!".¹⁴

En esta disputa puede enmarcarse la fuerte reticencia que muestran algunas participantes sobre el uso del término "bisexual", y por lo tanto, sobre su adscripción identitaria. En varias conclusiones se han manifestado resistencias a identificarse con el término, principalmente por la asociación del prefijo "bi" con el binarismo, lo que podría restarle legitimidad al taller por parte de las mismas participantes. En el año 2012, primer año del taller en la nómina oficial, en el subtaller 1 se realizaron críticas al término fundadas en que mantiene el binarismo hombre-mujer e invisibiliza los vínculos con otras identidades. Este argumento volvió a surgir en 2015 (Mar del Plata) y 2017 (Resistencia, Chaco). En el ENM de Mar del Plata, siendo conscientes

14. Recuperado de las conclusiones del XXXI Encuentro Nacional de Mujeres (2016) realizado en Rosario.

de la complejidad que encierra el término, se establecieron dos posturas al respecto: por un lado, quienes cuestionaban el uso del término y su encasillamiento; por el otro, quienes lo reivindicaban como herramienta y modo de intervención política. Por su lado, en 2017, un subtaller directamente llama a redefinir la palabra bisexual y sus conceptos para que esté "más cerca de nuestras identidades no binarias". Una de las causas de esta situación probablemente se debe a que, al ser el único taller que se ofrece para identidades no monosexistas, llegan a él personas que no necesariamente adscriben a la identidad bisexual. Dan cuenta de esta situación las conclusiones de Chaco y de Trelew, donde se solicita la apertura del taller Mujeres y Pansexualidades, por un lado, y por otro, se deja constancia de la participación de mujeres pansexuales¹⁵ en el espacio, interrogándose sobre la necesidad de abrir otro espacio. Por este motivo, desde 2013 (es decir, casi desde el comienzo del funcionamiento oficial del taller), se demanda la apertura de un taller específico sobre activismo bisexual. Asimismo, se ha solicitado una reformulación del temario, buscando abarcar la problemática bisexual de manera más específica y sortear la polémica sobre el término. Hasta el cierre de este artículo, ninguno de estos reclamos se ha plasmado en los talleres ofertados y sus temarios.

Nos mueve el deseo: reflexiones sobre las afectividades bisexuales

Una vez superado (o al menos, suspendido) el debate sobre la palabra "bisexual", las conclusiones dan cuenta de una reflexión acerca de cierta especificidad en las prácticas y deseos de las participantes del taller. Sobre el segundo ítem, ya desde 2011 se va a hablar de

¹⁵ Personas que sienten atracción erótica afectiva hacia otra persona con independencia del sexo, género, identidad de género, orientación sexual o roles sexuales.

la fluidez del deseo como característico de las personas bisexuales, en contraposición a otras identidades cuyo deseo se encuentra fijado a un objeto determinado. En el subtaller 2 del Encuentro de Posadas las participantes proclaman la bisexualidad como la posibilidad de vivir el propio deseo de manera fluida, cambiante y no necesariamente binaria. A su vez, en 2012, ambos talleres ponen la atención sobre la potencialidad subversiva de la bisexualidad, como una identidad que molesta y hace ruido, ya que amenaza los mecanismos hegemónicos que normalizan el deseo, y pone en cuestión la heteronormatividad y el monosexismo, y por continuidad, las relaciones sexoafectivas y la familia heteropatriarcal. La idea de un deseo específico de las bisexualidades, independiente de los vínculos que establezcan, va a estar presente en todas las conclusiones a lo largo de los años. En Chaco la caracterización va a continuar complejizándose, entendiendo a (la diversidad del) deseo como algo fluido, no binario y libre,¹⁶ pero el aspecto más importante es que en las conclusiones del taller se va a hacer referencia de un deseo bisexual que permanece, a pesar de las prácticas sexoafectivas específicas que se puedan encarnar en cada momento.

Respecto a la orientación del deseo, a lo largo del material analizado se expresa el carácter amplio del objeto bisexual. En las conclusiones de los primeros talleres se manifiesta que la bisexualidad establece vínculos eróticos afectivos con las personas *más allá* de su genitalidad, orientación sexual y/o identidad de género (2011 y 2012). Esta afirmación peca de cierta vaguedad por su indeterminación (al posicionarse por fuera del sistema sexo-género) y se superpone con la orientación de otras identidades sexuales no monosexistas. Posteriormente, la expresión "más allá" se va a poner

¹⁶ En esta misma línea, en Trelew van a caracterizar al deseo bisexual como "fluctuante y migrante".

en cuestionamiento y va a sufrir una modificación con el fin de esclarecer y circunscribir la especificidad *bi*. En las conclusiones de San Juan se va a plasmar una declaración más sencilla: "Nosotras, bisexuales, nos sentimos atraídas por más de un género", en la que empieza a vislumbrarse un intento por expresar una especificidad bisexual: más de un género puede ser dos (bi), o más géneros, pero la declaración reconoce la particularidad de la otra persona, es decir, que el deseo bisexual no es "independiente" del género. En 2017 esto se va a explicitar en las conclusiones afirmando que las relaciones sexoafectivas que establecen lxs bisexuales no son *más allá* del género, sino "con los géneros y cuerpos en su multiplicidad de representaciones y formas".

Debido al carácter reflexivo de los talleres del ENM, las participantes comparten sus prácticas y experiencias personales vinculares. Desde el Encuentro de Posadas (en el subtaller 1) se promueve la reflexión sobre las feminidades y masculinidades que se construyen dentro de los vínculos bisexuales, para no contribuir a la reproducción de estereotipos sobre la bisexualidad que habitan los imaginarios heterosexuales y lésbicos. También se manifiesta la existencia de problemas particulares (no especificados) de la bisexualidad dentro de la institución familia y los vínculos parentales y amistosos. En las conclusiones de 2013, 2015 y 2017 se plasman vivencias personales, haciendo hincapié en la alteridad que suponen respecto del modelo afectivo hegemónico: se compartieron experiencias sexoafectivas e ideas de "relaciones comunitarias, múltiples, diversificadas y poliamorosas" que ponen en cuestionamiento la heteronorma y la familia nuclear en la vida cotidiana y fomentan "modelos alternativos de familias, parejas y vínculos abiertos, libres, coparentales y no obligatoriamente monógamos". A su vez, desde 2015, se hace manifiesta la necesidad de compartir información sobre cuidados y salud sexual

desde una perspectiva bisexual, socializando prácticas de prevención y cuidado específicos de las mujeres bisexuales.

Esa cosa llamada bisexualidad: debates sobre la identidad

Los apartados anteriores conducen al último tópico del análisis: la bisexualidad como identidad. A nivel general, en las conclusiones de 2011, se considera las sexualidades como "identidades dinámicas que se manifiestan en una amplia pluralidad de prácticas y vivencias". Bajo este concepto amplio de identidad sexual, se entiende a la bisexualidad no solo como una elección u orientación sexual, sino también como un modo de pensar y vivir que permite el encuentro y el reconocimiento en una pluralidad de experiencias, a la vez que se constituyen como vínculos sociales en los que subyacen, como en todo vínculo, relaciones de poder. Sobre esta última idea se sustenta la importancia que va a tener en todas las conclusiones el acto de nombrarse bisexual como estrategia política, como modo de visibilizar un espacio de identificación personal comprendido por las prácticas, deseos e ideas rescatadas anteriormente.

En este sentido, las conclusiones de San Juan van a ser las que presenten más declaraciones de adscripción identitaria en términos positivos. El manifiesto concluye con la consigna "¡No somos con quién nos acostamos! ¡No somos, estamos siendo!", dando cuenta del carácter autodefinido y variable de la bisexualidad. A sabiendas de que toda categoría implica una definición que fija y estructura, asumen su propia identidad bisexual "en términos dinámicos, como manera de encontrarse, reconocerse y visibilizarse". Este carácter aparentemente contradictorio vuelve a manifestarse en las conclusiones de 2017 (subtaller 2) y de 2018, en

las que se reconoce la bisexualidad, más allá de una orientación sexual, como una identidad política que contempla un deseo que fluctúa al mismo tiempo que permanece: el deseo es siempre bisexual. Este aspecto entra en tensión tanto con el monosexismo como con el binarismo, atribuyendo una potencialidad política a la categoría bisexual.

En varias conclusiones se va a afirmar que esta identidad no monosexista polemiza con algunos conceptos del imaginario sobre los vínculos sexoafectivos del paradigma occidental: amor romántico, modelo de familia hegemónico, monogamia obligatoria (exclusividad sexual/afectiva y todo tipo de relaciones de propiedad), consumo descartable de los cuerpos (fetichización e hipersexualización), entre otros. En contraposición, en las conclusiones de Trelew se van a reivindicar "los formatos vinculares disidentes, la construcción de redes afectivas y comunitarias desde la empatía, el cuidado, la comunicación y el respeto como práctica emancipatoria".¹⁷ En 2015 se va a hablar por primera (y única) vez de una "existencia bisexual" atravesada por el rechazo, la violencia y la reproducción de estereotipos, y en 2016 y 2018 se va a reclamar el derecho a autoperibirse y autodenominarse bisexuales. Luego, en el sub taller 1 del Chaco, se va a convocar a avanzar con la autodefinición y con la utilización del plural ("bisexualidades").

Queda claro que esta necesidad de visibilizar las propias vivencias adopta la forma de construir comunidad a través de la filiación a la bisexualidad, como estrategia para habilitar la propia existencia negada por el sistema heterocispatriarcal. Como consecuencia de esta violencia, las bisexualidades se reconocen simultáneamente en las luchas del feminismo y de la disidencia sexual, enmarcándose en ambos movimientos. Esta

17 En 2018 por primera vez se menciona el juzgamiento dentro de la comunidad frente a las elecciones de maternidades.

doble adscripción se va a reafirmar año tras año en las conclusiones, con mayor o menor grado de explicitación, pero siempre poniendo el eje sobre esta doble opresión de género.¹⁸

La bifobia percibida desde la sociedad en general, desde el propio colectivo LGBTI y desde los feminismos, es un tema de debate constante presente desde el primer taller hasta el último. En 2011 las participantes denunciaban que la identidad bisexual no tenía validez para *gays*, lesbianas o heterosexuales. Al año siguiente, se van a detallar las situaciones a las cuales son sometidas las personas bisexuales (hostilidad, invisibilidad, negación, rechazos y cuestionamientos) dentro del colectivo lésbico en particular y LGBTI en general, a las que se suman las violencias experimentadas incluso desde el feminismo (sub taller 2 y 1, respectivamente), línea que continuará en las conclusiones de Mar del Plata. En 2017 se exponen la invisibilidad y las agresiones recibidas por parte de ciertos sectores del activismo feminista-trans lesbiano (sub taller 2), convocando a pensar estrategias para debatir con el colectivo lésbico (sub taller 1).

Frente a esta situación de hostilidad y ninguneo por parte de otros colectivos también disidentes y frente a la necesidad de visibilización que de ella surge, se va a convocar a politizar todos los ámbitos de la vida cotidiana. De aquí emergen algunos reclamos específicos. Por un lado, se convoca a las bisexualidades a articular por fuera de los Encuentros. Constantemente se manifiesta la necesidad de construir espacios propios y redes de contención (Posadas, Mar del Plata, Chaco, Trelew), a lo que se suma en las conclusiones de 2015 un plan de acciones concretas.¹⁹ A su vez, se va a insistir

18 En esta línea, en las conclusiones de Posadas y Trelew se va a denunciar la desinformación, el destrato y las violencias que se ejercen sobre las identidades bisexuales desde el sistema médico hegemónico.

19 Estas acciones concretas consisten en reactivar redes sociales y espacios virtuales, promover la participación en manifestaciones emble-

en la importancia de recibir, producir y compartir información respecto de las prácticas sexuales diversas y el cuidado de la propia salud. Por otro lado, se va a reclamar la inclusión de la identidad y los deseos bisexuales en los contenidos y prácticas educativas, llamando a abandonar el sesgo biologicista, en el marco de la Educación Sexual Integral (ESI) y su aplicación efectiva en todo el territorio. En los propios talleres se ha avanzado con estas demandas, compartiendo saberes sobre cuidados y salud y socializando prácticas de prevención y cuidado específicas de las mujeres bisexuales.

Podríamos agregar un tercer grupo de reclamos que refieren a demandas específicas dirigidas a la Comisión Organizadora del Encuentro. Estas consisten en solicitar (desde 2013) la apertura de un taller sobre activismo bisexual para articular estrategias colectivas de visibilización, a lo que se suma en Chaco el pedido de modificación del temario para que se exprese una mayor atención en la problemática bisexual.

Otra vez sopa: feminismo y bisexualidad

Para finalizar, propongo pensar las adhesiones a reivindicaciones feministas que aparecen en las conclusiones. Hemos visto en párrafos anteriores la implicancia de la existencia bisexual en el cuestionamiento del sistema heterocispatriarcal,²⁰ así como la necesidad de aplicación efectiva e inclusión de una perspectiva bisexual en la ESI. Sin embargo, las preocupaciones plasmadas en conclusiones, adhesiones y exigencias no se reducen a lo específico de la disidencia sexual. Algunos de estos reclamos giran en torno a la soberanía sobre los propios cuerpos y deseos; el derecho al

máticas para los movimientos feministas y disidentes, y generar espacios de contención y reflexión para la comunidad bisexual.

²⁰ La bisexualidad en tanto identidad no monosexista entra en tensión con varios elementos de la forma hegemónica de relacionarse sexoafectivamente. Esto ha sido desarrollado anteriormente en el análisis.

aborto legal, seguro y gratuito; el repudio a femicidios, travesticidios, a la violencia institucional y a todo acto fóbico contra identidades no normativas; la separación de la iglesia del Estado; y el rechazo a la explotación sexual y la urgencia del desmantelamiento de redes de trata. Otro grupo de reclamos responde a demandas puntuales que fueron atendidas con el correr del tiempo, como por ejemplo, la inclusión de la figura de femicidio dentro del código penal (en 2012) o el apoyo a la ley de Identidad de género (en 2012) y su aplicación (en 2013). A su vez, encontramos también un cúmulo de demandas que refieren a la coyuntura histórica y geográfica y a casos locales con mayor o menor repercusión (la lista aquí es larga y sobra de nombres propios, y no viene al caso su enumeración).

Por otro lado, la doble adscripción, feminista y disidente, que sostienen las participantes del taller de bisexualidades se manifiesta en las banderas que enarbolan. En las conclusiones de Rosario consideran al feminismo como una herramienta fundamental en la construcción de las identidades bisexuales y los vínculos sexoafectivos que interpelan el mandato de la monogamia obligatoria. Ese mismo año, en las conclusiones del taller plantean que abolir el género es una responsabilidad transversal a todo el colectivo LGBTI²¹ y proponen como forma de activismo político el uso de lenguaje no sexista. En 2017 en Chaco van a poner el foco en la micropolítica y la importancia de la politización de las experiencias personales, tópico sobre el que se viene alertando en las conclusiones de 2015, fomentando una vertiente personal e individual (pero no individualista) del activismo.

Es, entonces, desde esta intersección entre feminismo y bisexualidad desde donde se convoca a expandir

²¹ Frente a la coyuntura política neoliberal, conservadora, machista y misógina, van a considerar fundamental y urgente propiciar la unión del colectivo disidente, en tanto se reconozca y respete la bisexualidad.

los límites del Encuentro y propiciar actividades y prácticas colectivas en las ciudades de origen de las participantes. Desde 2012 se viene manifestando la importancia y necesidad de construir espacios propios bisexuales y redes de contención para intercambiar experiencias. Esta llamada se vio concretada con el surgimiento ese mismo año de la colectiva "Bisexuales Feministas", que desarrolló sus actividades hasta fines de 2013. A raíz de esto, en las conclusiones del Encuentro de Mar del Plata, en 2015, se va a retomar este antecedente y se van a proponer una serie de acciones concretas, como he mencionado anteriormente, que giran en torno a la reactivación del quehacer de la colectiva y sus redes sociales, así como a su presencia e intervención en manifestaciones y fechas emblemáticas de la lucha feminista y disidente. Al año siguiente, se va a volver a insistir con el microactivismo, centrándose en el uso del lenguaje inclusivo. Por su parte, las conclusiones del sub taller 1 de Chaco van a señalar, por un lado, la importancia de la interacción de las bisexualidades con otras disidencias y, por el otro, van a remarcar la importancia de vencer en la batalla simbólica por el sentido del signifiante "bisexualidad(es)". Finalmente en Trelew, en 2018, se vuelve a poner sobre la mesa la necesidad de organizarse como forma de agenciamiento para la visibilización y legitimación de la existencia bisexual.

Prontuario final sobre los sentidos cristalizados

A lo largo de los años, las participantes coinciden en utilizar política y estratégicamente el término "bisexual" para visibilizar y darle validez a las prácticas y deseos no normativos propios, no representados en otras identidades. Sin embargo, se han presentado varias reticencias a la adopción de la categoría "bisexual" debido a la asociación del prefijo "bi" con el binarismo.

Este rechazo fue fluctuando a lo largo del tiempo: de manera explícita se rechazó en tres ocasiones (2012, 2015, y 2017) y de manera implícita en otras dos (2011 y 2018).

Una de las hipótesis que podría explicar la merma del cuestionamiento al término, es que la consolidación de un activismo manifiestamente bisexual por fuera de los ENM permitió su suspensión en aras de construir comunidad. En función de esta conjetura, observamos que este paso se posibilitó debido, por un lado, a la conformación de la colectiva Bisexuales Feministas, que se inició con posterioridad al Encuentro de Posadas y desarrolló sus actividades en los periodos 2012-2013 y 2015-2017 en CABA. Por otro lado, y como producto de aquella primera experiencia política, a partir de 2017 se multiplicaron los espacios de activismo bisexual que también se autodenominaban Bisexuales Feministas en distintas partes del país (zona sur del conurbano, Córdoba, Chaco, etc.), otorgándole mayor visibilidad a la identidad y propiciando debates y reflexiones más federales. En la misma línea, el reiterado pedido de apertura de un taller sobre activismo bisexual persigue avanzar de lleno con las estrategias de visibilización y construcción de comunidad. Una segunda hipótesis que se desprende del análisis, es que las reticencias en el uso del término "bisexual" se debe en parte a la presencia creciente de compañeras que adscriben a la pansexualidad y que confluyen en el taller de bisexualidades por ausencia de opciones, con la contradicción de sentirse convocadas a un espacio que no las representa. Hasta el momento, el taller de bisexualidades es el único espacio del ENM para la expresión de identidades no monosexistas. En este sentido, la consolidación incipiente de las pansexualidades permite ir estableciendo límites más precisos entre ambas identidades.

Hay un punto de partida epistemológico que, sin presentarse como tal, año tras año ha sido ratificado y que refiere a una posición deconstructivista de los colectivos identitarios: en las distintas conclusiones, lejos de los esencialismos, se caracterizan las identidades como experiencias dinámicas con una fuerte intencionalidad política. Las identidades están inmersas en un espacio de relaciones más amplio, donde un grupo particular, o algunos pocos, imprimen su visión del mundo a las minorías políticas. La bisexualidad, entendida en estos parámetros, se encuentra atravesada por dos grandes frentes de luchas que acarrearán discusiones y conceptos propios: la disidencia sexual y el feminismo.

En esta cruzada por el reconocimiento de la propia existencia, se asienta año tras año el rechazo a los estereotipos que envuelven a las mujeres bisexuales e invalidan su genuino deseo. Como respuesta a esta situación, varias proclamas convocan a reapropiarse de las representaciones peyorativas asociadas a la bisexualidad, resignificándolas. Considerando que las violencias simbólicas son alimentadas tanto desde los colectivos heterosexuales como disidentes, las proclamas bisexuales tienden a posicionar como interlocutores principales el colectivo lésbico, la comunidad LGBTI y los feminismos.

Un aspecto que ha permanecido señalándose a lo largo de los años en las conclusiones de los Encuentros es la asociación entre el deseo bisexual y la fluidez. Si bien podemos encontrar matices de cómo se caracteriza ese deseo (fluido, cambiante, variado, libre, diverso, migrante, etc.), todos los adjetivos remiten a un mismo núcleo semántico: la variación en el objeto de deseo, focalizando en el movimiento que implica la elección en detrimento del "hacia donde" se direcciona. Esta indeterminación a priori del objeto de deseo presenta dos aspectos a remarcar que han ido delineándose

en los últimos años con mayor solidez: por un lado, el carácter no binario de la orientación; por otro, la permanencia de lo bisexual en el deseo, independientemente de las prácticas sexoafectivas.

Otro aspecto que surge de las conclusiones y que las participantes señalan acerca de sus propias prácticas es el cuestionamiento a la heterocisnormatividad, específicamente, a los modelos hegemónicos de relaciones sexoafectivas. Así, los deseos, prácticas y relaciones asociadas a la bisexualidad desbordan su encasillamiento, problematizando los basamentos de las principales instituciones patriarcales; de allí, la potencialidad política de la categoría bisexual que le adjudican las participantes de los talleres. De esta manera, en reiteradas ocasiones se han compartido información y experiencias de vínculos alternativos, echando luz sobre las vivencias y con el objeto, no solo de compartir y habilitar prácticas (que aunque no son nombradas existen) sino también con el de construir un saber colectivo sobre cuidados que sustente esas existencias.

Por último, la reflexión acerca de la orientación del deseo bisexual es uno de los aspectos que más ha progresado. En los primeros talleres se asociaba la bisexualidad con la atracción por personas "más allá del género". Este postulado se posicionaba por fuera del sistema sexo-género, motivo por el cual fue cuestionado y fue convirtiéndose en la atracción "por más de un género". Esta nueva idea sobre el deseo bisexual, sin caer en binarismo (porque "más de uno" puede ser dos, o más), reconoce la particularidad sexogenérica de la persona deseada. Siguiendo esta línea, en años recientes se va a manifestar que las relaciones bisexuales son "con los géneros y cuerpos en su multiplicidad de representaciones y formas", reafirmando el carácter diverso del objeto, sin por eso considerarlo indefinido.

Este cambio es importante por dos aspectos: por un lado, avanza en la diferenciación con la pansexualidad (cuya atracción erótica y afectiva es hacia personas, independientemente de su identidad sexo-genérica); por otro, refuerza la intencionalidad subversiva de la bisexualidad al posicionarse dentro del sistema que busca deconstruir.

Obituario

La identidad es un constructo que, si bien establece límites, dista mucho de ser algo fijo y estable, de una vez y para siempre. Se trata de un proceso de construcción continuo de un sujeto escindido, que va variando a lo largo del tiempo y de los contextos. Dentro del colectivo LGBTI estas mutaciones provocan en gran medida ciertas luchas políticas internas. Habitualmente, una facción del colectivo LGBTI se atribuye para sí la representación de un conjunto de personas, delimitando y definiendo los sentidos de otros en base a su propia posición. Esta operación no solo excluye explícitamente ciertas diferencias, también pretende legitimar una dominación, la de representar esa totalidad (por ejemplo, lo gay cuando se hace referencia a lo homosexual). Estas disputas simbólicas por llenar un significante en función de los intereses particulares de un grupo, operan bajo una lógica dicotómica que pretende organizar una multiplicidad de intereses en base a la mismidad (lo idéntico) y a la otredad (excluida). Este orden -binario- actúa como un dispositivo de poder en el cual lo que no puede ser simbolizado excluyentemente como mismo u otro, es decir, que es una cosa y otra cosa al mismo tiempo -la bisexualidad, por ejemplo-, se busca reprimir, excluirlo a la manera de lo indecible, lo invisible. Aquello que no puede ser comprendido por la lógica de sentido hegemónica, entonces, no puede

ser formulado, no puede ser representado; es decir, no puede construir comunidad.

Ahora bien, recordemos las reiteradas denuncias en torno a la invalidación de la identidad bisexual que se leen en las conclusiones de los talleres. La bisexualidad es, para la lógica hegemónica, la otredad imposible, es decir, eso que está, hace barullo y desestabiliza, pero que al mismo tiempo no puede ser, en el doble sentido de poder: como posibilidad actual, en base a las reglas de lo posible, y como potencia futura, en función de su capacidad de permanencia. Sin embargo, a pesar de las operaciones por constituir sentidos hegemónicos, aquello que ha sido reprimido vuelve²² retornando en el sujeto como abyecto, como eso que ha sido reprimido en él, que le genera repulsión, lo pone fuera de sí y lo desestabiliza.

Cuando lo oculto aparece, se abre la posibilidad de establecer nuevas simbolizaciones en torno a formas sociales, políticas y subjetivas antes reprimidas, que necesariamente, por la lógica de los dispositivos de poder, al afirmarse van a implicar nuevas reglas de juego, que luego serán transgredidas también. Las conclusiones de los ENM y los espacios bisexuales que se armaron por fuera de ellos, son una prueba de esto. Sin embargo, este proceso de construcción de comunidad no pueden pensarse por fuera de la disidencia sexual, de los feminismos y de los ENM que le dieron amparo, motivo por el cual esen esos espacios donde radican sus principales interlocutores. A su vez, el surgimiento de otras identidades no monosexuales, que a pesar de no adscribir a la bisexualidad encuentran en ella el principal lugar de referencia y sostén para habilitar sus propias existencias, implica ciertas dificultades a la hora de concluir sobre los sentidos de las trayectorias bisexuales.

22 O mejor dicho, sigue allí, porque nunca se fue. Partiendo de la consideración de un sujeto escindido, no hay operación hegemónica que pueda totalizar todos sus elementos.

A modo de cierre, y teniendo en cuenta las disputas políticas en el terreno local, podría decirse que la bisexualidad se constituye como lo abyecto frente a las monosexualidades. Como vimos anteriormente, esto acarrea una dificultad para establecer una comunidad de sentido, situación que se apoya también en las características que adjudican a la bisexualidad las propias personas que adscriben a la misma: la subversión del binarismo, la multiplicidad en las afectividades, la fluidez del deseo y la itinerancia en su objeto de deseo. La propia existencia bisexual, entendida en estos términos, tiende a desbordar los límites de lo instituido. Y si bien los intentos por organizarse en torno a nuevas (y propias) reglas que consoliden una comunidad de sentido han sido discontinuos, la bisexualidad se ha posicionado como referente de las identidades no monosexuales, especialmente en los ENM, afianzando este espacio año tras año. Así, podemos afirmar que los recorridos bisexuales locales han empezado a trazar su propia cartografía; la comunidad empieza a levantar sus cercos migrantes.

Bibliografía

- Arnés, L. A., Balcarce, G., de Santo, M. & Lucio, M. (2014). "(De)construcciones en torno a una narrativa: La importancia de una epistemología bisexual y sus connotaciones ético-políticas", en *Uni(+di)versidad*, 2 (2).
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1994). *Mil Mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia*, Valencia, Pre-textos.
- Deleuze, G. (1990). "¿Qué es un dispositivo?", en *Michel Foucault Filósofo*, Barcelona, Editorial Gedisa.
- Díaz, C. (2011). "Problemáticas de la diversidad. Representaciones en torno a la categoría bisexualidad en el activismo sexual de mujeres", en *Revista Temas de mujeres*, 7 (7), pp. 43-68.
- Foucault, M. (2008). *Las Palabras y las Cosas*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- (2013). *Historia de la sexualidad, 1: La voluntad de saber*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- (2014). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Kristeva, J. (2006). *Poderes de la perversión. Ensayo sobre Louis-Ferdinand Céline*, México, Siglo XXI Editores.
- Laclau, E. (1996). "¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?", en *Emancipación y Diferencia*, Buenos Aires, Ariel.
- Rich, A. (1985). "Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana", en *Revista Feminista. Nosotras que nos queremos tanto*, 3, pp. 6-34.
- Wittig, M. (1981). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, Madrid, Egales.
- Žižek, S. (2009). *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Barcelona, Paidós.

Esencias espurias y el continuo bi-torta

por Mayra Lucio

Escribir este texto me llevó a pensarme y a volver sobre mis pasos. Porque hoy me pienso más torta que bi, pero me reconozco bi al tiempo que torta. No tengo respuestas. Vuelvo a los cuadernos de apuntes, fotos, notas, comentarios en redes, chats y videos de lo que fue un potente año de organización como Bisexuales Feministas durante el 2012 y 2013 y todo lo que se generó a partir de ello. Hablo, entonces, desde mi voz situada entre categorías, y me propongo como misión indagar en este nudo conflictivo de las relaciones de poder que anidan dentro de la comunidad LGBTIQ y sus espacios de activismo.

En un primer momento, entonces, parto del cuerpo de lo vivido, de qué se trató nuestra experiencia como grupalidad bi-feminista. Me gustaría explorar lo que fueron nuestras búsquedas y pasiones, cómo fue ese comenzar a darnos visibilidad y poder hablar de lo que nos oprimía e inquietaba para, finalmente, preguntarme qué fue lo que nos dejamos a nosotras y a otras. En particular, me llama la atención la importancia que cobró el tema de las relaciones sexoafectivas, la implicancia moral de cuestionar sus principales formas normativas a partir de la identidad bisexual y cómo esto pudo recuperarse a la luz del entramado de las micro-violencias e invisibilidades que se dan entre lesbianas y bisexuales. Para eso, me detendré en la cuestión de las categorías identitarias, donde me pregunto por el peso de las esencias en relación a las formas en que se construye el poder, y las jerarquías. Aun apostando a una reflexión teórica, trataré de mantener la aspereza de lo terrenal. En particular me interesa observar el

modo en que las problemáticas más trabajadas como grupo –las formas de relacionarnos sexoafectivamente– están relacionadas con la cuestión de los prejuicios y estereotipos basados en ideas esencialistas y moralizantes de las identidades que aparentan ser más fijas y seguras. En una última parte, me arriesgaré en una reflexión que apunta a pensarnos desde cierta mismidad: la continuidad entre lo bisexual y lo lésbico.

Nuestra historia en carne biva

No puedo aquí repasar una historia del activismo bisexual, porque la conozco apenas, o la conozco fragmentada; me faltan textos y voces, e intuyo tiene que ver con omisiones e invisibilidades dentro de las historias del activismo y sus archivos. Aquí radica la importancia de evocar esos rastros y aportar desde aquello en lo que me tocó participar.

Nunca había vivido una relación tan fuerte entre un taller feminista y un proceso de organización de un espacio activista. Era el año 2012 y el Encuentro Nacional de Mujeres se hacía en Posadas, Misiones. Participé del taller de mujeres bisexuales, que se había abierto apenas un año antes, de manera no oficial, difundido de boca en boca por una activista bisexual.¹ Fui todo el domingo, a la mañana y a la tarde, y descubrí que era el lugar en el que quería estar. Ahí estaban las bisexuales que había esperado encontrar desde hacía mucho tiempo. Un lugar de pertenencia que apasionadamente se abrió y me comprometió. Salimos del taller prendidas fuego, con el plan de marchar juntas con la cara y el cuerpo pintados de consignas bi. Comenzábamos a hacernos *bisibles*.

De vuelta en Buenos Aires, hubo un primer encuentro en un bar donde éramos un montón, no lo recuerdo mucho, era una mesa larga y en mi memoria solo

retuve que echamos a un varón cis bisexual que quería participar. Ese episodio nos señalaría un elemento nodal: no éramos simplemente bisexuales, también éramos feministas. Un día de octubre, nos reunimos tres bi en una casa para ver cómo convocar a formar un grupo activista. La primera reunión se haría un miércoles 31 de octubre del 2012 en el bar Ladrón Sancho. El entusiasmo nos desbordaba, de alguna manera hoy puedo ver que seríamos un montón de feministas confluyendo en lo que fue un punto de inflexión militante en la vida de cada una.² Con historias diferentes, había búsquedas comunes, muchas ganas de decir y hacer a partir de politizar nuestras existencias bisexuales. Muchas salieron del *closet* con ellas mismas, otras veníamos de un tiempo de nombrarnos, pero todas estábamos buscando ese espacio que no existía. Un territorio bisexual y marcadamente feminista. En aquella reunión, surgieron los tres dedos de la mano como ícono de la lucha bi feminista. La tríada, el triángulo, lo dinámico, lo que excede lo dual; tres dedos para meter.

Semanas más tarde, estábamos cosiéndonle “Bisexuales”, en letras color salmón, a una bandera de tres colores (fucsia, azul y violeta, identificados internacionalmente con la visibilidad bisexual) y armando nuestro primer escrito político, de cara a la Marcha del Orgullo que se aproximaba. Ese día, tres de nosotras nos subimos al escenario y, con adrenalina, leímos a viva voz nuestro documento, embanderadas con la tela tricolor en una Plaza de Mayo llena de gente. Este ser feministas y bisexuales de una manera tan comprometida entre sí implicó que nuestro documento contuviera reclamos transversales, como el pedido de legalización del aborto y el desmantelamiento de las redes de trata

1 Laura A. Arnés.

2 Estoy generalizando y pienso en el grupo que quedó de manera más estable, un subgrupo dentro del grupo inicial, que es el que conocí más de cerca.

y explotación sexual.³ En la marcha, un rato más tarde, algunas nos quedaríamos con el torso descubierto, marchando en tetas por primera vez, llevando como techo la bandera bi, que tampoco tenía sostén.

Días más tarde, una nota del Suplemento Soy daba cuenta de nuestra participación activista en la marcha. Bajo el título "La fluidez del deseo", explicamos a qué nos referíamos: la bisexualidad habla de una potencialidad, dijimos: "No porque ser heterosexual o ser *gay* no lo implique, la potencialidad del deseo existe en todo ser humano más allá de la identidad sexual. Pero es como si la bisexualidad lo hiciera visible, como si estuviera explícito algo que siempre está implícito. Y en ese sentido interpela a la monogamia".⁴

Nuestro activismo dio lugar a una experiencia intensa, quizás la más importante, el Espacio de Encuentro Bisexual: una reunión abierta que mensualmente invitaba a problematizar y reflexionar en torno a temas relacionados con nuestra existencia bi: qué es ser bisexual, salidas del closet bi, violencias e invisibilidades sufridas en tanto bisexuales, monosexismo, género y feminismo, monogamia obligatoria, relaciones abiertas y poliamorosas. Cabe destacar el taller de relaciones sexoafectivas –Monogamia obligatoria: ¿cómo nos interpela? Vínculos no hegemónicos. Riesgos y cuidados–, el único que, debido a su éxito en cuanto a interés y concurrencia, se hizo dos veces seguidas (4º y 5º Encuentro de Reflexión Bisexual marzo/abril 2013). De esta manera, se ponía en evidencia el fuerte interés por esta línea de cruce entre la identidad bisexual y las formas de relación sexoafectiva.

3 Mientras escribo estas líneas todavía me tiembla el pulso por la reciente conquista de la media sanción en el Congreso del proyecto de ley de la Campaña Nacional por el derecho al Aborto Legal Seguro y Gratuito. Mientras tanto, asistimos a una falta de compromiso político, de presupuesto y de formación feminista para la implementación de la Ley de Trata y el desmantelamiento efectivo de las redes de explotación sexual.

4 Portas, D. (2012). "Fluidez del deseo". Suplemento Soy, Página/12, 23 de noviembre de 2012. Disponible en <www.pagina12.com.ar>.

El ENM del 2013, en la provincia de San Juan, nos encontró muy organizadas, y allí el taller, ya multitudinario, fue contenido por nuestra bandera. Para la siguiente Marcha del Orgullo, cosimos a la bandera la palabra "feministas" –que nos había quedado pendiente– y como actividad en la Plaza de Mayo planteamos un juego llamado "Tiro al blanco al monosexismo". Consistía en disparar pintura con una pistolita de agua a un "blanco" que contenía los principales estereotipos achacados a las bisexuales: traidora, lesbiana reprimida, impostora closetera, indecisa, inmadura, pendeja, partuzera, calentona, reventada, viciosa.

Ese primer Bisexuales Feministas existió, aproximadamente, un año. Llegaría a su ocaso, sin demasiada explicación ni conflicto –algo más parecido a una inercia que desacelera–. Asumo que nuestra sed se sació por un tiempo, y luego cada una fue encontrando nuevos espacios. Nos quedaron muchas relaciones afectivas bellas y fuertes, que continúan hasta hoy, a su manera.

Muchas nos volcamos a lo lésbico, nos llamamos lesbianas, o torta-bi –como en mi caso–; unx compañerx hizo su transición de género y continuó su activismo bisexual en la esfera de las trans-masculinidades, mientras que otras tantas, que también se mantuvieron como activistas bisexuales, hicieron posible la continuidad del espacio de Bisexuales Feministas. Es decir, dieron lugar a que años más tarde sembrara nuevamente la colectiva. Simbólico o no, la bandera había quedado guardada en mi armario, durmiendo durante varios años en el closet hasta que pude entregarla al nuevo grupo para que, esta vez con estacas, flameara en altura.

Me emociona saberme tan cerca del grupo a pesar de los seis años de distancia temporal y de una práctica activista actual como lesbiana, que me encuentra políticamente en otro lugar, aunque no ideológicamente.

Nos escucho como bisexuales que politizamos nuestra existencia y sigo estando de alguna manera ahí, hoy me hago eco de las mismas búsquedas y resistencias.

Bisexualidad, una cuestión esencial

Tengo una preocupación y tiene que ver con las jerarquías de poder que se instalan dentro de los círculos de disidencia sexual e invisibilizan, como consecuencia, la existencia bisexual. La cuestión aquí es cómo este poder se establece de manera jerárquica entre categorías que habitan un mismo lado del binarismo hetero-homo; cómo se replica hacia adentro aquello que padecemos afuera, en la intemperie heteronormada. Quisiera ahondar, entonces, en la cuestión de la invisibilidad y las opresiones que se dan entre lesbianas y bisexuales y cómo esas microviolencias se establecen desde ejes de poder que muchas veces se montan sobre las identidades (apelando, incluso, a la fuerza de las esencias). Para esto tendré en cuenta los principales intereses colectivos surgidos a partir de la experiencia política de reflexión grupal relatada más arriba, en particular, la inquietud por las relaciones sexoafectivas no monogámicas (abiertas, poliamorosas).

Una definición básica de "esencia" tiene que ver con "lo que es", muy asociada a lo puro y a lo que subyace a lo visible.⁵ Podemos pensar la cuestión de las esencias al menos en dos niveles, el cognitivo psicológico y el social. En esta reflexión me centro en el segundo, el del esencialismo social que se manifiesta como discurso y representación y que plantea que las categorías sociales, como la bisexual o la lesbiana, se basan en teorías, también sociales. Estas teorías suelen formarse y aprenderse en el sentido común, es decir, en el

⁵ ESENCIA: (latín *essentiam*). Naturaleza propia y necesaria, por la que cada ser es lo que es; conjunto de sus caracteres constitutivos. | Fig. Lo más puro y acendrado de una cosa. Diccionario Enciclopédico Larousse, 1992.

pensamiento colectivo no reflexivo y, en este caso, me parece interesante preguntarnos por las teorías heteronormadas que moldean las formas de relacionarnos (monogámicamente, por ejemplo) y que pueden "venir con" una identidad, ser parte de su "esencia escondida". Quiero decir, a nivel subyacente de las categorías hay formas asumidas de relacionarnos, formas heteronormadas, mandatos e ideales a alcanzar. Y es altamente probable que la categoría "lesbianas" mantenga una mayor estabilidad y "pureza" que la bisexual en relación con ello. ¿Por qué? Porque: ¡la fluidez del deseo!

Veamos la siguiente hipótesis. Solemos percibir las identidades como puras y auténticas, con un origen y razón de ser que no cambia y se mantiene estable a lo largo del tiempo. En nuestra sociedad occidental patriarcal, el mandato heterosexual ha funcionado como ordenador de cuerpos y representaciones colectivas en una estructura de desigualdad que triunfa como pocas gracias al uso esencialista y dicotomizante del género y la sexualidad: ser heterosexual y autopercibirse como "mujer" o "varón" se vive como verdad constitutiva, verdad que el feminismo y el movimiento LGBTIQ se encargaron de interpelar. Sin embargo, quizás a modo defensivo, lo lésbico pudo haberse construido también con muros esencialistas, buscando demarcar con claridad un círculo que dejara por fuera toda relación con varones, reforzando el tabique binario y borrando todo lo que pudiera sonar "ambiguo".⁶ Quizás a

⁶ De ahí surge una presunción que hasta cierto punto sigue ayudándonos a sobrevivir a muchas, nos alerta, nos previene: los espacios de la comunidad lésbica se cerraron para protegerse de las violencias, y esto sigue teniendo sentido. Al mismo tiempo, tener un cuarto propio posibilitaba el poder encontrarse, la pertenencia. De alguna manera puedo entender, aunque no justificar, la creencia de que la bisexualidad pudiera religar aquello escindido adrede, la relación con el hetero-mundo. Un prejuicio que debió correrse, debió revisarse cuando, como bisexuales, comenzamos a dar sentidos propios. Por supuesto que el heteropatriarcado hizo lo suyo: lo bisexual se reasimiló como fantasía heterosexual (dos mujeres sexualmente relacionadas entre sí y un varón, jamás dos varones sexualmente relacionados entre sí y una mujer).

razón del sentimentalismo con el que fuimos socializadas como mujeres, la comunidad lésbica se encargó de armar sus propios mitos de origen, reproduciendo de alguna manera las lógicas heteronormadas de relacionarse, como el amor romántico... Y así la mononorma —que plantea modos de relación permanente con una única persona y, por tanto, con un solo género— se filtró en identidades disidentes como la lésbica, “pisando el palito” de las identidades fijas, y su creencia de que el deseo puede permanecer estable y “fiel”.

De esta manera, la percepción de estabilidad y pureza en relación con los mandatos morales sexoafectivos (monogamia obligatoria, amor romántico, etc.) compromete las orientaciones y deseos aún en las categorías identitarias contra-normativas y abyectas que caen dentro de la esfera “homo”⁷ (como puede ser la categoría de “lesbiana”, “gay” o “marica”). Pero creo que las bisexuales nos hemos hecho eco de lo que implica nombrarnos como tales, de la posibilidad deseante y multiplicada, contenida ya desde el nombre “bisexual”. No es que seamos más fluidas que otras personas, es solo que nos hacemos cargo, lo reivindicamos cultural y políticamente. Ser bisexual interpela los binomios, y con ellos, su estabilidad.

La estabilidad es objeto de adoración

Siguiendo esta idea de esencia en relación a las identidades, me encuentro con que “lesbiana”, “torta”, “gay” o “puto”, al igual que “heterosexual”, parecen ser categorías más estables y puras, más confiables

⁷ Me estoy refiriendo puntualmente a las lesbianas y las bisexuales, no quisiera generalizarlo a cuerpos y géneros disidentes que pueden estar atravesados de distinta manera por tratarse de masculinidades o existencias transgénero. Tampoco voy a meterme con la categoría “pansexual” que, en parte, superpone su sentido con la bisexual y resultaría muy interesante pensarlas en relación, pero la conozco poco, y si bien intuyo que pasan cosas parecidas con lo pansexual, desde mi punto de vista aún carece de cierto arraigo político-afectivo en nuestras comunidades no heterosexuales.

en relación a los mandatos sexoafectivos que pretenden estabilizar el deseo. Lo curioso es que la estabilidad que se promete no es solo la de la categoría en sí (ser lesbiana de principio a fin de la vida), sino la del contenido o significado de dicha categoría: un contenido rígido, monosexista, binario, monogámico, moral. Porque el deseo se asume como fijo. Parecería que la gente no cambia. Por esto creo que la categoría “bisexual” se ubica como más abstracta que la “heterosexual” o la “homosexual”, ya que las mismas remiten esencialmente a lo que es en la realidad (que afecta el presente, al igual que el pasado y el futuro) asegurando la identidad más allá de toda presión temporal, un seguro contra todo cambio. Un resguardo social conservador que arrastramos y que ante todo sostiene el amor romántico como un eterno y estable horizonte al cual llegar. Si no el fracaso, si no la inmadurez, si no la traición, si no la incertidumbre.

La invisibilización de las bisexuales hacia adentro del mundo “homo”, el desprecio y la falta de crédito constante, expresa el problema: la bisexualidad interpela a las demás categorías. Aunque apela a lo que existe en el presente, sobre todo manifiesta lo que puede suceder: la bisexualidad habla de potencias. Se remite a aquel otro deseo que podría aparecer, acontecer, fantasearse, expresarse o no. Incluso refiere también a deseos pasados, que ya sucedieron, que no existen hoy pero sí existieron ayer. Y esto molesta. Molesta hablar de la potencialidad del deseo. Molesta la multiplicidad y el carácter fluctuante. La bisexualidad se erige como amenaza. Amenaza a todos y todas, con su síntoma movedizo. Por esto, sostengo que la bisexualidad carece de legitimidad, porque es una categoría con esencia inestable, fluctuante, implica siempre una mutación potencial, que nunca se resuelve (quizás debamos pensarla, directamente, como antiesencialista).

Es decir, el ser bisexual refiere a lo que es en un momento presente de la existencia y a otra cosa también. Al mismo tiempo: lo *bi* es lo posible y más allá. Nunca es solo esto. Nunca es para siempre. ¡Y cómo joden las promesas a corto plazo!

La evocación a lo bisexual implica aceptar las inseguridades, amigarnos con la falta de control, con el no saber lo que puede pasar dentro de un rato. Es afirmarnos en la incertidumbre de existir, y esto no es así porque sea algo intrínsecamente bisexual (sería entrar el esencialismo por la ventana) sino porque lo bisexual lo pone en evidencia. Todos los estereotipos y prejuicios endilgados a las personas bisexuales exponen los miedos morales ante la variación y potencia que puede existir en cualquier persona: inmadurez, confusión, cambio de decisión, fluctuación del deseo, enfieste, "infidelidad", traición, etc. Y lo cierto es que hablan más de quienes emiten estos juicios que de quienes están buscando describir, porque ser bisexual no implica necesariamente ninguna de estas características, y no serlo tampoco implica su exclusión (podés ser una bisexual monogámica enamoradiza y podés ser una lesbiana confundida, inmadura, ¡fiestera!).

Este temblor latente, esta fragilidad de equilibrio también suele entenderse como impureza, porque lo puro no puede más que ser de una manera, una sola cosa. Las categorías interpretadas como inestables o intermedias despiertan las sospechas de todxs. Parece ser un mestizaje en el terreno de lo sexual, una bisexualidad en el terreno de lo racializado.⁸ Todo lo que hace de puente entre una marca y otra, una orientación y otra, pareciera que contamina. Ese estar-entre-mundos, sustrae "autenticidad", mancha lo puro. La impureza huele a desconfianza, a producto

⁸ Se ha interpretado el "mestizaje" como no totalmente genuino. Lo mestizo no es ni lo totalmente oprimido negro o indígena y pareciera que parte de su linaje responde al opresor blanco.

adulterado, a adulterio, a algo o alguien que se corrompe. Desde una mirada tradicional, se vuelve traición, suciedad. Hay una contaminación de forastero, de traer a casa las zapatillas sucias de la calle, de haber dormido en otra cama, de oler a un perfume desconocido...

Una lectura posible

Creo que las identidades que no aseguran estabilidad son peor vistas que las que sí. Esto podría explicar la mala fama que tiene la bisexualidad, y la gran cantidad de personas que a lo largo de su vida mantienen prácticas bisexuales pero que se auto adscriben sin titubeos como *gays*, lesbianas o heterosexuales. A la vez, puede que esto explique la dificultad de crear comunidad y fuerza política *bi*, una debilidad intrínseca al nivel de exposición de sentidos de la palabra misma, bisexual. Pero lo que quiero destacar es que su fuerza y valor radica en otro lugar: en el terreno de lo simbólico, que también es ideológico, al interpelar directo a los modos normativos en que se construyen las relaciones sexoafectivas.

Sin quererlo, al remover la idea de deseo único y estable, la bisexualidad cuestiona el mito del amor romántico y la monogamia obligatoria. La categoría identitaria *bi* tiene ese coraje como ninguna otra. Inversamente, creo que lo lésbico es más conservador, en el sentido de que guarda mayor respeto a la sensación de permanencia y se representa más fácilmente como esencialista. Al mismo tiempo, se ofrece como elemento más estable, al representar una identidad aparentemente más radical que la bisexual en relación a la heteronorma. Creo que estos elementos explican que las lesbianas hayan contado con mayores recursos para crear comunidad, cultura, activismo político. Desde ya, no sin microviolencias: una existencia y otra están

relacionadas en una forma subordinada, donde lo lésbico rige con severidad hacia adentro de la comunidad bi-les e invisibiliza lo bisexual.

De lo individual a lo colectivo. ¿Podemos pensarnos en un continuo bi-lésbico?

Conscientes o no, creo que muchas nos movemos entre una y otra categoría, incluso entre los diferentes niveles que cada una guarda (prácticas, fantasías, deseos, vínculos afectivos, identidades, espacios de sociabilidad, politización). Me gusta la expresión "torta bi" porque un poco tiene que ver con que, después de coser una bandera de bisexuales feministas con tanto entusiasmo, al disolverse el grupo, encontré cierta intemperie que me llevó a buscar otros espacios donde refugiarme: y la puerta del mundo lésbico feminista estaba abierta. También, probablemente, me veo más tironeada por lo que me pasa entre mujeres o entre lesbianas⁹ que lo que me pasa con varones, no solo a nivel sexual sino también cultural, político.

Las diferencias entre lesbianas y bisexuales existen, sobre todo cuando hablamos de violencias específicas, pero muchas veces las categorías coexisten en nuestras subjetividades (porque la realidad desborda y lo

⁹ Esta continuidad/discontinuidad entre el ser mujer y ser lesbiana da para otra reflexión pero arriesgaría a decir que pienso lo mismo: la necesidad de pensarnos desde la estructura (que históricamente nos sitúa en lugares comunes) y no tanto desde la autodefinición. Veo una creciente misoginia hacia adentro del feminismo para quienes se llaman/nos llamamos mujer, como si ser mujer estuviera ya en desuso, deslegitimado por las nuevas corrientes. Como si existieran diferencias absolutas entre género mujer, lesbiana y bisexual con respecto a la misoginia, y no estuviéramos cortadas por la misma tijera patriarcal. Lo mismo con lo femme y el rechazo que despierta hacia adentro del mundo les. Me parece importante resistir a los discursos individualistas que plantean que con solo fugarse individualmente de una identidad, práctica, estilo o forma de existir ya hay un terreno ganado al patriarcado, y de ahí el desprecio a quienes no han dado el salto vanguardista. Me suena a voluntarismo y me suena también a elitismo. Un poco por empaque, y ante todo como una resistencia política, me nombro no solo torta bi sino mujer y femme, según el contexto y la urgencia.

complejiza todo, asumo). Es así que, antes que verme como "traidora" de lo bi, prefiero rastrear las continuidades existentes entre el mundo bisexual y el lésbico (sabiendo que no se trata de dos mundos nada más, hay miles de formas de habitar cada uno), porque lo que los pone en común, desde mi modo de ver, es el feminismo de la disidencia sexual: la no reivindicación de la heterosexualidad y el cuestionamiento de su versión normativa. Eso hace que no sea fácil demarcar dónde empieza uno y dónde termina el otro, y que incluso puedan ser mundos superpuestos desde la carne que habito. Aún hoy me muevo entre esas categorías, me pienso y repienso y según los contextos puedo usar las identidades torta bi, bisexual o lesbiana con la misma impunidad.

No me siento menos torta por ser bisexual, y al revés. La bisexualidad no fue un momento en mi vida. Jamás superé nada. El erotismo y la sexualidad es una dimensión potente que excede toda categoría política o identitaria. No pasé de una identidad a otra, mi identidad transita por ambas en un continuo. Un *continuum* les-bi, a lo Adrienne Rich.¹⁰ Quizás sea un modo pensar las identidades que, antes que separadas, están unidas, puestas en relación a partir de lo que tenemos en común. Ante todo porque nuestras búsquedas políticas y miradas feministas del mundo confluyen en lo que no: porque si hay un binarismo, una oposición que existe, es con respecto a lo que oprime, y se llama mundo heterosexual. Como sabemos, la heterosexualidad normativa es una forma de relacionarnos que trae aparejada la monogamia obligatoria, el mandato a la maternidad, la cosificación hipersexualizada de los cuerpos y el amor romántico. No es una mera práctica

¹⁰ En su ensayo legendario "La heterosexualidad obligatoria y la existencia lesbiana" (1980) Adrienne Rich propone la idea de "continuo lesbiano" para recuperar políticamente el vínculo de camaradería, amistad, erotismo, pasión y producción de sentido entre mujeres heterosexuales y mujeres/lesbianas.

individual, ni una mera apariencia, la heterosexualidad es un modo de habitar los vínculos, de establecer las prácticas sexoafectivas, sus deseos y representaciones colectivas; la heterosexualidad es observar y calificar un cuerpo, una charla aburrida en una reunión de cumpleaños; la heterosexualidad es el aire de exitismo casamentero, es el destino escrito. Es la norma que se respira cuando no ponemos un límite para saber qué deseamos, para hacernos visibles, para encontrarnos en fantasías extrañas a ese territorio normativo. No hay modo de vivir sin querer interpellarla, y allí es donde encuentro mi continuo bi-torta. Porque sabemos que la heteronorma es una regulación política que se nos filtra, que incluso podemos introyectar y reproducir, ir contra esa corriente es ya una apuesta política. Esto es, hacernos visibles, inteligibles, desde otros paradigmas, dando lugar a las diferentes prácticas y formas de reconocernos, relacionarnos, autopercebimos y desearnos en distintos momentos de la vida. El continuo es antiesencialista, y pretende ser inclusivo y amorosamente no-hetero. En este mismo sentido, siento confluencias con travestis, mujeres trans, maricas y varones trans, como parte de la necesidad de pensarnos como clase-disidente-sexual.¹¹

A la endogamia bi-lésbica la pienso y habito como refugio, más allá de sus limitaciones y enredos, propios de una red ensimismada, cosa que me genera fobia y contradicciones. Especialmente, cuando la red sexual y afectiva se ve atravesada por diferencias ideológicas suelo entrar en conflicto. Los atravesamientos ideológicos y situacionales parecieran abrir fisuras que a veces son simples accidentes geográficos y otras son convulsiones trágicas del paisaje donde se crean abismos difíciles de saltar. Me refiero especialmente al problema de, por un lado, la inevitable marca de

la clase social y el racismo entre nosotras, y por otro, el hecho de que no todas somos feministas (no todas pretendemos un mundo sin opresiones patriarcales), ni todas las feministas habitamos el mismo feminismo (disentimos en torno a la sexualidad, la prostitución, el racismo o el neoliberalismo, por ejemplo). Las diferencias ideológicas me impactan porque el refugio se precariza, pero la idea de comunidad no deja de ser un sitio contracultural atractivo y necesario. Entonces, ¿no es tanto la afinidad identitaria sino más bien ideológica la que importa? Le doy vueltas al asunto y llego a responderme en afirmativo. Porque el continuo se refiere también a una demarcación del mundo frente a lo heteronormado, pero también a la intersección de otras formas de desigualdad. El continuo se complejiza y así, quizás, es como sea recomendable pensarlo.

Más allá de estas complejidades que hacen a las diferentes texturas de nuestros modos de habitar y relacionarnos, el hecho es que las categorías de bisexuales y lesbianas nos abrigan y abrigarán. Y por eso es importante pensarnos en continuidad y apostar a salirnos de las competencias entre oprimidxs y de las políticas de la identidad para volver a reconocernos del mismo lado. El desafío quizás resida hoy en poder hermanarnos sin reproducir hacia adentro jerarquías ni escalas de valor, desde nuestras existencias disidentes, colectivas y bellamente adulteradas. Esto, a su vez, permitiría aflojar las lógicas persecutorias que aún tenemos internalizadas en relación a la construcción de voces autorizadas y más legítimas que otras (quién tiene mayor legitimidad, quién responde a mayor pureza, quién tiene más años como lesbiana o bisexual, quién tiene más experiencia como activista, etc.), para desechar toda jerarquía y esencia.

Por último, me parece muy importante vernos de un mismo lado, poniendo sobre la mesa nuestros deseos,

11 Me gusta lo "tortrava", como categoría contracultural de pertenencia que propone un entrecruzamiento posible entre tortas y travestis.

vulnerabilidades y disidencias, sin nuevas jerarquías. Buscando fortalecernos desde la horizontalidad feminista, la insurgencia sexual y los cuidados mutuos, que tanto bien nos hacen.

**Usar la voz, poner el cuerpo:
bisexuales feministas**

La fluidez del deseo¹

por Daniela Portas

Un grupo de siete u ocho mujeres sentadas en el césped de la Plaza de Mayo terminan de coser una bandera con la palabra "Bisexuales". "La S está medio mal porque ya no veía", aclara una de ellas. Esta es la primera Marcha del Orgullo Gay en la que participan. Se formaron hace muy poco. "Esto tiene como antecedentes dos talleres del Encuentro Nacional de Mujeres. Un primer taller el año pasado, que fue autoconvocado, una experiencia muy interesante, con muchas ganas de empezar a construir un espacio de pertenencia. Al año siguiente volvió a salir el taller, pero de forma oficial y circularon como setenta personas. La idea es generar un espacio de reflexión, de contención, para poder hacer comunidad", cuenta Gabriela.

A pesar de que los bisexuales suelen ser incluidos en los discursos que convocan a la comunidad homosexual —son la B en la sigla LGBT—, se trata de una categoría que no posee la misma legitimidad. Muchos asocian la bisexualidad con una indefinición, con un momento transicional que inevitablemente gravitará hacia alguno de los dos polos: "O sos torta o sos heterosexual". "En general la bisexualidad queda incluida dentro del grupo de las lesbianas o de la diversidad sexual en general, pero no hay una reivindicación específica y esto tiene mucho que ver con el nombre "bisexual", con la idea del binarismo. Nosotras elegimos la fluidez del deseo, poder afirmar todo. Quienes nos decimos bisexuales no estamos confundidas, no somos lesbianas en proceso de salida del *closet* y no estamos pasando

¹ Artículo publicado el 23 de noviembre de 2012 en el Suplemento Soy de Página/12.

por un momento transicional; no nos acostamos con mujeres para entretener a los hombres y tampoco somos cómplices del sistema heteronormativo, machista y falocéntrico. Nuestras prácticas y nuestras subjetividades son siempre bisexuales. Identificarlas como lesbianas, *gay* o heterosexuales implica no poder salirse del binarismo y del monosexismo". Así gritaba una de ellas frente al micrófono minutos antes de la marcha. El discurso, también, problematiza la cuestión de la monogamia, "porque la bisexualidad habla de una potencialidad del deseo. No porque ser heterosexual o ser *gay* no lo implique, la potencialidad del deseo existe en todo ser humano más allá de la identidad sexual. Pero es como si la bisexualidad lo hiciera visible, como si estuviera explícito algo que siempre está implícito. Y en ese sentido interpela a la monogamia. Porque la monogamia obligatoria, como está planteada en esta sociedad, va en contra de la potencialidad del deseo. Tenemos ideales de amor romántico que tienen que ver con formar una pareja amorosa para toda la vida, jurar amor eterno. Por otro lado, la bisexualidad también interpela lo que es ser posesivo con el otro. La idea del amor romántico tiene que ver con el control absoluto sobre el otro, del cuerpo y del deseo del otro. "Soy tuya", "sos única", explica Mayra ya abajo del escenario. Y agrega: "No es que lo bisexual está más cerca de la poligamia o del poliamor o de las relaciones libres, pero es como si lo habilitara. No elabora una norma en torno de que ser polígamo es lo mejor. Pero concibe la posibilidad. Vuelve a la monogamia una posibilidad, no una necesidad".

A nuestro lado, una chica se acerca a felicitar a las que acaban de leer y les muestra sus uñas y su rostro, pintados con los colores de la bandera bisexual. "¡Qué buena onda!", grita una. Otro chico se lleva una calcomanía para seguir en contacto. Actualmente el grupo

está formado únicamente por mujeres, pero después de la marcha muchos hombres como él se acercaron con ganas de sumarse. Pilar explica que "coincidimos en que se trate de un espacio feminista, más allá de que haya hombres o no". Gabriela agrega: "Tenemos interés en generar un espacio, una sociabilidad, una comunidad, que podamos debatir, ver quiénes somos. Y también generar identidad, porque si no estamos muy expuestas a la violencia de los demás".

Orgullo y prejuicios¹

por Bisexuales Feministas

Algunas reniegan de las etiquetas y otras las encuentran necesarias. Algunas tienen una identidad sexual hace muchos años, otras se sienten en constante proceso. Algunas abortamos en departamentos clandestinos y otras con misoprostol. Hay rubias, también peludas, hay burguesas, rastas, jóvenes y también grandecitas. Algunas prefieren el rosa, otras el violeta o el azul. Pero todas adscribimos a una ideología heterogénea: feminista. Y a una identidad sexual que nos convoca: bisexual. Nos encontramos allí, en la encrucijada de opresiones, de luchas y placeres.

Somos muchas, pero aún se cuestiona si tiene legitimidad política nuestra existencia. Tanto en el interior del colectivo LGTB como en el colectivo más familiar nos encontramos con ojos que reclaman justificación. ¿Por qué feministas? (Aunque esa pregunta ya es más vieja que la propia Olympe de Gouges.) Pero, además, los ojos se elevan y nos cuestionan. ¿Por qué? ¿Por qué también bisexuales? Pues ahora vamos a disparar sobre las connotaciones y supuestos que se ocultan detrás de esas insistentes preguntas y estruendosos comentarios.

Desde el momento en que nos nombramos, inevitablemente nos enfrentamos a cuestionamientos, prejuicios y ninguneos. Algunxs nos increpan, acusándonos de reproducir la lógica dicotómica y binaria, otrxs nos miran lascivos suponiendo que estamos siempre al borde del orgasmo. Pero, claro, esto sucede siempre y cuando quien mire o escuche nos otorgue estatuto de

¹ Artículo publicado el 28 de junio de 2013 en el Suplemento Soy de Página/12.

existencia. Si no, sencillamente, no existimos y fin de la historia. Como decía la muy sabia Audre Lorde, si no me definiese a mí misma, acabaría siendo despedazada por las fantasías de otras personas sobre mí y comida viva (como zombi). Pasemos revista.

Mito fundador: "la bisexualidad no existe"

Abrimos el diario: una renombrada universidad norteamericana está haciendo experimentos científicos para demostrar que la bisexualidad no existe. Ajá, bien. Aceptable para una adolescencia plagada de consejos ajenos y vivencias jugadas (arriesgadas y lúdicas, nunca mejor dicho). "Aunque te acostaste con alguna chica, te enamoras de varones, eso es propio de la experimentación adolescente; no te preocupes, sos hetero", nos confirma, paciente, nuestra profe confidente. Tiene razón, pensamos. Aunque nos agarre una calentura bárbara con el chonguito del quiosco (¡nuestras hormonas están revueltas!) o tengamos un amor con nuestra mejor amiga (platónico, ¿eh?), aunque llenemos de besos a la *drag* del desfile de la fiesta de egresadxs (siempre podrá culparse al alcohol por nuestros actos), mantenemos la primera y tierna creencia de que el corazón está por siempre destinado a ser, ante todo, heterosexual. Esos pequeños placeres, entonces, no nos conflictúan porque no merecen la atención, porque son cosas que pasan y, fundamentalmente, porque la bisexualidad no existe... Hasta que un día... ¡zas! nos enamoramos de ella, así de golpe, con el furor de la primera vez. Desorbitadas, nos miramos en el espejo del baño: ¿soy bisexual?, ¡pero si la bisexualidad no existe! (nos repetimos hasta cansarnos). Y, ¿entonces?, ¿entonces qué hago?, ¿qué digo?, ¿qué soy? Y es ahí cuando lo decidimos: cuando damos el paso que más tarde vamos a tener que desandar. Es ahí cuando en un instante, y mirándonos a los ojos, devenimos rápidamente en lesbianas.

Increíble, pero cierto: la B de LGTB no es florero. Es evidente que lo bisexual no tiene lugares propios, legítimos, ni siquiera —y esto es el colmo— en nuestros propios cumpleaños: "¡Llegaron tus amigas tortas!" es la presentación que, inevitable, nos espera cuando llegan las hordas bisexuales. Efectivamente parecemos más lesbianas que heterosexuales porque somos disidentes, porque algo diferente, rebelde, se percibe en nosotras. Pero lo cierto es que no hay un código reivindicativo que nos identifique como bi.

La bisexualidad se construyó histórica y culturalmente en espacios de activismo y/o diversión que son casi exclusivamente lesbianos, *gays* o heterosexuales. En criollo: no existe un bar de bisexuales, no vas a ver la bandera de la bisexualidad colgada en ningún lado, nadie mira a una persona en la plaza y la sospecha bisexual, no hay corte de pelo, ni moda bi. Efectivamente no existen prácticamente representaciones, ni simbolizaciones de lo bisexual (y las pocas que hay no suelen dejarnos muy bien paradas). Ni siquiera podemos esgrimir una injuria que en el ambiente sea resignificada (como "torta" o "puto" o "trava"). Solo contamos con el tecnicísimo "bisexualidad" que no logra constituirse ni en amenaza. Ni prohibido ni resignificable, lo bisexual parecería más bien ser lo insostenible o, peor aún, un tibio cómplice de las estructuras de desigualdad social.

Efectivamente, muchas transitamos el amor entre mujeres gracias al impacto que tuvo el feminismo sobre nosotras, y también gracias a las tortas militantes aprendimos a sincerarnos y a pelearla. Pero estas palabras, este encuentro en una escritura colectiva, ya derriban el propio presupuesto de inexistencia. Aquí estamos encarnando un cuerpo erótico, político e ideológico propio.

Lugar común: "la bi-sagra"

Otra famosa frase que nos hace zumbiar los oídos es: "Para vos es más fácil, porque a veces sos hetero y a veces sos lesbiana". Sí, claro, y en el proceso nos volvimos esquizo. Como si en esta suerte de tierra de nadie tuviéramos acceso a un ropero según la ocasión, un lenguaje corporal distinto para encajar y pura voluntad incondicionada que se camufla, camaleónicamente, según su presa o su hábitat.

El diccionario de la Real Academia Española (ese libro gordo lleno de normativas) define lo bisexual en términos de alternancia entre prácticas homosexuales y heterosexuales. Así, al ser inscripto, parcialmente, en las dos grandes narrativas sobre la sexualidad, lo bisexual tiende a ser considerado como un espacio intermedio o de transición. Un villano del tipo Dos Caras, o pura espuma, que así como aparece, desaparece.

Contradiendo la definición de la RAE, nosotras decimos que sí, que efectivamente alternamos. Pero no en nuestra definición de nosotras mismas sino en el tipo de personas con las que establecemos vínculos erótico-afectivos. Si circulamos entre dos mundos (esta afirmación la reconocemos simplista de por sí) es porque son los que nos preexisten. Sin embargo, nuestros cuerpos, nuestros pensamientos y nuestros modos de desear son siempre bisexuales. No somos la mera articulación entre dos espacios legitimados y legibles. No somos la feta del sánduche. No somos, tampoco, según con quién estemos, ni un hipocampo. Somos bisexuales porque sentimos deseos sexuales y afectivos por personas de cualquier género o, mejor dicho, por los modos singulares de llevar y combinar los géneros y sexos que lleva cada quien. Aun cuando mantengamos relaciones monógamas con una lesbiana, aunque seamos poliamorosas u orgiásticas; por más que estemos casadas hace quince años, tengamos

hijos o estemos recién divorciadas; aun si somos vírgenes o célibes: somos bi.

Saber colectivo: "las bisexuales son inmaduras, infantiles, confundidas, histéricas, inconstantes..."

Recostadas boca arriba en el diván, la reconocida psicoanalista nos dice: "Pero, ¿vos entendés que las cosas que podrías tener con Juan no las podrías tener con Teresa? ¿Entendés que las cosas que te van a dar una familia, por ejemplo, no son las mismas? Te vas a tener que parar distinto en el mundo según con quién de los dos estés. ¿Podés entender eso?". Además de tratarlos de estúpidas, o al menos de subestimar nuestra capacidad de entendimiento humano, estas afirmaciones contienen un sesgo heterosexista y monosexista violento. Lo (in)cierto es que tal vez quiera elegir entre Teresa y Juan. Pero tal vez no. Tal vez quiera a Teresa, a Juan y, por qué no, a ese Juan que cuando nació sus padres llamaron Teresa.

En esta sesión magistral de terapia aprendimos que la teoría psicoanalítica considera que en la base de la madurez sexual está la renuncia. Es decir, una sexualidad adulta es aquella que elige un único objeto de deseo y excluye todas las demás alternativas. Adherirse a un objeto parece ser la única manera de abandonar a la niñita confundida que todxs llevamos dentro. Esta idea, todavía en boga, atenta contra la capacidad de pensar y pensarse en cambio a lo largo de la vida. Porque, como Freud dictaminó —no sin revisiones posteriores—, la madurez está asociada a llegar a metas finales (de las que, probablemente, no se vuelve). De ahí que la bisexualidad sería, entonces, ese incómodo estado de transición que debe definirse en algún momento. Si no lo hace, las confundidísimas bisexuales, sumidas en la indecisión y en sus incontrolables brotes histéricos,

corren serios riesgos de quedarse eclipsadas en la doble puja de sus objetos de deseo.

"Yo ya no entiendo nada. ¿Ahora qué me vas a traer?", nos cuestiona el domingo al mediodía nuestra querida madre, mientras que nuestro hermano nos zampa: "Sos como la gata Flora, que cuando se la ponen grita y cuando se la sacan llora". Nos da urticaria tanto conservadurismo encubierto, y eso que lo dicen las personas que nos quieren. Porque también podemos encontrar algunos menos amorosos que nos conceptualizan como egocéntricas, egoístas, centradas únicamente en el placer propio, desalmadas que van de un cuerpo a otro sin importar el dolor que produzcan a lxs demás.

Punto para ustedes: si ser inconstantes es negarnos a hacer promesas románticas y cristianas hasta que la muerte nos separe, o blandir certezas tranquilizadoras sobre nuestros pasados y futuros, tipo "siempre me gustaron..." o "eso fue un error, te juro que no se va a repetir...". Entonces sí: somos inconstantes. Pero, ¿quién, honestamente, puede hacer ese tipo de promesas? ¿Acaso nunca tuvieron fantasías que se contradecían con las normas impuestas a la homo/hetero sexualidad? E incluso, ¿cuántxs se animaron y lanzaron la cañita al aire para luego, rápidamente, esconder el acto tras el humo de la explosión? Si hay algo que nos pone los pelos de punta es la moralina burguesa que nos lleva a sostener modelos sin fisuras.

Efectivamente, el deseo es fluido e inestable por definición; sin embargo, lo bisexual parece ponerlo en evidencia. Intuimos que sobre una persona bisexual resulta más difícil descansar el amor romántico que el concepto de pareja promete. Entonces, sí. Si les parecemos confundidas o inmaduras porque no elegimos a las personas por portación de género, sexo o altura de taco, entonces bienvenido el epíteto. Cuentas claras mantienen... lo que sea.

La fantasía hollywoodense: "las bisexuales son viciosas"

"Las mujeres bisexuales están siempre en llamas, no le hacen asco a nada", nos muestran las películas porno. Y nos grita papá, entre lágrimas y un paro cardíaco: "Pero, ¿qué? ¡No entiendo! ¿A vos te gusta que te apoyen la pija y las tetas? ¿Todo junto?". Sí, papi, puede ser. Aunque, a decir verdad, pensar la sexualidad y las identidades en términos de genitalidad es una táctica propia de los reduccionismos descalificadores.

No es novedad que, como mujeres, estamos insertas en una economía sexual pública que nos reduce a objetos a disposición del consumo masculino. Nos gritan en la calle, recordando que somos eso: mujeres, homónimo de sexo. Eterna sinécdoque. Operación que se redobra cuando nos afirmamos bisexuales. Mujeres: tetas, culo, concha. Bisexuales: partuceras, calentonas, insaciables que le dan a todo, ardientes, viciosas que siempre quieren más. En el vocabulario troglodita del patriarcado: minitas fáciles y fiesteras. De más está decir que, en esta línea, nunca falta el novio desubicado de la amiga que propone que para el cumpleaños le regalemos el trío. En fin, es cierto que nos pueden gustar personas radicalmente diferentes, pero la fantasía de calibre Tinelli no se la deseamos ni a nuestrx peor enemigx.

Obvio que a algunas nos gusta el sexo de a dos, de a tres, de a seis. Pero también es cierto que otras vivimos en pareja por muchos años y eso no necesariamente implica que salimos tras otros cuerpos cual sabuesos insaciables. El punto es que resulta imposible establecer reglas fijas sobre nosotras y nuestros deseos.

Somos conscientes de que el capitalismo y su ideología neoliberal nos atraviesa, así como también la heteronormatividad machista. Las grandes figuras hollywoodenses erotizan el imaginario social (que es

bastante dicotómico, por si no se dieron cuenta) con sus preferencias por "la carne y el pescado" o "las ostras y los caracoles". Y los medios, periódicamente, sacan notas sobre adolescentes borrachas que se dan besos entre ellas para seducir a los varones. No somos tan ingenuas como para creer que cualquier persona bisexual rompe con las estructuras anquilosadas de nuestro sistema de ordenamiento sexual. Sabemos que corremos el peligro de ser absorbidas y cooptadas por el discursito de la tolerancia Benetton. Sabemos que sobre gustos hay mucho escrito, infinitas reglas, normas y mandatos que el sistema capitaliza. Cuentos de hadas y películas guían y encorsetan nuestra potencia deseante. Pero somos herejes y traicionamos la expectativa que recae sobre las espaldas de nuestros cuerpos (por suerte, sin alas).

De ahí que la lucha identitaria no nos alcanza y nos sentimos impulsadas a posicionarnos desde un feminismo que considera el impulso erótico como fuente de conocimiento; un feminismo que resiste a las diferencias jerárquicas entre los géneros, que nos sensibiliza frente al sexismo de las aulas, de la tele, de la calle, de la justicia, del laburo y de las camas; un feminismo que nos exige repensar las formas más sutiles de la misoginia (propia y ajena), que nos ayuda a cuestionar los mandatos y reposicionarnos frente a la maternidad, el amor y la familia; que nos permite revisar la cantidad de exigencias y normas que recaen sobre nuestra subjetividad. Un feminismo que nos permite analizar los modos en que construimos nuestros cuerpos y los tipos de relaciones que establecemos con el resto. En definitiva, se trata de un feminismo que reivindica la posibilidad de nombrarnos con nuestras propias voces, que da lugar a amplios márgenes de reconocimiento para respetar la heterogeneidad que nos constituye.

La estafa moral: "la bisexual es impostora"

"Vos lo que sos es una lesbiana cobarde, reprimida. Una lesbiana que no quiere renunciar a sus privilegios heterosexuales, una lesbiana con lesbofobia internalizada", nos dice nuestra pareja. Y agrega otra: "Seguro que me terminás dejando por un tipo". Fantasma arraigado: en cualquier momento, la bisexual podría abandonarte por un varón "para casarse y tener hijos". ¿Pero qué sos, el genio de Aladino? Como si alguien, cualquiera, pudiese asegurar lo que va a pasar en el futuro.

La acusación está ahí, a la vuelta de la palabra. Parecería que nuestra fuerza deseante –que podría incluir a varones– metiera por la ventana al patriarcado que tanto esfuerzo nos lleva combatir. "Ustedes le hacen el juego al patriarcado", nos cansamos de escuchar. Como si por acostarnos con tipos o varones trans fuéramos automáticamente cómplices de la estructura de desigualdad. Así resulta sencilla la ecuación: parece que no podemos evitar ser detractoras de la lucha emancipatoria. Ojo: traidoras frente a las expectativas del resto sí, pero desleales o patriarcales es otro cantar.

Pero también hay otra objeción que compañerxs de lucha cada dos por tres tiran con bronca: "¿Es que no se dan cuenta, tontitas, que dicen "bi" y eso significa dos, y dos es binario? ¿No se dan cuenta de que reproducen la dicotomía que tanto nos cuesta combatir?". Pero no: no nos damos cuenta. Las bi le decimos no a la binorma. Ese mundo dividido en dos es el que pretendemos poner en cuestión, y la mejor manera que nosotras encontramos –sin arrogarnos que sea la única– es señalar los binarismos que nos preexisten, movernos a través de ellos, atravesar las tensiones, y no anclar en ninguno de los polos.

Habilitar este tipo de movimientos no nos parece binario. En otras palabras, no nos interesa elegir entre

esto o eso, no nos interesa pensar ni sentir en términos dicotómicos. Por el contrario, nuestra apuesta es inclusiva: no ya en términos de "nunca/siempre", "adentro/afuera" o "antes/después" sino en términos de "y", "también" o "además". Proponemos un modo diferente de transitar los espacios existentes. Y aquí las matemáticas pueden pifiar: uno más uno puede ser tres, dos o cero. Pero, sobre todo, es miles: porque efectivamente las bisexuales existimos. Y somos muchas.

La definición más sencilla de bisexualidad habla de la potencialidad de sentir deseos por personas de cualquier género o sexo. Si necesitan que firmemos con sangre los circuitos de nuestros deseos, lo lamentamos: no buscamos tener ese control y mucho menos en función de las inseguridades ajenas. Nosotras aspiramos a la rebeldía de los movimientos, a las infinitas potencialidades relacionales, a esas fantasías que no clausuran ni prescriben los modos en que habitamos el mundo.

Establecido esto, nosotras, bisexuales feministas, decimos: vos, confundida, que no sabés lo que querés, histérica que no hay poronga que te venga bien, partucera que le das a todo, curiosa que no te gustan las etiquetas; vos, ególatra, que usás tipos y minas solo para satisfacerte sexualmente; a Ud., señora esposa, que coge con pendejas y después vuelve a su hogar dulce hogar; a vos, lesbiana, que te enamoraste de un tipo trans, largá esas categorías que estás tan acostumbrada a usar y abrazanos.

Cine Clase Bi

por Bisexuales Feministas

Cansadas de ver que la bisexualidad en el cine suele relacionarse con el carácter perverso de un personaje (recordemos a Sharon Stone en *Bajos instintos*, el malísimo *remake* hollywoodense *Juegos sexuales* o, incluso, esa saga taquillera que fue *Criaturas salvajes*), hartas de que nos digan que los triángulos amorosos vehiculizan lo peor del heterosexismo (no recomendamos ver *Los 3* ni *Castillos de cartón*), indignadas al saber que los personajes bisexuales deben morir para que su "secreto" salga a la luz (dos películas, a pesar de todo, interesantes: *El hada ignorante* y *Días de pasión*) o, peor aún, que si su secreto sale a luz será castigado con la muerte de alguien querido (*El cumpleaños* es un ejemplo. En *Chloe* y *Contracorriente* quien muere es el tercero en discordia, por supuesto). Agotadas de saber que para ser bisexual no solo no hay que parar de coger sino que tampoco hay que repetir compañerx de cama (y si no vean *Shortbus* o *La memoria de los peces*), buceamos en un océano de películas de las últimas dos décadas para ver si encontrábamos algún espejo que no deformase tanto y que representase la bisexualidad en su diversidad. Les presentamos, entonces, seis películas elegidas para respirar el bi-erotismo más intrépido—aunque nos gustaría que lo fuera todavía más— de la pantalla grande. Seis maneras diversas de pensar las bisexualidades: ni perversas, ni heteromachistas, ni morbosas, ni indignas, ni máquinas sexuales. Más bien cartografías que exceden el acto sexual para devenir bi-potencias desestabilizadoras de sentidos hegemónicos y de prácticas preestablecidas.

1 Artículo publicado el 27 de septiembre de 2013 en el Suplemento Soy de Página/12.

Joven y alocada (2012)

Daniela es una chica bisexual de 17 años con dos problemitas con los que lidiar: tiene el "choro" en llamas y es miembro de una conservadora familia evangelista. El único escape posible es una bitácora 2.0 en la que relata la vida que realmente elige a cambio de la que le imponen sus padres. A pesar de todo no logran doblegar a esta valiente joven que entre zarpes varios declara: "La virginidad se pierde por partes y debe ser difícil perderla del todo". Sin embargo, no dejará de intentarlo. Con chico y con chica a la vez, pero no mezclados. Daniela es una tímida audaz que evade el control materno para revolcarse alternadamente con amante hombre y amante mujer y contarlo a sus seguidores, ávidos de relatos desprejuiciados frente al dogmatismo rancio de los adultos. Atípica por donde se la mire, *Joven y alocada* es un fenómeno que atravesó internet, llenó salas y arrasó con premios en festivales. La ópera prima de la chilena Marialy Rivas, basada en un blog, es una joyita para los sentidos que se hace cargo del lenguaje de las tecnologías digitales en lo narrativo y en la factura visual: "un collage organizado desde la lógica del pensamiento en hipervínculos".

El sexo de los ángeles (2011)

Pese a que no fue muy bien recibida por la crítica a nosotras nos gusta. Es un poco pochoclera, sí, y sencilla, también. Pero lo cierto es que recrea una trama que devela la complejidad de las relaciones sexoafectivas en el marco de una juventud occidental que lucha por desprenderse de los mandatos de las hetero y las mononormas. La película del español Xavier Villaverde cuenta la historia de una pareja de estudiantes (Bruno y Carla) que conviven felizmente en Barcelona hasta que irrumpe en sus vidas Rai, un joven breaker bisexual -totalmente apetitoso-. Como era de prever: seduce

y curte con ambos (no hay acá miedo a la homosexualidad: las reglas son claras desde el principio). Rai hará poner en el tapete las normas vigentes sobre el amor romántico, la monogamia obligatoria, la infidelidad, los celos y las libertades individuales. Más allá de la falta de elipsis que deje algo librado a la imaginación del espectador, lejos de alimentar el prejuicio de la "hipersexualidad", del todxs con todxs, el acto carnal cobra sentido en tanto registro visual y festivo de la concreción de las pasiones y los enganches irrefrenables. Pero, además, sin dudas, abre la puerta a la posibilidad de representación de nuevos imaginarios.

Deseo (2012)

Escena primera: plano cerrado de conchas, culos, piernas y voces en un vestuario. Del controvertido Laurent Bouhnik, este film cruza historias de amor y erotismo que convergen en la figura de Cecile: una joven bisexual veinteañera que da cuerpo a la fluidez del deseo. En el contexto de una Francia menoscabada por la crisis económica y la falta de empleo, Cecile, tras la muerte de su padre, busca consuelo en pilas de encuentros sexuales (el límite entre la pornografía y el erotismo es, tal vez, la poesía) que, dadivosos, procuran satisfacer fantasías propias y ajenas. Alice, incomprendida por sus padres represivos, sueña con vivir el romance perfecto con un novio que no piensa serle fiel. Mientras que Virginia ama a su marido pero busca alternativas al tedio conyugal incorporando a una mujer a la pareja. Tres radiografías que confluyen en la búsqueda del Deseo con mayúscula y de los deseos individuales de enamorarse, de lograr la estabilidad económica y de desprenderse de los tabúes sexuales dominantes. Tras la representación de la pasión carnal desenfundada y el guiño de quien diferencia el sexo del corazón, resuena una dedicatoria: "A todos aquellos

que todavía creen que el amor significa algo". Aviso: probablemente acabes varias veces durante la primera mitad de la película. Pero, si llegás al final, es posible que te resulte tan reiterativa como polémica.

Tres (2010)

La trama es parecida a la anterior: el tono, el ritmo y la reflexión, no. Dirigida por el talentoso creador de *Corre, Lola, corre*, *Tres* asume el desafío de romper con el modelo de pareja monogámica para meterse en un terreno poco visto en la pantalla grande en cuanto a tríos amorosos se trata. La película de Tom Tykwer narra la historia de una pareja de cuarentones berlineses (Hanna y Simon), quienes a modo de desviarse de la rutina conyugal y laboral, y manteniendo el secreto el uno del otro (esa hipocresía hetero que ya no sorprende), inician una relación amorosa con el mismo hombre —si hay casualidades, esta lo es—, un encantador biólogo bisexual más joven que ellos (Adam). Vale decir que las escenas en la piletta, entre Adam y Simon, son para relamerse. El enredo triádico se resuelve de modo sencillo: deciden estar los tres juntos y vivir su pasión sin condiciones. Un melodrama aplacado con guiños cinematográficos (elipsis y múltiples pantallas) que invita al espectador a "abandonar las ideas deterministas de la biología" y habilita la reflexión sobre otros modos de redes sexoafectivas como son el poliamor y las maternidades/paternidades alternativas.

Henry y June (1990)

Dirigida por Philip Kaufman, *Henry y June* está basada en la relación que tuvieron dos de los escritores más polémicos del siglo XX, Henry Miller y Anaïs Nin, que se conocieron mientras Miller escribía *Trópico de cáncer* y Anaïs chocaba contra los límites de un matrimonio demasiado convencional pero amoroso, del que

escribiría: "Nada de lo que vivo fuera del círculo de nuestro amor lo altera ni lo disminuye. Al contrario, lo amo más porque lo amo sin hipocresía". Anaïs, interpretada por la deliciosa María de Medeiros, se sentirá atraída por Henry pero, para su deleite, la llegada de June Mansfield, esposa del escritor, captura por completo su atención (la entrada triunfal de Uma Thurman como June es una de las perlas del film). Enamorada de su esposo, encandilada por Henry y por June y poco dispuesta a elegir entre una experiencia y la otra, Anaïs se lanza a vivir las ambas, sumando su vínculo marital, que reflorece —como su escritura y sus fantasías— ante el nuevo escenario erótico que se despliega. La conyugalidad y la extraconyugalidad entretejen la historia, enhebradas también en el vínculo intelectual que ambos escritorxs comparten. Vida ajetreada la de la poliamorosa Anaïs Nin, acorde con la profética advertencia que le hace su primo: "Ten cuidado Anaïs, los placeres anormales matan el gusto por el placer normal". Lo que no podemos evitar preguntarnos es: ¿cuál de los placeres es el anormal? ¿El que coarta o el que libera?

Uno por sient¹

por Laura A. Arnés

Mar del Plata fue darme cuenta de que el movimiento bisexual en Argentina ya tiene una historia. Fue la grata sorpresa de ver cuán jóvenes algunas chicas ya saben lo que quieren o, por lo menos, lo que no quieren. Hacía frío en la ciudad feliz pero en el taller de bisexualidades no se sentía. Entre el debate y la complicidad de sesenta mujeres de todo el país el deseo bisexual cobró cuerpo. No puedo evitar ser moderna (quizás porque ya no soy tan joven). No nací sabiendo que el género es performativo, que el deseo es fluido ni que las identidades se pueden multiplicar en un sin-fín de variables. Sí entendí, pronto, que tenía que pelear por subjetivarme si lo que quería era ser diferente. Nunca se me hubiera ocurrido empezar una lucha sin nombrarme, sigo sin estar segura de que se pueda. Pero, llamativamente, la discusión sobre la identidad bisexual siempre empieza en la etiqueta. Parece ser que la tarea de terminar con la opresión dicotómica del mundo es nuestra: menuda obligación nos han endilgado. Comprensiva, la deriva posmo insiste en que podemos ser lo que queramos sin necesidad de decirlo en voz alta. Sin embargo, no nombrarnos bisexuales muchas veces solo esconde miedo: miedo a no tolerar que la vida es ir viendo lo que va sucediendo; miedo al enojo de la familia cuando se declara la fuga del sistema pautado; miedo a no poder escapar de las inexactitudes que cualquier palabra conlleva. Pero lo que a mí más me perturba es que mantenernos invisibles permite que los otros nos nombren como quieren. Es decir,

¹ Artículo publicado el 16 de octubre de 2015 en el Suplemento Soy de Página/12.

que nos domestiquen. Ciertamente: cualquier etiqueta abre un abanico de complejidades, siempre. Porque nombrar es hacer presente pero también implica limitar la pluralidad que cualquier término conlleva. Sin embargo, decirnos bisexuales puede ser, sobre todo, una estrategia política efectiva, una herramienta útil para la construcción de una comunidad alternativa y un tanto incierta. Porque alinearnos bajo un nombre no implica solamente poder desmontar los mitos y estereotipos que nos acorralan o desordenar la esfera pública con grititos de placer. Alinearnos bajo un nombre abre también la posibilidad de organizarnos y compartir experiencias múltiples que muchas veces nos hacen sentir solas. Dos días en Mar del Plata y se hizo evidente: los cuerpos presentes en nuestro taller desbordaban las identidades establecidas y proponían otros modos de relaciones posibles.

La experiencia bisexual, en general, rechaza los modelos hegemónicos del sexo y la familia, descrea de la monogamia y el amor romántico. Nuestra lengua construía relatos sobre relaciones estables poliamorosas, parejas abiertas, triángulos generosos, co-parentalidades, familias que de tan grandes ya no son ni ensambladas; nuestras voces –entre risas– contaban historias de sexo grupal, de pasiones alternadas o confesaban el deseo por el culo de los varones. El taller se puso *quenchi*. “Yo te amo por lo menos para bailar una zamba”, parece que una compañera le dijo a su pareja poniendo en crisis la eternidad del amor. “Todos cagan y nadie está hablando de mierda”, retrucó otra al referirse a la hipocresía de la heteronorma. “El cuerpo no es un templo, es una fiesta”, concluimos todas entre carcajadas. Esa misma noche, nos cegaron con gases y nos dispararon con balas de goma. Pero nosotras seguimos celebrando porque ni la iglesia, ni el Estado, ni la policía nos va a detener: nuestros cuerpos bisexuales y feministas son nuestra revolución.

Lesbiana conversa¹

por Bisexuales Feministas

En estos días alguien recordaba en su Facebook una frase de Buenaventura Durruti: “al fascismo no se le discute, se le combate”. Y nosotras acá, un siglo después, interpeladas por un texto plagado de referencias militares y cristianas, un texto que señala con el dedo y juzga, etiqueta y jerarquiza; que para celebrar ата, que busca infiltradas, espías y pureza, que se cree bueno y contra-ideológico. Y para peor, escrito en un gesto lesbiano festivo y político. Un poco fuerte. Nosotras vamos a hacerle caso a Durruti pero vamos a combatir dialogando, porque creemos que solo se puede construir (en) sororidad (“la sororidad mató al macho”, dicen nuestras remeras): las molotov las reservamos para la policía y el botoneo se lo dejamos al fascismo. Porque salir de una dictadura (la heteropatriarcal) para entrar en otra no es nuestra apuesta y porque, además, creemos que esta es una charla que nos debemos y que excede el texto que nos convocó puntualmente.

Ciertamente: nosotras nos decimos bisexuales (algunas llevamos años en un activismo bastante invisibilizado por el colectivo LGBT, otras acabamos de empezar a movernos en el ambiente). Entonces quizás pueden pensar: ¿quién les dio vela en este entierro? Digamos que fuimos convocadxs por el espíritu del futuro cuerpo que el enfoque casi eugenésico del texto en cuestión despacha; por esos deseos que quedan boqueando bajo una palada de tierra al grito de ¡liberación!

¹ El texto que disparó la reflexión de este artículo se titula: “Reflexiones. Acercándose el día de la lesbiana conversa, 13 de enero. (Hablemos de heteroinfiltradas)” y fue escrito por Patricia Karina Vergara Sánchez, y se publicó el 21 de enero de 2017 en un grupo cerrado de Facebook.

Pero fuimos convocadas, además, porque lo que tenemos en común no es el hecho de no ser lesbianas (ni conversas, ni estrellas doradas, ni la que dio el mal paso, ni ninguna de esas etiquetas que les encanta poner a algunas tortas) ni tampoco heteroflexibles (aunque muchxs también insistan en llamarnos así). Lo que tenemos en común es que somos, ante todo, feministas. Y nos parece que ahí está el quid de la cuestión. Ni nuestras prácticas comunitarias ni nuestra lucha está en las manos de quien nos toca el culo. No muere cuando chupamos una pija, ni asciende hasta la aurora boreal cuando hacemos la tijereta. No depende de un/x otrx que nos acompaña en algún tramo de nuestra vida. Nuestras prácticas feministas y sororas —que apuntan a darles cuerpo a otras sensibilidades y a construir otras formas de lo común— pueden verse en los modos que buscamos construir “familias” alternativas, en los temas que abordamos cuando damos clase o conversamos entre colegas, en los repartos afectivos que hacemos, en las prácticas sexuales que tenemos, en los modos en que cuestionamos el amor romántico, en cómo nos visibilizamos, en qué futuros imaginamos. Pero nunca nuestras prácticas ni la celebración de lo que “somos” se van a centrar en la discriminación ni en el prejuicio. Y lo decimos así con comillas porque los esencialismos son colonialistas: no somos naturalmente nada, ni puras, ni “conversas” (la última vez que nos convertimos perdimos la costumbre de las orgías so pena de terminar en la hoguera). Lo nuestro, bien latinoamericano, es el devenir y el mestizaje: un cuestionar constante de nuestro deseo. También un dejarnos llevar por él. Es un habitar las contradicciones, desarmar las prohibiciones, cuestionar valores y honores heredados, sobreentendidos y expectativas. Lograr salir del “deber ser” nos costó mucho. No nos vamos a meter en otro aunque esté disfrazado de revolución. Como decía la poeta June Jordan: “Si sos libre, no sos predecible y no sos controlable. En mi opinión, ese es el significado, muy positivo y político

de la afirmación bisexual”. De cualquier modo, el punto no es señalarnos y ver quién tiene la opresión más larga o la espada más alta. Eso es imposible de medir. Además, no tiene sentido hacerlo.

Sabemos que nacimos en un mundo con matriz heterosexual. Entendemos también los modos del patriarcado, el tráfico y consumo de mujeres y el reparto de privilegios. Pero no pensamos que la respuesta revulsiva esté en dividir el mundo en dos (y eliminar una de las mitades). Porque el problema no es solo una cuestión de género ni de con quién se coge. Ni, claramente, el mundo está dividido en dos. Todo es mucho más complicado. Así que sí, es cierto, nosotrxs podemos tener relaciones sexoafectivas con personas asignadas o (auto)percibidas como varones pero no por eso les “servimos” ni “somos para ellos” (horror de los horrores). Tampoco los despiojamos ni les enjuagamos los pies con nuestro pelo: ¡sorpresa! A veces, les chupamos el orto (aunque no lo crean, no es algo que todos quieren) pero, eso sí, las medias se las lavan solos. Tampoco, a pesar de lo que dice el texto en cuestión, los varones nos resultan imprescindibles, pero —y, agárrense los calzones— las mujeres tampoco (ni lesbianas ni no lesbianas). Que lo irremplazable dependa de un género no nos convence. Sí, por supuesto, hay algunas personas que nos resultan vitales. Y también algunos animales.

Por otro lado, y ya que estamos, hablemos de ese privilegio heterosexual del que supuestamente gozamos: nadie nos mira raro si vamos de la mano o nos damos un beso con un varón (eso en la calle, porque en la reunión de amigas lesbianas es un gran tema a superar) pero la verdad es que para una feminista y bisexual no monogámica ese “privilegio” más que ganancia es pérdida: todo el rato marcando límites y diferencias con la expectativa del mundo. Pero queremos decir además

que, ¡oh, sorpresa!, ya sabemos que el deseo lesbiano no implica *per se* un acto de renuncia a la matriz heteropatriarcal. Todas vimos reproducir modelos opresivos y machistas entre compañeras: la identidad no quita lo machista, la renuncia a los formatos heterosexistas y patriarcales solo se puede lograr con un ejercicio constante de cuestionamiento de prácticas y privilegios. El contexto pide, exige, apertura y reflexión: los cuerpos y los deseos también. Nosotrxs (nos) lo exigimos.

¿Sabén, además, lo que agota? La idea de que quien no tiene una sexualidad lesbiana cerrada, sin fisuras, "sin vueltas y sin retorno" sea traidora, espía, infiltrada. Pero no solo agota. Da miedo. Da miedo que en el siglo XXI sigan vigentes –en un ambiente crítico y cuestionador– estos imaginarios retrógrados que objetan el deseo ajeno y ubican el propio en un altar (para seguir con el tono de lo converso e inquisitorial) venerado como contrahegemónico y disruptivo.

Y, ya que estamos, otra cosa que cansa: escuchar a algunas lesbianas criticar a quienes les dan besos en alguna fiesta y luego "vuelven con sus novios". ¿No están acaso para eso las fiestas, para darse besos y celebrar los cuerpos? ¿Y qué importa quién está en la casa esperando (o no esperando)? Algunas lesbianas también dan besos, un perreo, y después no atienden más el teléfono, pero nadie las acusa de volver a su(s) novix(s) con el vibrador en la mano (el sí a un beso no tiene por qué traducirse en sí al sexo, eso ya lo aprendimos en la primera clase de feminismo). Así, la vida misma: no nos dejan por otrx (varón, mujer o cualquier otra identidad), nos dejan porque no nos quieren. Listo. Al hecho, pecho. El llanto de la traicionada por la injustísima heteroflexible o por la malísima heterocuriosa olvida que la curiosidad es la llave de todos los saberes y placeres y que si hay algo que sí queremos es el tráfico de saberes, el desparramo feminista, que las abejitas

lleven el polen de un lado para el otro y florezca otro paisaje... (nos pusimos poéticas, disculpen la hibridación genérica).

La construcción conjunta es imprescindible. Llevar los debates a todos los espacios que habitamos también (aunque eso devenga en acusaciones de "heteroinfiltradas"). Entendemos que en la construcción identitaria se juegan procesos subjetivos y sociales, y no vamos a ser quienes marquen el ritmo ni la forma que deban adquirir, ni mucho menos vamos a condenar a una mujer que experimenta su sexualidad y su deseo negándole alguna porción de placer, exigiéndole sacrificios, como si fuéramos regentas de los orgasmos y vigilantas de la revolución deseante. La bifobia, la panfobia, la transfobia.... ningún tipo de prejuicio discriminatorio tiene espacio en la sororidad feminista que nos une, cojamos con quien cojamos cuando se cierre –o abra– la puerta. Vamos a seguir sosteniendo juntxs la bandera contra el heteropatriarcado, y también vamos a seguir poniéndole el cuerpo a esa B perdida en el acrónimo que nos engloba como colectivo.

Las Bisexuales Feministas construimos un espacio (quedan todxs invitadxs) que ayudó (y ayuda) a muchxs de nosotrxs a nombrarnos, a visibilizarnos, a lidiar con la bifobia y la culpa que quieren inculcarnos por nuestra constante disidencia, por esa elección que hacemos y que muchxs consideran una no-elección. Construimos un espacio de amistad en el que siempre nos invitamos al debate y a la reflexión, a deconstruirnos, acompañarnos y luchar. Inmersas en esta experiencia, nos parece importante que al construir una ética liberadora no caigamos en una ética con aires de revolución pero normativa al fin. No está en nosotrxs imponer las condiciones de la libertad; o para decirlo con palabras de Audre Lorde (una feminista que ha pensado mucho el activismo y la interseccionalidad): no desmontaremos la casa del amo con las herramientas del amo.

Negras de mierda, presas por marchar¹

por Laura A. Arnés

La marcha del 8M estaba terminando y nosotras nos sentíamos felices. Habíamos cantado y nos habíamos abrazado. La alegría feminista estaba en el aire, porque nosotrxs –lxs que no contamos para el poder– estábamos, finalmente, organizadx: “y ahora que estamos juntas y ahora que sí nos ven, abajo el patriarcado, se va a caer, se va a caer”, se escuchaba como un eco en las calles.

“La fiesta que no termina en pizza no es fiesta”, dijo una de nosotras. Y, entonces, contentas y hambrientas nos sentamos en una pizzería a dos o tres cuerdas de la Plaza de Mayo –esa plaza donde se juró la independencia–. Pero la charla y la muza fueron interrumpidas por un chaparrón. Los mozos empezaron a levantar las mesas, algunas compañeras fueron al baño, otras nos quedamos en la vereda protegiéndonos de la lluvia, disfrutándola. Y fue ahí cuando una chica entró corriendo en la calle Perú, en un espanto. Y atrás, la policía: un malón o una pandilla. Recuerdo sus gritos y sus botas en los adoquines.

Los uniformes se acercan a nosotrxs y nos empujan: la orden que suena peligrosa e histérica es despejar (pero nos bloquean). Explicamos, en alerta: “salen nuestras amigas del baño y nos retiramos”. No entendemos lo que está pasando. Un hombre de civil, ancho, se nos viene encima. A N. la están agarrando, se va a caer. Mi instinto es sujetarla de la mochila, tirar. Pero a la que tiran al piso es a mí. Me golpeo. “Negra de mierda”, me grita una policía que transpira por todos sus

¹ Artículo publicado el 17 de marzo de 2017 en el Suplemento Soy de Página/12.

poros, que odia con los ojos fijos y me retuerce los brazos. Por el rabillo del ojo veo cómo la agarran a J. entre cuatro, por querer ayudarme. Ella grita. Y sus gritos se suman a los de A. que acaba de salir del baño y también está siendo arrastrada. "Negras de mierda, van a ir todas presas por marchar", nos gritan. Se llenan la boca de insultos racistas y sexistas, como si en ese gesto de desprecio no se estuvieran despreciando a ellxs mismxs. Nos obligan a ir hasta los camiones a los empujones, dos o tres cuadras que son largas y cortas a la vez. "Si no te callás, te rompemos los brazos", insisten, negándome el derecho a saber por qué estoy siendo detenida. "No hicimos nada y lo saben", repito. Pero recibieron la orden y actúan: hoy tienen que detener mujeres -bajen masculinos, suban femeninos-. Tienen que disciplinarnos. Tienen que dejar a la iglesia y a los medios conservadores -esos que siembran odio- tranquilos. La fiesta, lamentablemente, ya no era nuestra.

Pasamos la noche en dos comisarías. Dos veces nos requisaron. Esto quiere decir que dos veces nos hicieron sacar la ropa: "bájese todo hasta la rodilla, agáchese, levántese la remera, a ver qué tiene ahí" (en las tetas). El cuerpo femenino tiembla, lo invaden miedos ancestrales. Y al médico legista que nos revisa solo le importa la sangre. Quiero ir al baño pero ni siquiera eso puedo hacer sola: me tienen que mirar y de papel ni hablar. Porque el poder se regodea en esas pequeñas humillaciones: busca expropiarnos de nuestros cuerpos, de todo lo que somos -sobre todo, de nuestra humanidad-. Si algo habíamos entendido esa tarde en la marcha es que no valemos más que con y por lxx otrx. Pero para ellxs la lógica es otra y con sus acciones no solo nos destrozaron un día sino que nos marcaron de por vida.

Dije antes que la noche la pasamos en dos comisarías. Éramos ocho y, en realidad, la pasamos aisladas,

cada una en una celda gris y mugrosa y helada. La luz prendida todo el tiempo como en un criadero, hacia el exterior apenas una rendija y la lluvia resonando en los desagües. Estábamos aisladas, teníamos miedo, pero no estábamos solas. De eso estábamos seguras: el movimiento feminista y el movimiento lesbiano estuvieron ahí a cada hora. Nuestrxs amigxs, conocidxs y desconocidxs, estuvieron ahí esperando, peleando por nosotrxs, acompañando. Y fueron sus voces y la certeza de sus cuerpos cercanos lo que hizo de una pesadilla un aprendizaje. Sin lugar a dudas, de nuestro lado está el amor, la alegría y, como decía Susana Thénon, la posibilidad de fundar otros sueños menos crueles, es decir: nos resta a nosotrxs la posibilidad de inventar también la vida nuevamente.

Ni confundida, ni en transición: ser bisexual es mi decisión²

por Lucas Gutiérrez

Abierta a mujeres (cis y trans) la agrupación va creciendo. En Buenos Aires, Rosario y Córdoba existen grupos que se reúnen periódicamente, además del constante cruce por redes sociales. Ya sea para generar actividades, compartir vivencias, celebrar y reclamar, el espacio las une. "Somos cada vez más y tenemos muchas ganas, muchas ideas y mucha rabia", dicen las Bisexuales Feministas.

¿Qué implica políticamente enunciarse bi?

Lo personal es político, por eso nos parece importante construir y visibilizar el grupo de Bisexuales Feministas. Porque nos hace bien, porque creemos que los espacios de intercambio y reflexión son necesarios. Porque creemos que la sororidad mató al macho, como dicen nuestras remeras. Enunciarse bi implica cuestionar el binarismo y el monosexismo. Implica también intentar recuperar la historia de las bisexualidades como movimiento. Porque así como desde siempre existieron personas que se pronuncian lesbianas, *gays* o trans, también desde siempre las hubo y las hay bisexuales.

¿Con qué prejuicios tienen que lidiar?

La bisexualidad es constantemente invisibilizada, y hay muchísimos prejuicios y maltrato hacia las personas bi. Se piensa que navegamos entre ser hetero o no serlo, cuando en realidad no somos ni hetero ni tortas.

² Artículo publicado el 19 de mayo de 2017 en Agencia Presentes, una agencia online de noticias regional LGBTI. Disponible en <www.agenciapresentes.org>.

Nuestro deseo no es heterosexual, ni depende de las personas con las que nos estemos relacionando, fluye independientemente del género de nuestrox compañerx, por ello tampoco hablamos de genitalidades.

La invisibilización tiene un peso enorme, sobre todo en algunas etapas de la vida, lo escuchamos bastante en nuestro espacio de experiencia y en los Encuentros de Mujeres. Aceptar que el propio deseo es bi, cuando todo a nuestro alrededor nos dice que eso no es posible, implica muchísimos conflictos y contradicciones. Por eso nos parece importante que en la Educación Sexual Integral se pueda incluir alternativas al binomio heterosexual-homosexual, para reflejar la realidad y acompañar mejor a niñxs y adolescentes.

Más allá de la invisibilización, también hay estereotipos negativos sobre lxs bisexuales que nos ubican como indecixs, infieles, traidorxs, promiscuixs, foco de infecciones, etc. Algunxs seremos más fiesterxs que otrxs, pero no se puede generalizar, ni asumir que porque seas fiesterx no podés ser honestx en tus vínculos afectivos. La realidad es que pensamos y reflexionamos mucho sobre los vínculos, buscamos establecer relaciones sanas, cariñosas, consideradas. Salirse de la mononorma es un desafío en este sentido, y poder conversar y construir nuevas maneras de vincularse tiene una gran carga emocional. Exige mucho cuidado y compromiso.

¿Es en el ámbito familiar, médico, laboral o activista donde reciben más violencia las personas bi?

En todos, aunque con diferentes intensidades en cada experiencia. Hay familias que se adaptan mejor, ambientes más inclusivos y abiertos que otros. La realidad es que vivimos la bifobia muy de cerca dentro del movimiento LGBTIQ. Es triste que la vivamos justamente con las lesbianas, que son también con quienes

marchamos por la libertad de Higuei, bailamos en una Marcha del Orgullo o apretamos en una fiesta. Somos todas parte de las mismas luchas, somos aliadas, es ridículo pensar que porque somos bisexuales andamos de paso por el lesbianismo mientras aguardamos la sagrada llegada de un varón. Así como hay machirulos que les dicen a dos mujeres juntas que les falta probar o que no saben lo que es bueno, a veces eso mismo recibimos de compañeras lesbianas, cuando nos dicen que ya nos vamos a dar cuenta... Son violencias que se repiten sin pensar y arraigan o perpetúan visiones negativas y prejuiciosas que, cada una desde nuestro lugar, nos esforzamos por deconstruir.

¿Cómo es la visibilización bi en la actualidad?

Hagamos al revés, fijáte vos cuánto material ves al respecto. No hay bibliografía, no nos mencionan al desplegar la sigla que agrupa las disidencias. "No me entran en una hoja A4", nos dijo repetidas veces una funcionaria de la Defensoría LGBTIQ, a modo de chiste del que ninguna se rió. Invisibilizar, ocultar las diversidades, tiene un impacto. Nos encanta formar parte del colectivo LGBTIQ pero también pensamos que es necesaria la construcción y visibilización de cada uno de esos grupos, sus experiencias, sus historias, vivencias y necesidades. Claramente vamos a tener muchos espacios comunes, y esto es algo que celebramos, pero sin anular las especificidades.

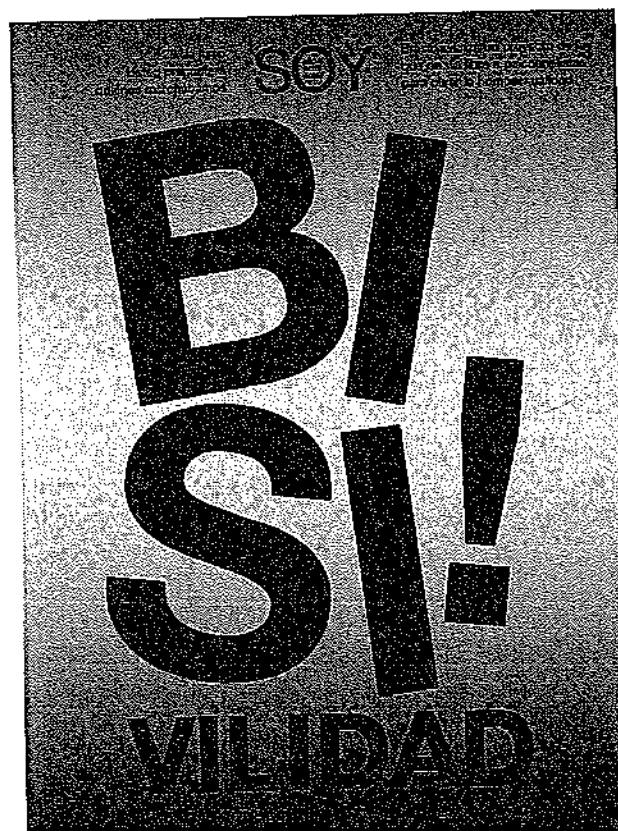
No somos una simple B que le queda colgada a las siglas del colectivo. Con activismo y visibilización, rompiendo con el silencio opresivo, así iremos demoliendo prejuicios. La visibilización para nosotras responde al porqué activar, el porqué encontrarnos, el porqué participar de todo lo que afecte al colectivo. Porque directamente nos influye, somos parte.

¿Qué exigen?

Buscamos que se respete nuestra identidad y dejen de cuestionar nuestra existencia. La bifobia es una realidad con la que convivimos y es tristísimo que esto se refuerce al interior del movimiento LGBTIQ, del cual formamos parte y donde militamos activamente: en las calles, en las casas y en las camas. Somos bisexuales y feministas y, como tales, también exigimos Educación Sexual Integral, aborto legal, seguro y gratuito, cupo laboral trans, autonomía sobre nuestros cuerpos, presupuestos que estructuren y pongan en práctica programas serios para terminar con la violencia contra lxs niñxs, mujeres, lesbianas, travestis y trans, y la misoginia imperante en nuestra sociedad heteropatriarcal y sus instituciones. La justicia tiene a Higuí presa, la misma justicia que no le cree a las víctimas, la misma que tuvo a una mujer presa por un aborto espontáneo.

No queremos punitivismo, tampoco queremos más policías que nos agarren de los pelos cuando salimos de comer una pizza, como nos sucedió el pasado 8 de marzo. Queremos que se respeten los cuerpos y las voces de las mujeres. Queremos un Estado laico. Cuestionamos la monogamia compulsiva, la maternidad obligatoria, la imposición de formas supuestamente más legítimas de relacionarse, condicionando y juzgando nuestras elecciones. Luchamos por una sociedad más libre e inclusiva, donde cada unx pueda ejercer su deseo, sin invalidar o afectar negativamente el ajeno. Es una lucha contra gran cantidad de prejuicios con los que nos enfrentamos en lo cotidiano.

Anexo: un archivo de imágenes bisexual feminista



SEXO BI

¿Qué experiencias sexuales transitamos?
 ¿Cuáles son nuestras prácticas más recurrentes?
 ¿Cómo nos vinculamos sexualmente con los diversos géneros?
 ¿Covadernos trazo bisexual?

Miércoles 27
 18hs puntual

ESPACIO DE ENCUENTRO BISEXUAL

Pasco 555 y Venezuela - CABA
 biblioteca Eduardo Martedì
 Bisexuales feministas | bisexualfeministas@gmail.com
 espacio-de-encuentro-bisexual

www.espaciodeencuentrobisexual.blogspot.com.ar

BIPOSBISEXUALESFEMINISTAS

V

Día internacional por la lucha de legalización del aborto

Todos los fetos
 Van al paraíso

traete un aerosol
 y pintale la cara al papa

Viernes 27- 17hs
 Rivadavia y Callao

convocan **Bisexuales feministas**

espacio de encuentro bisexual

24 HORAS
 18.00hs
 PUNTUAL

FEMINISMO Y BISEXUALIDAD

¿cómo se articula con prioridades de la agenda feminista?
 ¿qué feminismo nos identifica?

Pasco 555 y Venezuela | CABA
 biblioteca Popular Eduardo Martedì
 www.espaciodeencuentrobisexual.blogspot.com.ar

LA BIDA ES un BICOLLAJE

HAZEMOS LA PREVA

A LA MARCHA

Orgullo

BANDERA STENCILS
CANTOS
MATE Y AMOR

BIBIOTECA
EDUARDO MATEO
PASCO 585
Zona 730k



RANCHADA
Bisexual
POR LA ESI

16:30hs 23-SEPT
SABADO

EVA Y EMILIO
PERON MITRE
PARQUE CHACABUCO

BUSCA LA BANDERA BISEXUAL

ESPACIO
LIBRE DE
HOMOSSEXO
TRANSSEXUAL





Referencias de las imágenes:

Pág. 198: Participación en la movilización con motivo del 2° Paro Internacional de Mujeres, 8 de marzo de 2017 (arriba). Tapa del Suplemento Soy de Página/12 del artículo "Orgullo y Prejuicios", 28 de junio de 2013. (abajo)

Pág. 199: Volante de invitación al 8° Espacio de Encuentro Bisexual, 27 de julio de 2013 (arriba izquierda). Volante de invitación a la concentración del Día Internacional de Lucha por la Despenalización y Legalización del Aborto en América Latina y el Caribe, 27 de septiembre de 2013 (arriba derecha). Calco de presentación, repartidos durante la XXI Marcha del Orgullo, 10 de noviembre de 2012 (abajo izquierda). Volante de invitación al 9° Espacio de Encuentro Bisexual, 24 de agosto de 2013 (abajo derecha).

Pág. 200: Volante de invitación para la XXII Marcha del Orgullo, 2 de noviembre de 2013 (arriba). Volante de invitación a una jornada de ESI con motivo del Día Internacional de la Bisexualidad, 23 de septiembre de 2017 (abajo).

Pág. 201: Lectura del documento, durante la XXI Marcha del Orgullo, 10 de noviembre de 2012 (arriba). Esperando para subir al escenario de la XXI Marcha del Orgullo, 10 de noviembre de 2012 (abajo).

Pág. 202: Participación en la concentración frente a la Embajada Rusa en Argentina, con motivo del repudio a la homofobia y en reclamo por la liberación de las Pussy Riot, 26 de julio de 2013 (arriba). Participación en el XXXIII Encuentro Nacional de Mujeres en Chaco, 14, 15 y 16 de octubre de 2017 (abajo).

**Poéticas del deseo:
relatos de la
experiencia**

Explicar con palabras de este mundo

por Laura A. Arnés

Mi ex es mi mejor amiga, mi hermana y confidente. Llamémosla D. D es mi familia.

¿Cómo nombramos lo que no tiene nombre? A veces nos peleamos por eso. Por el titubeo que aparece cuando alguien pregunta por nuestro vínculo. "Es mi amiga", le dije el otro día a la ecografista (ah, sí, estoy embarazada y D viene a las consultas). D, claro, se enojó: consideró que ocultaba la "diferencia" de nuestra relación en las sombras de la heteronormatividad que la medicina siempre asume. Me di cuenta (su cara hizo puchero). Algo de razón tenía pero no dije nada. La conozco, hay que dejar pasar un rato. D lo habló, más tarde, con A, *su vínculo sexoafectivo primario* ("sos tan pesada cuando usás esas palabras", le digo), y me llamó al día siguiente con un reproche inconclusivo. "No me gusta decirte 'ex', definirte como lo que fue", me defiende. Lo cierto es que la economía sexual de nuestra sociedad no pone en disponibilidad demasiados vocablos para nombrar lo que no es familia nuclear o amistad siempre coartada en sus fines.

Hablamos por teléfono todos los días. Hace unos meses la acompañé a hacerse el tatuaje de una bicicleta (la pluma entraba y salía dejando puntitos azules en su muslo) y mi novio (no me gusta esa palabra, llamémoslo P) le regaló en complicidad con A una mesa de ping-pong que no sé si alguna vez usará. D me saca fotos desnuda. P también me saca fotos desnuda. Se las comparten por Whatsapp. Se ríen y proyectan una serie fotográfica conmigo y mi panza. Son mis dos personas preferidas en el mundo. Son mi familia elegida, mi abrazo seguro. Cuando estoy enferma y lxs tres

tomamos tecitos en la cama (P hace el pan, D trae las paltas) siento que todo está bien (los gatos enrollados a los pies de la cama, la luz azul que se filtra entre las cortinas).

Ella y yo nos separamos ya ni sé hace cuánto. Vivimos juntas seis años, se enojaba conmigo porque yo no lavaba los platos (la pila crecía junto a mi desidia). Nos leíamos en voz alta y corregíamos lo que escribíamos. Nos divertíamos y comíamos desayunos fastuosos los fines de semana. Planeábamos la revolución feminista. Ella venía de otra provincia (su papá le había dicho: "si querés ser feliz, tenés que irte de esta ciudad"), así que hicimos muchas cosas juntas por primera vez.

Con él van más de dos años. También nos leemos en voz alta y preparamos desayunos barrocos aunque todavía no compartimos casa. Sin embargo, lava mis platos sucios: "ya te vas a enojar conmigo", le digo (pero todavía no pasó). Sigo soñando con la revolución feminista, pero estoy más vieja y no me llevo tan bien con la purpurina. Igual, la fiesta me sigue gustando.

Según parece, antes P no era tan *fan* de la noche, pero ahora se ve que sí. Así que -cuando el cansancio y el vómito no me apremian (recuerden el embarazo)- vamos juntxs a las fiestas que organiza D en su casa. También van nuestrxs amigxs bisexuales, lesbianas, trans y etcéteras. Ellxs se nombran o desnombran (pasa el tiempo, pasan cosas) pero el viento, igual, nos sigue amontonando bajo los farolitos de colores; entre macetas y una pileta demasiado grande para la terraza. Corre el whisky, alguna droga y la brisa cercana a la autopista. Un cartel de depilación definitiva nunca se apaga, mis ojos un poco dilatados lo ven enorme. Siempre me parece fuera de lugar y me recuerda lo desprolija que soy con la gillette (y ahora que estoy embarazada, más todavía. Cuesta agacharse y, además, no te ves. Igual, no hay vergüenza por los pelos). En fin.

De las fiestas a veces nos vamos solxs. A veces acompañadxs. Siempre somos generosxs con los besos (aunque, según parece, mucho menos de lo que pensamos) y no discriminamos por género. Sos tan *gay*, le digo a P burlona, mientras le presto mis pantalones más ajustados y trato de ponerme unas pestañas rosas larguísimas. "Te voy a denunciar con tus amigas por políticamente incorrecta", me contesta él, que porta, junto a una tranquilidad inmaculada, una heterosexualidad bastante porosa.

No sé cómo será el futuro con un bebé. No sé cómo será criar al varón que las médicas dicen que llevo en la panza. No sé cómo se arma una familia extendida ni qué vericuetos requiere una crianza más colectiva. Tampoco sé cómo se construyen maternidades y paternidades en las que la sexualidad siga bailando. No sé cómo se habla sobre esto. Pero en esa estamos. Porque el lenguaje pasa a un segundo plano cuando el camino lo marca el deseo, cuando no se relega el afecto. Cuando logramos hacer cosas sin palabras (o, incluso, a pesar de ellas).

Viento en la cara

por Gabriela Bejerman

Llegó el día de entrar a estos recuerdos. Llegó el día en que me visto de prosa para arrancar de su guarida el miedo que durante años estuvo guardado en el sexo, en el *closet* del sexo. Hoy es una mañana en que estoy sola frente a un río muy vasto, aquí se hace más densa mi soledad, desde aquí puedo ver, como en un espejo, los años sufridos cara a cara con el placer. Los años en que construí una máscara para engañar a la felicidad.

Un primer párrafo, así es como se respira: alzando la vista para desviar la crudeza de las revelaciones que bullen, aceitosas, pestilentes, con sus ramajes turbios que andan en la crecida. La mecha que ya se encendió es la idea de que el deseo, ese hueso que supe roer, no fue un deseo sino de destrucción. La mecha que larga todo su humo adentro de mi nariz, haciendo arder mi garganta, prendiendo fuego el engaño. Durante cuántos años de mi vida creí en el deseo como en una religión, durante cuánto tiempo traté de hacer pie sobre un solo pie, y tambaleaba, y me reía cuando estaba a punto de caer. Detrás del miedo hay un deseo. Detrás del deseo hay miedo. Una de esas dos frases yo la dije, o la escribí, creyendo que la inventaba, que nadie la había descubierto antes que yo. Yo sonreía, frenética, desafiante, boba, porque creía que era dueña de una bandera que muchos agitarían conmigo y sería el emblema de nuestra felicidad. Pero el reverso era el jirón, la verdad de un color que solo iba a gastarse, o aún peor, a apagar a todos los demás hasta ya no tener color, porque un color solo existe al lado de los otros.

Es sabido que así son las verdades, arrugadas y quejosas. Se esconden tan bien que para meter una mano

y tocarlas no basta solo el tacto, no bastan un par de párrafos. Para tantear sus vísceras temblorosas habrá que cavar de a poco un túnel, una vagina auténtica que llegue al corazón de las cosas, donde hay humo, llanto y fantasmas de todo lo que supiste amar. Porque entre la farsa algo se amó, porque en puntas de pie también tocaba el barro y su gozoso vientre me dejaba las manchas que ahora al fin puedo degustar. Gusto a barro, gusto a concreto, un tamiz de chocolate, pis de tigresa, polvo de edificios derrumbándose y construyéndose al ritmo de la respiración del mundo.

Cuando tenía doce años yo quería ser señorita. Todo el tiempo esperaba ver mi bombacha manchada y recibirme de mujer. Se hablaba mucho entre las chicas, decían que te podías confundir pensando que era caca. Después, con una mini de jean, yo me miraba al espejo con la luz apagada. A contraluz, mi figura estaba bien, pero cuando la prendía, odiaba ese rostro que no quería tener, que no quería porque era feo. En la infancia también me miraba al espejo; recién salida de la bañadera, con todo el pelo hacia atrás, yo era un varón. La única diferencia entre femenino y masculino era el pelo, mi rostro no tenía género. A los diez me di cuenta de que estaba enamorada de una chica popular, mi querida amiga que decía malas palabras sin problema. Había llegado de otro país, sus padres se estaban separando. ¿Así que yo estaba enamorada de una chica? ¿O se podía asimilar como admiración, autoafirmación, títulos que los psicólogos usan para tapar esa cosa deforme que tocan con una pinza, la bisexualidad?

Recuerdo juegos fantasiosos llenos de invisibilidad. En plena infancia, imaginaba un baño de una colonia de vacaciones; yo era la maestra jardinera y los niños y niñas no sentían pudor de compartirlo porque eran chiquitos. Pero yo sí entendía la desnudez. O si no, una cámara latía sobre mi nuca, filmándome a los once

mientras me bañaba, inocentemente, y era espiada por mis compañeros de grado que juntos se regocijaban viéndome toda. En segundo grado, teníamos un juego con mi amiga Sol. Consistía en pasar imaginariamente entre las gradas de un estadio de fútbol atestado de masculinos (¿serían niños o adultos?). Llevábamos puestos vestidos transparentes y así ataviadas rozábamos, como sin darnos cuenta, las caras estupefactas de esos cuerpos inmovilizados de deseo. No nos hacían nada, nuestra provocación era más fuerte que todo. O jugábamos a Jaimito, el de los chistes verdes. Nos turnábamos para ver quién hacía de varón. El juego era mostrar el pito de repente, cuando nos topábamos casualmente haciendo pis contra un árbol. Guau, los juegos no eran de tocar, eran todos de transparencias, giros repentinos, mostrar y espiar desnudos invisibles. Pura imagen mental, fuego entre las piernas.

Cuando estaba en cuarto año del secundario, yo seguía enamorada de mi amiga popular. Me atraían sus piernas musculosas, ostentadas con un jumper recordadísimo que fue acusado por la rectora del colegio de "baby-doll". Su manera de fumar, su habitación con las paredes escritas, su soltura para adueñarse de su propia vida, su hombro asomando por una remera manchada sin querer con lavandina, su preferida.

En cuarto año yo escribía una frase en francés en mi diario. Era una frase cualquiera, pero significaba "pienso en ella, quizá me gusten las mujeres, la quiero besar, ¿seré lesbiana?". Todo eso pensaba y cabía, como contraseña, en una frase absurda en francés que nadie más que yo podía descifrar.

A esa altura, mi voracidad se había transformado en ranking. Por más que llegara borrachísima a casa, al otro día completaba la lista de hombres besados, con número, ciudad de origen y boliche. Todo muy ordenado. La lista crecía para mi orgullo, confirmaba que

yo era linda, porque si no, ¿quién me querría besar? La lista confirmaba que yo podía adueñarme de la gente, convertirla en pilares para mi existencia, pilares cada vez más sólidos. Cuando el diario se acabó, tuve que agregar una hoja extra. Hasta que llegué al número cien, entonces me concedí abandonar la lista. Algo ya estaba completamente confirmado. Pero esa cualidad de descarte que tenían los nombres que se iban reemplazando unos a otros no tenía nada que ver con la experiencia de las chicas.

Una noche fuimos con mi amiga a vagabundear por San Telmo. Nos emborrachamos, como era ley, en el bar El balcón, con algo que pegaba fácil: clericó. Después nos metimos en las veredas de 1810 y agazapadas detrás de un camión la agarré de la mano, me acerqué y cumplí mi deseo de años. Era riquísima su boca, tanto, que tuvimos que tomar un taxi a casa. Con temas románticos de los ochenta, música de telo, jugueteamos con los dedos ansiando llegar, a mí se me hacía agua la boca. Nos encerramos y arriba del sillón probamos qué se podía hacer con el cuerpo de otra chica. De esa parte no recuerdo nada. Pero cuando al otro día la llamé, le confesé que creía que me gustaban las mujeres. Para ella, en cambio, eso había sido la máxima expresión de nuestra amistad. Y nada más. Yo solo pensaba en repetir la escena, en el olor de su cuerpo caribeño, en zambullirme adentro de su pelo. Para mí no importaba que las dos tuviéramos novio, lo nuestro era un mundo aparte. Nuestro placer estaba fuera de la ley.

Hace unos días volví a verla. Ella vive en Suecia hace años, y está casada con un marxista machista. Mucho más machista que marxista, pero ella prefiere creer que es la esposa de un revolucionario. Las dos tenemos hijxs y fuimos al zoológico de Berlín, parecía que estábamos de ácido pero era el efecto del acuario y la locura de estar juntas después de tantos años, como si

nada. Al otro día, a miles de kilómetros, soñé que nos besábamos... En el sueño no había hijxs ni maridos. Fueron besos mágicos como los de verdad, besos sin tiempo, ni ley. En esa proximidad estábamos iguales que a los diecinueve, la mirada entrañable, los dedos enroscados, el secreto de la piel a punto de abrirse, a punto.

Podría avanzar en este texto contando cómo me enamoré de una chica por segunda vez y cómo por años fue una obsesión, malsana como todas, hasta que entendí que ella era simplemente mala. Cuando estaba enamorada de la chica mala, yo quería ser ella. Quería escribir como ella, quería tener sus tetas que no precisaban ningún corpiño, quería tener su bañadera con azulejos amarillos, sus jabones de glicerina... Qué divertido sería para ella tener semejante súbdita. Solo que en una fiesta besé a otra chica y después de eso ella plantó un Muro de Berlín entre nosotras. Mi fantasía de "vos y yo" duró poco, al tiempo fui reemplazada por alguna otra figura a quien fue muy divertido seducir hasta la esclavitud. Yo no era la única que comía gente, esa vez me tocó a mí.

O podría avanzar en este texto contando mi relación de noviazgo con una mujer, la única, que duró tres años y que pensé que no se parecería nada a mis relaciones con hombres, que sería mansa y bondadosa, compañera, pero en la que nunca resulté suficiente. Ella vivía alerta por si me fijaba en algún varón, como si tener novia fuera un desliz en mi prontuario. Le divertía provocar diciendo que no le gustaban las lesbianas sino las mujeres. Pero en realidad sufría, porque mi pasado bi significaba peligro. Que yo pudiera enamorarme de otra mujer nunca se le cruzó.

A ella también la vi hace poco, en una reunión feminista. Me pareció una persona extrema que en lugar de tratar de bajar un cambio se auto-altera como forma

de reforzarse. Esta vez se divirtió acusándome públicamente de heterosexual, como si yo no me hubiera animado a algo. Y otra vez más en la vida sentí que tenía que rendir examen, rendir cuentas. ¿Qué te gusta más? ¿Qué te gusta de verdad? ¿Es igual enamorarse de un hombre que de una chica? ¿Vas a serenarte, vas a elegir?

Una amiga nuestra decidió que no es más mujer y tiró las minifaldas del placard. Nadie se escandaliza por eso en nuestro ambiente. Pero formar pareja con un hombre después de haber estado con una mujer solo huele a traición y cobardía. Mi amiga que ya no es mujer —y ya sé que debería escribir mi amigx pero no soy tan moderna como para poner en el texto todas estas equis en las que ideológicamente creo—, mi amiga dijo "Gaby es bisexual", estaba defendiéndome. Más allá de las categorías, me sentí comprendida. Como si decir eso fuera una manera de ampliar la mirada hacia mí, más que catalogar una definición estricta para imponerme.

Y me casé. Bueno, no tengo anillo pero me casé. Nunca pensé que el matrimonio podía dar esta sensación de haber llegado a un puerto desde donde mirar el mar y bajar a la playa a zambullirme sola en mis aguas purificantes. Hay un faro en las noches, hay mareas, hay embarcaciones que vienen y van, hay tierra firme.

No tengo más esa ansiedad de comer cuerpos, dejé de desear desde la destrucción. De destruirme a mí, buscando afuera del núcleo auténtico. De destruir a lxs otrxs, con una lista-barril sin fondo. Me libré de ser humanamente voraz. Y no se debe al matrimonio sino al revés, pude casarme porque mi apetito se colmó. Encontré, enfoqué donde el deseo empalma con la ola del buen amor. Igual, cuando voy andando en bici me cruzo y detecto esos cuerpos de chicas que son mi estilo, con cachetes grandes, cara ingenua y masculina.

Esa mezcla de seguridad y debilidad que siempre me atrajo. Me alcanza con la mirada, no fantaseo nada, o casi nada, simplemente me sonrío y sigo pedaleando con el viento en la cara. El viento es todo mío, escucho las sirenas de los barcos que están por zarpar y sé en qué sentido girará la luz del faro esta tarde cuando baje el sol.

Tomboy femme o cómo se llega a ser lo que se es

por Laura Contrera

I heard that you like the bad girls honey, is that true?
Lana del Rey, *Video games*

Voy a hablar de Malena y del mes de octubre y también del de noviembre de 2004. Hablar de Malena es volver a *Orlando*, porque "las piernas, las manos, el porte era el de un muchacho, pero ningún muchacho tuvo jamás esa boca, esos pechos, esos ojos que parecían recién pescados en el fondo del mar". Todo es cursi cuando pienso en ella y no quiero adjetivarla, pero por lo menos Virginia Woolf y la metáfora de los ojos como pescados le da aires feministas a mi arte del romance añejado. La conocí preparando una marcha. En esos tiempos, las acciones por el aborto no eran tan masivas. Ella era troska, yo anarquista. Ella no sabía siquiera cómo me llamaba, yo solo quería quedarme cerca y respirar el aire que exhalaba mientras discutía apasionadamente en las reuniones previas. Yo, más bien muda e inmóvil, un personaje decorativo del que nadie se acuerda.

Durante octubre y comienzos de noviembre me debatí entre hablarle o acallar para siempre mi amor sin esperanzas. También pensaba mucho en cómo sería ser lesbiana. Aún no estaba familiarizada más que con algunas tortas *vintage* del barrio, de esas que usa(ba) n chaleco y pantalones flojos, de jean celeste. Me preguntaba entonces cómo sería abandonar el mercado del deseo conocido, ese que siempre me había sido más o menos esquivo: para la mayoría de los varones, las gordas no garpamos ni como premio consuelo,

si no es hacia el final de la infinita noche conurbana o estirada la madrugada en antros más allá de la General Paz, donde casi siempre nos exigen que performemos la gauchita obediente y agradecida de alguna fantasía machista. Lo cierto es que dudaba y no me convenía del todo la renuncia a algo que, aunque negado en su materialización, sentía que también me pertenecía de algún modo. Lo que yo quería era otra cosa. Aún no había escuchado el disco de Morrissey que tiene la canción de la chica casada que mira a las tortas de lejos: de todos modos, esa bien puede ser la música para ilustrar mi momento de indecisión. Todavía faltaba mucho para que me topara con una Virginie Despentes flaquísima y espléndida, tan *tomboy femme* con su remera de Hüsker Dü, declarando lo bien que le había hecho volverse lesbiana.

En fin, lo mío con Malena pudo haber sido la historia de un romance inesperado o de una salida del *closet* memorable, pero finalmente no fue nada. Porque decidí no dar el paso en la fiesta a la que —sentía— no había sido invitada. Tenía la impresión de que había fallado de antemano como lesbiana, de una forma que ni siquiera podía explicarme a mí misma. Y no quería militar en su orga ni claudicar Kronstadt o mi amor por la revolución española, pero menos que menos quería vestirme como ella ni escuchar la música que ella escuchaba, ni renegar para siempre de los varones, como se jactaban sus amigas, militantes excepcionales de faldas *hippies* y collares, radiantes de pureza en todo sentido. Pero era noviembre ya y también me gustaba un *punkie* vieja escuela con desvíos obreristas iguales a los míos.

Con él tampoco cuajó el amor, pero aún me saca una sonrisa recordar esa tarde en la carpa de Zanón, donde me *lxs* crucé a él y a Malena y advertí por primera vez que el deseo por *ambxs* era tan semejante —la punzada

en la panza, la desesperación por ser elegida— y, a la vez, tan distinto. Porque el deseo hablaba lenguajes excluyentes: escuchaba voces que me pedían promesas de identidad que —lo sabía bien— nunca podría mantener. No hace falta aclarar que todo esto es real porque pasó en mi cabeza: a ella apenas si pude saludarla mientras estampaba una remera roja con la leyenda “fábricas de pie” y con él solo intercambié algunas frases grandilocuentes sobre la gesta de los obreros sin patrones. La canción aquí sería otra de Steven Patrick Morrissey, pero esta vez de su banda The Smiths, de un disco que en ese entonces escuchaba muchísimo en mis viajes desde La Matanza hacia la ciudad: *love is natural and real/ But not for such as you and I, my love.*

Finalmente salí del barrio, me mudé, cambié de carrera y de trabajo, pero sobre todo transcurrí muchos años entre amoríos y encantamientos vanos. Yo, que me enamoro de nada —basta que me den la mano para ayudarme a pasar entre una marea feminista en una asamblea del 8M o que me hagan salir rápido del pogo violento unos brazos fuertes—, me perdí un poco en la búsqueda de un nombre para mis deseos recónditos, sin suerte. Creo que, sin proponérmelo, me dediqué más bien a escudriñar la feminidad que, sentía, me había sido negada desde la tosca cuna familiar. Negada por gorda, por no ser suficientemente linda ni tener los dientes arreglados ni saber callar a tiempo. Deseaba rescatar a la chica que fui, esa que no quería que se distinguieran sus formas femeninas bajo la ropa grande. Mis uñas siempre cortas y a veces bien pintadas. Nunca vestidos ni polleras, sobre todo con esas rodilleras gruesas que avergüenzan a la abuela siempre flaca que si no comés te atormenta, pero que te desapruueba sutilmente si repetís el plato. Sobre el cuerpo gordo y tapado podría hablar todo el día. Las citadísimas Susie Orbach y Virginie Despentes dicen, cada una a su

modo, que engordás para salir del circuito del deseo masculino avasallante que puede dañarte, que te dañó efectivamente.

Islandia en un video de Björk, así me sentí todos esos años. Capas de hielo inmóvil y movimientos subterráneos, intempestivos solo si se los mira desde un cierto plano. Y el fuego, claro. Lo que erupciona: "Impetuosa y frágil, ofrecida a las catástrofes", como dijo Michaux. El único recuerdo de la estepa patagónica donde pasé mi infancia que quiero conservar es el de la costumbre de pisar charcos congelados camino a la escuela. Y el crack, la hendidura, los ojos que se abren y ya no se pueden tener cerrados ante la inminencia de la congelación de los pies. Pero miento: también me acuerdo que cuando tenía ocho años jugaba a ser un varón. Una amiga y yo simulábamos ser los chicos que nos gustaban, los hijos de la directora de la única escuela del pueblo. Recuerdo que mi mamá, preocupada por la puerta cerrada y la inmovilidad y el silencio súbito que sobrevenían cuando entraba al cuarto, me preguntó si nos tocábamos o algo así que me avergonzó hasta lo insoportable. Lo negué todo, claro, pero lo indecible era confesar que yo quería ser el chico que me gustaba, que quería que me dejaran correr libre por el cerro que comenzaba en el patio de mi casa, subirme a las medianeras de ladrillo y romperme las rodillas del pantalón, sin culpas ni miramientos. Pero que sobre todo quería saltar, no a uno o a otro lado de la cerca, sino más allá de todo horizonte conocido.

Bi-MILF: Bisexual Mothers I'd Like to Fuck

por Malena Correa, Iris Luz Ortellao,
Ayelén Pandolfi Chediak

Se destruye la sexualidad de la mujer para cambiar la maternidad.

*Se somete a la mujer para organizar una procreación en la
asepsia libidinal,*

con cuerpos de mujer privados de sus deseos y de su sexualidad.

Casilda Rodríguez Bustos

Decidimos encontrarnos en este texto para narrar diversas experiencias sobre cómo se hace cuerpo aquel extraño entrecruzamiento entre las maternidades feministas y la bisexualidad, y cómo se habitan las contradicciones propias –y ajenas–. Decía Néstor Perlongher: "No queremos que nos persigan, ni que nos aprendan, ni que nos discriminen, ni que nos maten, ni que nos curen, ni que nos analicen, ni que nos expliquen, ni que nos toleren, ni que nos comprendan: lo que queremos es que nos deseen". Nosotras queremos lo mismo pero no sin advertir que pensar el deseo desde las maternidades bisexuales feministas implica interpelar sus matrices y las del cuidado.

1

Cuando nombramos, la multiplicidad –caótica y diversa– se organiza en torno a un sentido. Reconocerme bisexual fue la posibilidad de apropiarme de mi deseo, expandir con potente alegría mi cuerpo y colmarlo de afectividades libres y placenteras. Ojo, que esto no implicó vínculos descartables ni mucho menos: tuve relaciones muy sinceras y amorosas al mismo tiempo.

Pero el deseo no se agotó allí. Luego de mucho andar me encontré, no sin contradicción, en otro deseo también propio. Quería acompañar la vida desde su nacimiento. O quizás algo un poco más *hippie* en mis primeras divagaciones. La idea era recuperar algo que tal vez entre tanto amor instantáneo y tanta diversidad apremiante se me había olvidado: el compromiso con la vulnerabilidad de la vida; reconocer sus tiempos, acompañar silenciosa y sostener hasta que madure y crezca sola. Preservar y perseverar son anagramas fallidos que bien podrían pensarse en comunión: resguardar la vida en su constante renacer cíclico. De hecho, transitar el embarazo fue lo más parecido a trascender que he experimentado: ser por y para otre, ser una con la otredad-mundo, con el entorno; es una meditación presente junto a mis pasados; es esa canción de Me darás mil hijos que tanto te gusta, frente al mar, inmenso, y tu pecho abriéndose hasta el horizonte.

Soy capricornio, signo de tierra. Y fue justo allí –a varios kilómetros de aquí–, donde a través de su contacto diario encontré mi rostro maternal. Y sembré la semilla. Ya la batalla por el reconocimiento bisexual me había enseñado que los estereotipos solo te quieren callada, son figuras que usa quien no te entiende, para neutralizar ese deseo que perturba y volverlo objeto de sumisión en una estructura que no te beneficia o, por lo menos, que no se siente como propia. Las críticas pueden venir hasta de tus afectos más cercanos. Pero cuando sabés lo que querés, cuando definís tu deseo, no hay fuerza mayor que se le pueda interponer. Ahí re que me olvidaba de las desigualdades estructurales. No, solo delimito el campo de batalla. Justamente un deseo que desentona con sus expectativas tiene la potencia de subvertir la estructura entera –convengamos que los tiempos de tomar el palacio de invierno ya pasaron hace mucho; hoy las revoluciones se hacen en las

calles, en las casas y en las camas–: aunque no lo crean, maternar también es un acto político. Quienes nos movilizamos desde la búsqueda del placer –propio–, pero también del complacer –a otre/s–, entendemos que solo hay una forma de moverse: hacia allí –sea lo que sea allí–. Vivimos en un mundo binario y, encima, adultocéntrico. Nombrarme bisexual y madre atrae mucha chismosidad. Feminista principalmente, porque la lectura de sentido común sobre la foto con cría en las redes sociales es “te recuperaste” o piensan que te vendiste al enemigo. ¡Ja! Claro que no. Madre no hay una sola. Menos, siendo bisexual.

2

Con la maternidad me pasó como con la bisexualidad: a mí nadie me avisó. Desear no es grácil ni liviano ni placentero por defecto. Nadie me avisó cuando decidí habitar el deseo bisexual y nombrarme como tal que eso iba a implicar un duelo por la comunidad lesbiana que me había alojado durante más de una década; como tampoco nadie me avisó que gestar y maternar eran el altílo del feminismo. En el altílo se guardan los cachivaches. “Cachivache” es una palabra pasada de moda. La maternidad también, pero yo nunca fui *cool*.

No creo que ningún deseo sea pre-discursivo. Desear ser madre y ser bisexual me llevó mucho tiempo de reflexión pero, por sobre todo, implicó el compromiso de poner el cuerpo para materializar aquello en lo que había pensado.

Cuando era piba quería tener hijxs después de convertirme en profesional porque no quería limpiar baños ajenos como todas las madres de mi árbol genealógico. También proyectaba un departamento propio en el centro y un novio flaco. En el barrio, todas deseábamos parecido, muchas querían tener un marido que entrara a la General Motors o a la planta permanente

de la Municipalidad de Rosario. La clase y el género prefiguran nuestros deseos. En cuanto tuve acceso al capital simbólico e intelectual que me permitió pensar ambas categorías, el deseo de maternar se convirtió en una controversia insoportable. Pero seguía ahí.

Para mí el lesbianismo fue una identidad de transición. A los quince años vi a un par de tortas en un programa de Gastón Pauls que estaban buscando un embarazo mediante inseminación artificial y me di cuenta de que no tenía que duelar la maternidad aunque algún día tuviera parejas mujeres. Entonces le comuniqué a mi familia que era lesbiana. El lesbianismo no lo sostuve. El deseo de gestar, parir y maternar sí.

Por un motivo u otro siempre he sido candidata para el mote de "traidora". Abrazamos desde gran parte de los feminismos la consigna "biología no es destino" pero la posibilidad de entablar un vínculo erótico y/o afectivo con alguien con pene nos ha valido sentencias como "te acostás con el opresor". Como si todas las personas con pene fueran varones, como si todos los varones fueran opresores, como si todas las vulvas fueran aliadas, como si yo no fuera feminista. Esto, por un lado, jerarquiza los deseos y, por otro, nos lanza a un feminismo de la diferencia que, además de ser anacrónico, nos remite a las bases de la transfobia dentro del movimiento.

En el mismo orden que el párrafo anterior, leo la experiencia durante el XXX Encuentro Nacional de Mujeres cuando un grupo de compañeras feministas pintó un grafiti que decía "Pare de parir", que luego vi retratado y celebrado en las redes sociales. Nunca entendí la potencia política de reapropiarse de un eslogan promovido por el evangelismo brasileño para decirnos qué desear pero en clave feminista. Nos indican parar porque hay experiencias sexuales que siguen siendo una amenaza aún para quienes no las encarnan.

Cuando cuestionamos la maternidad obligatoria nos olvidamos de una parte: la de las maternidades deseadas. No es casual que las movilizaciones contra la violencia obstétrica, difundida práctica de tortura por parte del sistema médico hegemónico, no convoquen ni una décima parte de lo que consiguen las marchas por el aborto legal, seguro y gratuito.

Cuando naturalizamos la eugenesia del deseo dentro de los movimientos de las disidencias sexuales y feministas estamos queriendo, parafraseando a Audre Lorde, desmontar la casa del amo con las herramientas del amo. Y esto suele traducirse en una lógica de castigo. Esto se ve, por ejemplo, cada vez que una mujer o lesbiana madre se queda fuera de una asamblea porque no están establecidas las tramas de cuidados colectivos: "no cuidar es un privilegio", dice Alicia Murrillo Ruiz.

Yo concebí, gesté y crío con una mujer y me gusta. Publico fotos y videos de nuestra vida juntas aunque sé que esa cantidad de posteos es inversamente proporcional a mis posibilidades de coger con otros. Si el mito indicaba que siendo bisexuales duplicábamos nuestras posibilidades de coger, la maternidad lo anuló en mi vida por ley cancelativa.

Para escribir este texto tuvimos que pagarle, mi compañera y yo, a alguien para que cuide a nuestro hijo. Que nos deseen y nos lean: las maternidades feministas existimos y resistimos. Sin la colectivización de los cuidados la revolución es para poques: el goce, también el de criar, lo bancamos entre todes.

3

Bisexualidad y maternidad. Estas dos palabras hablan de deseos; y nada presenta una mayor potencialidad contrahegemónica y desafiante que nuestros deseos disidentes; esos que cuestionan y desafían al

heterocispatriarcado y desdibujan de múltiples maneras las dicotomías esenciales (lo público y lo privado, lo masculino y lo femenino, lo *gay*, lesbiano o heterosexual).

Pero estas palabras hablan también de identidades, ambas nos enuncian, y lo hacen desde las antípodas; una, de eterna invisibilizada, y la otra, de eterna enunciadora: porque la identidad bisexual conlleva un constante salir del armario (o no, que el *passing* también puede ser un lugar seguro, y no siempre la *bisivilidad* vale el esfuerzo) y toda una historia de falta de reconocimiento. Mientras que la identidad "madre" constituye una categoría de la cual no es posible correrse: un estatus que, una vez adquirido, no es posible mudar, ni aún ante la muerte de lxs hijxs; y que incluso llega a hacer desaparecer el estatus de "persona" al trocarlo por el de "madre". Cuando se habla de "mortalidad materna" se hace referencia a las muertes por causas obstétricas durante el embarazo, parto o puerperio de una persona gestante –quien posiblemente nunca haya sido madre– pero el lenguaje, de manera no inocente, se apropia de este evento para definir, incluso, a quienes pasamos por experiencias tan opuestas a la maternidad como la interrupción voluntaria del embarazo. Así se reafirma aquello de que "ser madre" es el destino inherente de las personas que nacemos con útero.

Cuando nos enunciamos como bisexuales se nos pone automáticamente en cuestión: que si es una fase, que si no estamos segurxs, que si somos lesbianas no asumidas y algunas otras variantes dependiendo del ojo que mire y juzgue. Pero, independientemente del argumento utilizado, el denominador común es la negación de la identidad bisexual; en cambio, al nombrarnos como madres, es tal el peso identitario que borra cualquier otra singularidad que podamos portar y que,

en el mejor de los casos, pasa a adornar al sujeto "madre": madre soltera, madre trabajadora, madre luchona, etc.

Lo cierto es que ambas identidades son relacionales, están definidas en cuanto existe unx otrx que se materna o se desea sexualmente. Pero mientras que una es la identidad definitoria por excelencia, la otra es constantemente puesta en duda. Y, sin embargo, a mí me pasa, con ambas, exactamente lo opuesto: mientras que mi deseo sexual fluctuante nunca fue una fuente de conflicto o duda, el deseo de convertirme en madre siempre fue motivo de auto-cuestionamiento: había algo en la idea que no terminaba de resultarme apropiable, ni aún luego de varias sesiones de terapia dedicadas al tema. "Pero vos, ¿qué querés?", me preguntó mi psicóloga, tal vez cansada del rollo de deseo versus mandato en el que parecía atrapada y, sin aclararme: "Yo quiero criar a alguien", le respondí. Y en ese momento quedó claro que no sería, no soy, ni quiero enunciar como madre. En todo caso, –y eso sí– soy la madre de mi hija. Porque así como me rebela que no se nos permita decidir sobre nuestros propios cuerpos sin recurrir a la clandestinidad o a causales que nos convierten en víctimas (de procesos biológicos que ponen en riesgo nuestra salud integral, o de violación), así también me subleva el ideario opresivo del patriarcado que pretende que todo lo que somos, y que hasta la fecha en que tuvimos hijxs nos definía, quede subordinado a la categoría principal de madre. A la maternidad accedí con 40 años. Con mi hija nos adoptamos hace casi dos y este ha sido –y es– un proceso gigante, complejo, hermoso y muchas veces aterrador, que comenzó bastante tiempo antes de que se concretara: primero fue la idea de que si alguna vez tenía hijxs (y sobre todo si era de manera compartida) sería mediante la adopción (en ese momento me

pareció la manera más feminista de encarar el proceso de maternidad-paternidad, ya que desde su inicio coloca en igualdad de condiciones –frente a su hijx– a quienes asumen estos roles). Y vaya si esto conlleva ponerle el cuerpo. Como a la bisexualidad.

Por eso, mientras preparamos la revolución desde la radicalidad de la diferencia, mientras elegimos nombrarnos bisexuales ante una sociedad y una cultura patriarcal y binaria –que trata de conjurar nuestros deseos y a la vez tornarnos sujetas, en tanto existe(n) otra(s) persona(s) que son nuestrxs hijxs–, repetimos, a modo de ritual conjurador, que lo personal es político; que las alianzas heterogéneas son estratégicas; y que nuestros reclamos, deseos y maternidades son anticapitalistas y antipatriarcales. Siempre.

Mantenernos inquietxs

por Agustina Herrero

Pero en la mayoría de los casos la mejor y más radical táctica será rechazar entrar en el juego de la violencia espectacular, retirarse del área del simulacro, desaparecer.

Hakim Bey, T.A.Z. (Zona Temporalmente Autónoma)

Para ser fiel a un modo que, creo, me salvó la vida prefiero pensar un relato que rodee el feminismo y la sexualidad a partir de preguntas incisivas. Lejos de la conclusiva sensación: “ay qué hermoso, otro mundo es posible”, prefiero pensar un relato que nos ayude a mantenernos inquietxs.

Siento que mi vínculo con el feminismo se remonta al 2003. En aquellos años, claro, los feminismos eran otra cosa. Tenían otra sustancia, otros debates, otros modos de ser, pero en algún punto hay un nudo común entre aquellos feminismos, los que existen hoy, y el que yo creo habitar. Era una época en la que mucho en Argentina estaba dado vuelta y nosotrxs también. Hacía unos meses se había muerto mi mamá, y en mi barrio existía una de las tantas asambleas que se armaban (y desarmaban) cada semana. La recuerdo como una experiencia política loquísima: llena de cruces generacionales, ideológicos, de clase y con una variedad de lecturas sobre la coyuntura tan amplia y fluctuante, que se me hace imposible describirla en pocas oraciones.

Por esos años la exploración sexual en los espacios que habitaba no era un problema. Todo lo contrario: constituía una especie de orgullo. Aunque algo de la lógica de gente *que sí* y gente *que no*, la lógica de incluir/excluir, se hacía presente. Pero como todo estaba

tan revuelto, besarse, coger, enamorarse o tocarse con otros cuerpos (fueran o no del mismo género/sexo que el tuyo) no era algo muy complicado. De hecho, era una búsqueda y una práctica bastante habilitada.

Como cada trama de encuentro vincular y afectivo, esta tampoco exenta de relaciones de poder en tensión: siempre presentes *lxs mainstream del under*, que accedían más fácilmente que otrxs a esa circulación; siempre por los mismos privilegios que el hermoso capitalismo marca: cuerpos hegemónicos (flacos, sueltos, sin vergüenza); siempre con seguridad yendo al frente, aparentando no tener muchos problemas de autoestima, haciendo bandera de poco enrosque y mucha actitud. Al capitalismo y sus formas, lo emo (el padecimiento) le gusta que sea en su justa medida: la medida de la productividad (productividad de bienes, productividad de relaciones de poder, productividad de estereotipos consumibles, productividad del marketing). De angustias, sustancia, valores, conflictos y cuidados mejor no hablemos.

En ese mar de tensiones y adolescencia me vinculaba con chicos y algunas chicas, con bastante curiosidad y deseo.

Hay una forma en la que, con los años, me empecé sentir más cómoda. Con los años y mucho trabajo con psicoanalistas (Defiendo esta práctica. No creo que a todxs nos resulte, pero la defiendo.) Una forma que implica no querer estar ni adentro ni afuera, una forma que disputa la lógica de inclusión/exclusión. Un lugar construido en contra al exitismo del afecto, donde se repudie el aplauso a quien le sale fácil lo que este mundo calcula como éxito (aunque este cálculo a veces me dé a mí también el visto bueno). Una forma que intenta correrse con decisión de la lógica admiradora/admirada. Qué feo el mandato de la univocidad de la sexualización. Qué feo sentirse mal por no haber garchado

a los 15 años, o sentirse bien por haberlo hecho. Qué feo sentirse afuera de lo que el tiempo y el espacio que se habita marcan como *lo bueno*, lo que hay que hacer y alguien no accede a ello con la facilidad con la que otrxs sí.

No sé si me es fácil llamarme bisexual, como tampoco me sería fácil llamarme lesbiana. Hay algo de ese nombrarme que no me termina de resultar. Pienso en torno a la identidad como posicionamiento político y, desde siempre, me surgen muchas preguntas: hay muchas ideas se van tejiendo con el correr de las experiencias individuales y colectivas, y algunas pocas respuestas van apareciendo.

Advierto que tener un deseo fluctuante tiene algunas particularidades que, en ciertos casos, presentan un problema y, en otros, presentan algo que puede ser leído como "beneficio". No soy "lesbiana de cuna" (es un chiste, porque "de cuna" nadie es nada) y supongo, o proyecto desde mi odio a la heteronorma, que no debe haber sido nada fácil transitar el deseo lésbico en los tiempos en los que el feminismo no vendía remeras y en los que la visibilidad era (y solo quizás en la justa medida de poder ser televisable) un privilegio de los varones cis *gays*. Circular por fiestas heterosexuales siendo lesbiana, convivir con símbolos, proyectos, imaginarios y fantasías solo marcados por el compás de la heteronorma, sin haberlo vivido, lo imagino con una bronca u asfixia insoportable. Y qué decir de la violencia explícita y física constante. Es inimaginable para nosotrxs, lxs que en algún momento caímos bajo el yugo de la heteronorma y nos cargamos sus privilegios al hombro.

¿Es fácil salir a cenar y besarse en la mesa con un chico? Sí, pero también puede ser bastante opresivo. Y no por el chico, sino por toda la performance que implica ser leída como heterosexual. La escena que se

monta cuando transitás en el espacio público con un varón cis: desde que llega el pan, se prueba el vino y se pide la cuenta... Todo un embole de hábitos enquistados. Es bastante difícil correrse de esa representación. Del otro lado, salir a cenar y besarse en la mesa con una chica, ¿puede implicar ser violentadas? Sí, siempre es una posibilidad latente. No ser leída como heterosexual efectivamente tiene otras implicancias.

Tuve muchos novios, algunos de ellos también pensaban su bisexualidad pero en un momento se bajaron del tren. Algunos garches de a tres con unas parejas; las sustancias que nos gustan y siempre ayudan a abrir un poco la puerta; y la llegada del enamoramiento fallido con una chica, que te deja el corazón algo roto pero el horizonte con más posibilidades.

Me gusta coger con chicas, sí, un montón. Me gusta coger con chicos, sí... cada vez menos, pero eso es algo que varía. Me enamoré de chicos, sí, un montón. Me enamoré de chicas, sí, también un montón.

Piel de durazno

por Agostina Invernizzi

Durante mucho tiempo pensé que la relación perfecta era de a tres. Conocí a Julia y a Martín en las clases de teatro. Nos propusimos inventar una escena y así fue como llegué por primera vez a su casa. Vivían en Banfield, a veintidós cuadras de la estación. La escena nunca me importó demasiado, yo solo quería estar cerca de Julia. Cuando nos conocimos le pregunté su nombre, lo dijo desde el principio hasta el final y agregó, "apellido cortito alemán".

Estrada 1776. Dos combinaciones en subte, el tren Roca y de vez en cuando un colectivo. En algún momento el asfalto se transformaba en tierra y el aire cambiaba. Se volvía más espeso, más húmedo. Para llegar había que doblar en la esquina donde estaba el sauce eléctrico. La casa, algo escondida, tenía un portón de madera. Ellxs vivían en la planta de arriba y abajo tenían el taller con la imprenta. Cuando llegaba siempre me recibía el perro ladrando. Todos los objetos me llamaban la atención. Pasábamos horas mirando las paredes del pasillo forradas con un collage que no tenía principio ni fin y nos causaba gracia la idea de que se expandiera por toda la casa. A veces, recortábamos imágenes o nos divertíamos buscando figuras.

Esa tarde todo comenzó al ritmo de *Ballet mécanique* y otras películas de vanguardia francesa. Les encantaba que hablara de cine. Nos sentamos lxs tres en la cama y nos sumergimos frente a la pantalla. Yo estaba en la punta, bastante cerca del televisor. Julia en el medio. Martín del otro lado. Cada tanto me gustaba comentarles algo sobre lo que estábamos viendo. Julia se re-costaba, se levantaba, iba a buscar caramelos y yo la sentía cada vez más cerca. Pausa. La película terminó

y comenzó *Entr'acte*. En ese momento las imágenes y el sonido se convirtieron en un telón de fondo. Miré a Julia y nos besamos. Ella besó a Martín y nos besamos los tres. Era la primera vez que sentía el calor de dos lenguas al mismo tiempo. Esa escena que yo tímidamente había imaginado y que no tenía nada que ver con lo que estábamos planeando para la clase de teatro se materializaba.

Me convertí en habitué y huésped de honor de su morada como mínimo una vez a la semana. La excusa para quedarme a dormir era el horario del tren. Yo siempre llegaba alrededor de las seis de la tarde, y después de las doce el tren ya no pasaba. Estábamos en primavera, dormíamos con una sábana ligera. Un aire pueril entraba por la ventana que estaba detrás del respaldo de la cama. Julia siempre se ubicaba en el medio. Una vez Martín se quedó hasta tarde tocando la guitarra con un amigo en la habitación de al lado. Julia y yo nos acostamos. Esa noche estuvimos solas por primera vez. Nos alumbraba un hilo delgado de luz que entraba por debajo de la puerta y algunos reflejos que llegaban desde la ventana. Sin embargo, percibía el cuerpo de Julia como un territorio conocido, como si hubiese estado ahí desde hace mucho tiempo. Su pelo tenía olor a aire. Rocé mis labios y mis mejillas con su hombro. Me recordaba a un durazno.

Disfrutaba quedarme a dormir y que desayunemos en la cama. Me cocinaban espárragos, ñoquis y todo lo que más me gusta. Me enseñaron a grabar. Por primera vez sostuve una gubia en mis manos. Julia me regaló un grabado que elegí. Estuvo colgado en la pared de mi living hasta hace unos meses. En él se veía a Martín sentado sobre una piedra dibujando.

No recuerdo exactamente cuánto tiempo salimos. Quizás unos meses, o tal vez un año. Julia y Martín ya no están juntos. Hace poco la encontré en un antro de Barracas. El tiempo se detuvo en un instante que no perturba.

La cuestión numérica

por Julia Martinez Heimann

El primer recuerdo es el de un espejo: estar mirando, a derecha e izquierda de mi imagen, a un hombre y a una mujer, observándome. "Puedo ir con Mariano", había dicho Silvina esa tarde cuando nos besamos y quedamos en vernos a la noche. Y ahí estaba él, con sus ojos brillantes casi transparentes, siempre desaliñado, con sus manos enormes de pintor. Y ella, erótica y mala, como seguiría siendo, descuidada y dañina, pero toda una revolución para alguien que apenas había dejado atrás la adolescencia. Fue un tiempo de descubrimientos. El tacto, los sonidos, la felicidad del encuentro de los cuerpos, de las posibilidades hasta entonces no imaginadas del sexo. Lo que comenzó siendo una aventura se convirtió rápidamente en un vínculo cotidiano. La alegría que sentía me llevó a intentar explicarle a mi madre lo que estaba viviendo. A ella, sin embargo, no pareció gustarle demasiado. Claramente, yo tenía mucha confianza en nuestra relación, porque mi salida del *closet* fue pretenciosa y exigente. Por su reacción entendí que lo que le contaba era mucho. Una mezcla de preocupación por la cuestión numérica, lo que ella entendía como una falta de claridad en la dirección de mis sentimientos y, lo peor de todo, la presencia de una niña –la hija pequeña de S y M– hacían que mi madre percibiera mi nueva situación sentimental como caótica, irresponsable y riesgosa. Una frase conocida, repetida luego hasta el cansancio, se hizo presente entonces: "todo no se puede".

Demoré unos quince años en entender lo que quería decirme. Pero ya al final del invierno siguiente intuí

que alguna razón tenía. Yo no solo continuaba mi relación con M y S sino que, además, me había mudado con S y su hija. Para entonces, mi madre estaba dispuesta a convertirse en la abuela de aquella niña a la cual yo buscaba en el jardín de infantes algunas veces por semana y con la que compartía las cenas y desayunos de todos los días. En un principio no había entendido la magnitud del asunto en el que me embarcaba, pero lo cierto es que a mis 21 años esta nueva situación familiar no terminaba de convencerme.

S y M no solo fueron mi primer vínculo que involucraba a más de dos personas, fueron además mi primera relación abierta. Estar con ellxs era también sentirme libre para estar con otras personas, compartir cuánto me gustaba una chica que acababa de conocer o seguir teniendo relaciones con mi ex, convertido en mejor amigo. Con ellxs empecé a pensar de otra manera los vínculos afectivos. Comencé a practicar, y también a defender, un poco prepotentemente, otras formas de vincularnos amorosamente. Pero entre el entusiasmo y el vértigo todxs descuidamos cuestiones básicas de nuestra relación. En un momento en que la "responsabilidad afectiva" no era una idea que circulara, nosotrxs, jóvenes y soberbixs, no parecíamos estar dispuestxs a ceder lo que considerábamos nuestra libertad. No tardaron en aparecer las discusiones y luego también los maltratos. Decidí, entonces, dejar de ser parte de la relación de a tres, no quería estar más en medio de sus peleas. Sin embargo, seguí viviendo y estando con S hasta que un nuevo episodio de violencia, esta vez dirigido a mí, hizo que me alejara de ella.

Si cometí algún pecado de abandono –pienso en la hija de ellxs– me excusé en mi juventud e inmadurez. Mi madre me ofreció un lugar provisorio en su casa y ayuda económica para pagar las sesiones de terapia a las que había accedido, una vez superada la ira que me

había provocado pensar que quería "psicologizarme" por mis decisiones en materia de identidad sexual.

Me costó un buen tiempo encontrar una analista. El problema fundamental al que me enfrentaba era que, luego de comentar algunas cuestiones sobre mis vínculos sexoafectivos no demasiado determinados en cantidad y calidad, lxs profesionales se obsesionaban e insistían, hasta el cansancio, en hablarlo. La bisexualidad y las relaciones abiertas eran, para entonces, decisiones tomadas y no tenía ninguna intención de ponerlas en cuestión. Incomprendida y enojada me fui dando portazos de varios consultorios hasta que llegué al de C, a quien básicamente no le interesaron demasiado mis historias provocadoras, ni que no lograra combinar un día y horario estable para encontrarnos. Me acompañó sin dar lugar a los prejuicios o al sentido común que habían dominado mis frustradas experiencias de análisis previas. C, sin embargo, parecía tener algunos puntos en común con mi madre, como por ejemplo, cuestionarme por lo que ellas no dejaban de llamar el *todo*.

Tuve que volver, entonces, sobre el tema del *todo imposible*. Esa frase que yo leía como un cuestionamiento a la forma de vivir mi sexualidad y mis vínculos amorosos. Pude entender, en algún momento, que ambas me hablaban desde un lugar de respeto y de cuidado, hacia mí misma y hacia lxs otrxs. Yo entendí que me hablaban de las decisiones y de la responsabilidad de los actos en un sentido vasto, y mi madre entendió que las elecciones sexoafectivas podían ser mucho más amplias. No volví a ver a S y M, pero mis vínculos continuaron siendo, cada vez que quise, múltiples y abiertos, y yo intenté ser, con mayor o menor éxito, más consciente del cuidado que las relaciones implican.

Unos días antes de morir, de suicidarse, mi madre decidió espantar por unas horas a los demonios que

la perseguían para acompañarme de una manera muy especial. Había almorzado con ella y con mi hermano, y yo me despedí para ir a Plaza de Mayo, a la Marcha del Orgullo. Fui sola ese año, no había podido combinar nada con nadie. Una hora después, mi madre y mi hermano llegaron también a la Plaza. Caminamos juntas por Avenida de Mayo, abrazadas. Yo con el brazo sobre sus hombros, como hacía desde que había superado su altura. Llegamos hasta la concentración, nos sacamos una foto hermosa, volvió la nube negra que la perseguía y decidieron volver a la casa. Ahí se quedó conmigo igualmente, con la claridad de su presencia fugaz. Conmigo, como elija ser.

El miedo es información

por Julieta Massacese

Tengo 28 años y tengo novio. En principio no parece una novedad digna de ser contada, salvo por el hecho de que tengo novio luego de más de una década. Diría, luego de más de una vida, pero tuve un novio a los 17 por dos semanas. No, en el medio no fui monja: en los once años que se dieron entre un novio y otro salí exclusivamente con mujeres, ya fuera como amantes, novias a largo plazo o experiencias de una noche. Hace un par de meses comienzo a tener novio. Me doy cuenta que entonces soy bisexual, porque evidentemente he expandido mi rango de gustos y creo que si las etiquetas sirven para algo es para describir mínimamente la experiencia y compartirla. La gente que me rodea, que comparte cierto asombro conmigo, bromea con que ahora soy hetero y me río también. Descubro una primera característica de la bisexualidad: no se ve. Un hecho sobreimprime la historia de los otros: si siempre saliste con tipos y de repente salís con una mina, sos torta; si siempre saliste con minas y ahora salís con un tipo, sos hetero.

Advierto con satisfacción que a una buena parte de mis contactos no les molesta para nada mi nueva elección de objeto. Otras voces se muestran algo abatidas, quizá decepcionadas: *pero es que te costó tanto ser lesbiana ¿y ahora?* Ensayan una melancolía que podría sentir pero que no me persigue, por lo menos aún. Me enternecen un poco, les cuento cómo lo vivo, nos entendemos. Como era de esperarse, a mi corta edad como bisexual los verdaderos reclamos vienen del lado activista. Que la bisexualidad es binaria, que es *infértil políticamente*, que pertenece al mundo hetero. Me invade

una mezcla de vergüenza ajena y desolación. En serio: ¿cuál es *exactamente* el argumento cuando alguien dice que la bisexualidad es binaria? ¿Y por qué —como pregunta Julia Serano— ser bi resultaría más binario que ser puto o torta?

Hacía un par de años que estaba en crisis con el activismo lésbico y su no-pocas-veces-confesada supremacía identitaria (*la vida es corta, hacete torta*). A la vez, me llamaba la atención que temas como el cissexismo y la transfobia, la bifobia, la gordofobia, los problemas de violencia y adicciones, entre muchos otros, no despertaran la reflexión comunitaria. Mi desacuerdo respecto a prácticas y estéticas activistas me alejó lentamente de los espacios políticos y sociales de lesbianas. La lucha identitaria personalmente ya no me colmaba. Esto facilitó que abandonara la categoría de lesbiana, junto con la idea de que, a fin de cuentas, una no lucha solamente para ser, sino para decidir. ¿Cómo no disfrutar también un poco del sencillez hecho de dejar de ser la que se era? Sin embargo, dejar de ser la que era implicó que me sintiera desorientada más de una vez. Tengamos en cuenta que, en lo que respecta a tener novio y ser leída como una mina hetero, carecía casi por completo de experiencia.

Un poco como esas chicas de las películas del cine comercial sobre lesbianas. El argumento siempre es el mismo: dos chicas cis, heterosexuales, se enamoran. No poseen antecedentes homo, no tienen ninguna herramienta ni tampoco la buscan (no apelan a ninguna comunidad, ni siquiera *googlean*). En el medio pasan por distintas emociones: un ciclo de vergüenza/negación, confrontación con el medio, aceptación/orgullo. Luego el amor triunfa y termina la película. En mi caso, cuento con ventaja: para empezar, googleo, y mucho. Además, conozco el trabajo de Bisexuales Feministas. Aun así pienso que hay muchos imaginarios sobre cómo

volverse *gay* o lesbiana, pero pocos sobre alguien que cambia su orientación sexual siendo primaria y afirmativamente homosexual.

Advertirme bisexual me permitió exorcizar algo de la bifobia internalizada que tenía. Sí, la tenía, la advertía y también sabía que tenía que ver con mis propias inseguridades como lesbiana. Hoy en día muchxs prefieren decir "x-odio" en lugar de "x-fobia". Comparto la idea de que esos tipos de violencia poco tienen que ver con miedos irracionales e incapacitantes de índole inconsciente, pero rescato la idea del miedo para explicar algunos de los aspectos que encierran estas formas de odio. En particular cuando la violencia no viene de afuera, como cuando una siente algo con respecto a su identidad que se parece a la vergüenza y que se recubre de temores.

Cuando era lesbiana, creo que mi mayor temor respecto a las bisexuales era que, si me dejaban por un varón, se pusiera en evidencia que *efectivamente* lo que teníamos era una relación de segunda. Este miedo era tan fantasioso como razonable: en muchos aspectos ser lesbiana estaba infravalorado. Los años me enseñaron que nadie —bisexual, lesbiana o hetero— está a salvo del abandono ni del desamor y que sí, de última, alguien realmente me dejara por motivos de conveniencia social, el origen del drama se hallaría más bien en mi propia falta de puntería. El problema, entonces, cuando era lesbiana, no era tanto protegerme de las bisexuales, sino de mi propia lesbofobia: comprender que yo valía por lo que era. Quizá esas sospechas respondían también a un temor muy personal a ser bi, como esos homofóbicos que después son putos. Cuanta más experiencia una tiene, más se da cuenta de que los miedos en realidad hablan más de una que de las personas a las cuales se teme. Y que incluso, un día cualquiera, una se convierte en una de esas personas.

Transexualidad y orientación sexual

por Emilia Victoria Matos

*Todo lo que concierne al lenguaje, a la ciencia y al pensamiento,
se refiere a la persona como subjetividad y a su relación con la
sociedad.*

*Y no podemos dejar esto dentro del poder de la mente hetero,
o sea del pensamiento basado en la dominación.*

Monique Wittig, El pensamiento heterosexual

Existen dos aspectos que se confunden mucho: la orientación sexual y la identidad de género. Estas no están ligadas y son independientes. La vivencia íntima e interna de tu género y de quién sos o querés ser no tiene nada que ver con el objeto de tu deseo (es decir, a quién amás o querés amar y cuál es el sexo/género de esa persona). El psicoanálisis nos explicó un poco cómo se forma este deseo, y lo primero que se desprende de esa explicación es que no hay nada innato, que la sexualidad se descubre. Durante años, las corrientes freudianas pecaron de heteronormatividad y binarismo, hoy le están dando una vuelta de tuerca más a esto. Sin embargo, es de esperar que la cultura haya tomado elementos del psicoanálisis y los haya naturalizado: porque la ciencia es funcional, también, al sistema opresor. Es decir: hay modos y formas de vincularse que se constituyen como legítimas y otras que se constituyen como anómicas; ni hablar de aquello que, alejado de la heteronorma, fue clasificado, durante mucho tiempo, como enfermedad mental o "psicopatología". Estos discursos decimonónicos y arcaicos no se pueden tolerar en un nuevo milenio que promete muchas

cosas. Para echar luz al asunto quiero aclarar algunas cuestiones: en términos generales, una relación de un hombre con una mujer trans es heterosexual; una relación de una mujer trans con una mujer cis es lesbianismo; una relación de un hombre trans con un hombre cis es una relación homosexual.

Entonces, ¿en dónde aparece la bisexualidad?

Vale aclarar que la sexualidad no pasa por lo genital sino por muchos otros lugares a explorar del cuerpo propio y de la persona que estás amando y deseando. Somos sujetxs deseantes y deseables, desde ese punto de partida se desprende lo demás. No existen limitaciones. Es importante aclarar que la sexualidad se manifiesta en todos los aspectos de nuestra vida: es una energía vital y movilizante.

Si bien utilicé como punto de partida la teoría psicoanalítica o una interpretación libre ("a lo Mily"), no está de más aclarar que las categorías fueron usadas a modo explicativo. En realidad, no deberíamos ponernos etiquetas porque el amor es amor y nada más. La necesidad de clasificar todo en categorías es propio de nuestra mente y de nuestra necesidad de conocer y controlar, aunque esto en el plano universal y físico no tiene sentido. Solo sabemos una cosa: todas las actividades humanas se basan en la conciencia de la muerte, en nuestra finitud. Como nacimos para morir, podemos decir también que vivimos. Y para vivir no hay una fórmula *a priori*, cada persona se va autodescubriendo, va probando y entendiendo qué es lo que más le gusta o lo que más le atrae. El camino del autodescubrimiento es hermoso, es un desafío diario entenderte y aceptarte, nuestro corazón siempre da señales y sabremos tomarlas.

En cuanto al binarismo es necesario saber que es un instrumento de opresión para garantizar la perpetuación de la fuerza de trabajo y del orden establecido

(por eso la oposición oscurantista de los poderes clericales ante los modos de vincularse no heteronormativos). ¿Por qué pensamos todo de modo antagónico y en tensión siempre? Se puede pensar en torno a tríadas o cuartetos. La simplificación también es parte de la opresión descripta. Y la bisexualidad tiene un rol importante al momento de pensar la orientación sexual.

Para mí fue más fácil y hasta natural aceptar mi bisexualidad que aceptar mi transexualidad. Aunque muchxs niegan la existencia de la "B", nosotrxs resistimos. No hay ninguna "avenida del medio", aunque pueda existir una preferencia a cierto sexo/género la bisexualidad se manifiesta. La normatividad nos quiere etiquetar en un lugar o en otro; no se piensa, desde el poder, otra forma de organización y la ciencia (como dije al principio) es parte de esto. No podemos seguir clasificándonos sin darles valor, sin legitimar, a nuestros propios deseos. Y con represiones. Aunque, claro, la cultura es represión. Una sociedad libre debe poder deshacerse de estereotipos y conceptos prefabricados que no aplican al siglo XXI que hoy vivimos. Es importante buscar una nueva base epistemológica desde donde analizar las nuevas formas de socialización y de deseo. No es válido separar las emociones del cuerpo (ya es hora de desprendernos del cartesianismo). Y aquí la pregunta es ¿cómo hacemos? ¿Tenemos herramientas? Por último, para cerrar con un breve testimonio, debo aclarar que entiendo la bisexualidad y la pansexualidad como sinónimos o conceptos hermanados.

En cuanto a mi historia personal: la construcción de mi deseo, cristalizada en mi identidad, no me impidió vivir ni descubrir a quién amar. Desde muy chica mantuve vínculos tanto con hombres como con mujeres (a veces variando; por etapas me gustaban los chicos, otras veces las chicas). Mi familia lo vio también como algo natural. Sin embargo con mi transexualidad no sucedió

lo mismo. Y sufrí las consecuencias que sufre cualquier mujer trans en la Argentina de hoy: la expulsión del hogar y la supervivencia. Por suerte, pude lograr, con el tiempo, restablecer mis lazos familiares.

Los prejuicios son muchos y la sociedad no se imagina tampoco a una transexual juntada o formando pareja con una mujer cis o con otra identidad femenina. Entonces la lectura inmediata de identidad que se proyecta sobre una mujer trans es la heterosexualidad (pasa lo mismo con los hombres transexuales). Es difícil deconstruir estos caminos. Quizás porque la gente no se pone a pensar o no comprende todas las posibilidades de vida que existen y solo se concibe una forma impuesta de vivir, funcional al sistema. Es polémico pensar hoy que existen distintas formas de relacionarse más allá de lo que la heteronorma indica; todo se piensa en términos capitalistas, patriarcales y heteronormados. Nuestra opresión reside en las limitaciones que el sistema impone a nuestro pensamiento en torno a ciertas acciones aceptadas, sin permitirnos ver el abanico de posibilidades de acciones que podemos realizar. Pero, sin lugar a dudas, es posible otra forma de vivir nuestro cuerpo y nuestra sexualidad.

Jacinta Bichimahuida

por Iris Luz Ortellao

Había una vez la chica Pan y Queso.

Su debilidad era el jamón.

Su virtud era ser comida.

Oriana, Lugano, 13 años

La primera vez que escuché hablar de educación sexual fue cuando me dejaron afuera de la posibilidad de acceder a ella, en segundo año de la secundaria. Nos dictaron un comunicado diciendo que las chicas nos retirábamos antes porque el profesor tutor les daría un taller a los varones. Al día siguiente, por supuesto, les preguntamos a nuestros compañeros qué habían hecho. Nos dijeron que les habían enseñado a ponerse el preservativo, que el profesor sacó la pija y que lo obligó al Facha a hacer lo mismo para explicarles al resto. Algunas sospechamos que nos estaban gastando, pero lo cierto es que nunca tuvimos otra versión porque los pibes habían acordado un relato sin fisuras. Me daba mucha bronca, al mismo tiempo que me encorazonaba, pensar en la pija del Facha para el fin didáctico.

Mi entonces amiga Nayla me instó a que desistiera de saber la verdad: "por ahí es cierto, ese viejo es puto. Qué mierda nos importa, yo te enseño a poner el forro". Ella era así, sentenciosa. Como cuando me persiguió por toda la casa para darme un pico diciéndome que no sea boluda, que es un juego, que un beso no te hace torta.

Yo creía que sí, que un beso te hacía torta. Porque yo era la abanderada de *la bandera idolatrada, la enseña que Belgrano nos legó, cuando triste la Patria*

esclavizada con valor sus vínculos rompió y ante todo la coherencia: las que besan mujeres son lesbianas. Porque, "las personas bisexuales no existen", decía mi papá, "son degenerados como el carnicero de la esquina de casa que está casado y todos saben que se coge travas de la calle Pasco". Y así fue cómo, metódica e inquebrantable en defender mis matrices de aprendizaje, dos años después, cuando Jéssica, la primera lesbiana visible de la escuela, me besó en la boca, les escribí una carta y la dejé bajo la almohada.

Usé citas de la canción "Honrar la vida" de Eladia Blázquez para argumentar que *lesbianismo militante o muerte*. Mis padres me abrazaron como en las películas y respiraron aliviados. Por un lado esto descartaba la hipótesis de que mi comportamiento extraño se debiera a las drogas que me proveía la lesbiana que venía a visitarme y, por sobre todo, me alejaba a perpetuidad de los varones: responsables unívocos e incuestionables de la violencia sexual que cruza toda nuestra trama familiar, plagada de tíos, abuelos y primos violines.

Mi salida del armario lésbico careció irremediablemente del componente sórdido para el que mi imaginario adolescente se había preparado durante meses. Mi mamá les hacía pastafras a mis novias, mi papá salía en los programas locales de TV en Rosario hablando del orgullo de tener una hija lesbiana y yo me puse a militar con la agrupación LGBT de la ciudad (lo de la sigla es mentira: eran un montón de putos, una lesbiana y ninguna persona trans ni bisexual). Por supuesto, me puse de novia con la única lesbiana disponible aunque fuera violenta y mercenaria.

La primera vez que conocí a una bisexual fue en EspArtiles (Espacio de Articulación Lésbica), una red nacional de activistas lesbianas y bisexuales (aunque su nombre no le hiciera justicia) que se formó en el XIX Encuentro Nacional de Mujeres, año 2004. Al siguiente, las participantes se autoconvocaron en Rosario y

realizaron el primer taller presencial. Los putos de la asociación me sugirieron que no fuera porque las feministas eran jodidas. Pero fui igual: eran muchas pero muchas lesbianas y ninguna me daba bola. La mayoría me duplicaba en edad (literalmente) y habían leído cosas que yo ni sabía que existían. Me costó largo rato entender por qué se peleaban, hasta que llegó la bisexual: tarde y en minifaldas. Tenía casi mi edad. Se me cruzó por la cabeza que me gustaba por cercanía generacional pero no. Las minifaldas me impresionan cuando las usa otra.

La piba no era muy bienvenida, quería que se nombrara a las bisexuales en todo lo que participaran y eso fue lo que desató esta escena paradigmática: una lesbiana le arrojó una silla de plástico al grito de "¿Vos tenés idea de lo que nos costó a las lesbianas la visibilidad?". Y la mayor parte de las compañeras contuvieron a la agresora. Fue entonces cuando la bisexual dijo mi frase preferida: "A las bisexuales nadie nos quiere pero todas nos cogen".

Recién egresada del secundario aprendí que ser bisexual era un riesgo, que la fuerza de trabajo no es suficiente para ser nombrada, que lo puto no quita lo patriarcal, que la historicidad de las personalidades disculpa las violencias, que el adultocentrismo academicista es una práctica legitimada y que el querer no es implicancia del coger. Todo eso también es educación sexual. Por eso y mucho más, devine feminista y amiga de la bisexual.

Cuando fui adulta y flamante profesora de Lengua y Literatura, me mudé a Buenos y Aires. Ese mismo año decidimos con mi compañera tener un hijx y casarnos para conseguir el reconocimiento legal de la co-maternidad. Por alguna extraña y conservadora razón, me resultó buena idea hacer de esto un hecho pedagógico: mis estudiantes nos fueron a tirar arroz al registro civil y la jefa del departamento del área Comunicación

nos regaló una caja de té pintada a mano. Fui quizás la primera profesora lesbiana visible de Lugano. Nuestrxs invitadxs feministas se rieron coralmente cuando prometimos fidelidad: fraudulentas antes que monógamas. Y así me trencé en las contradicciones de habitar los deseos en el marco del Estado burgués. Fue hermoso.

Los de tercero les contaron a sus hermanitos en la escuela, ellxs a los ingresantes del año siguiente y así para siempre, hasta que pronto se empezaron a animar a preguntar:

-¿Profe, estás casada?

-Sí.

-¿Y cómo se llama tu marido?

-Leticia.

Y así la clase de educación sexual salía sola. Yo ofrecía mi historia, ellxs me retribuían con la propia y problematizábamos. Pronto me formé en Educación Sexual Integral y me aboqué a la tarea de que el relato hegemónico se llenara de fisuras. Aprendí a desarmar cuentos tradicionales con ellxs, a jugar con campos de látex en clase, a ser escucha de violencias y a responder con cuidados frente a ellxs. Aunque, fuera de lo previsto, también me convertí en el sujeto pedagógico de la espantosa consigna: "El mismo amor, los mismos derechos". El discurso del amor como valor es el closet del deseo, porque los amores que tengo y he tenido nunca serán jamás el mismo que habita y autoriza la heteronorma.

Por ser terca en el deseo, tuve que quemar todo el ayer y el anteayer. Un día, escabía y premeditadamente, me cogí a dos chongos en Las Toninas (porque mis veleidades burguesas son solo conceptuales). Y me gustó. Se me había puesto en la cabeza que no quedaba embarazada porque lo tenía pendiente. Y cuando creí que ya había cumplido, me enamoré de un gordo. Hermoso, creativo, groncho. Y me separé de mi novia.

Y ese año mis papás no me llamaron para mi cumpleaños. Y acá se acaba la música de Disney porque me quede sola, sin comunidad lésbica (algunas creían que era un esnobismo y otras simplemente me tenían asco). De pronto yo era una práctica sexual de riesgo, embadurnada de infecciones de transmisión sexual. Inestable, pendeja, desertora, risible, poco comprometida con las políticas de las disidencias.

Para la época en que me di cuenta de que nunca había dejado de desear varones, comenzaron a reunirse las compañeras de Bisexuales Feministas en los grupos de reflexión. Nunca pude ir. Me costó más de un año entender que yo era bisexual aunque no fuera el "carnicero de la esquina de casa que está casado y todos saben que se coge travas de la calle Pasco". Y cuando lo supe, quise volver a la casa natal a abrazar al carnicero. Porque matar al padre es celebrar y afectivizar los deseos que se escaparon de esa ley.

Y un día, por fin, les dije a mis estudiantes que me nombraba bisexual, aunque años antes hubiera dicho lesbiana. No hubo condenas ni peros, hubo identificaciones. Porque efectivamente la bisexualidad es una identidad muy propia en la adolescencia e incluso puede ser transitoria. El problema no es ese. El problema es que el adultocentrismo se arrogue el derecho de sentenciar que lo adolescente y lo transitorio son degradaciones.

Volví con mi compañera, que me acompañó en todo el proceso de salida del armario bisexual, y tuve un hijo. Pude formar nuevas y genuinas alianzas políticas en los feminismos, hago proselitismo bisexual en el aula. Habito la bisexualidad no monogámica con las latencias y potencias que el cuerpo, la clase y el género me permiten. Y no, no soy de fiar.

El nombre de la cosa o "el carnaval te pone gay"

por Luisa Stegmann

Después de cursar todo el año y estudiar juntas para cada parcial creo que tengo una amiga nueva. Promocionamos con diez y nos juntamos a celebrar en mi casa. Mi novio compra cerveza, picada y se encierra en el cuarto, para que festejemos tranquilas. Cuando no queda más birra buscamos con qué seguir emborrachándonos. Solamente hay vino. Le sirvo. A mí no me gusta el vino y de repente me doy cuenta de que no quiero que tenga ese sabor en la boca. Freno la mano que acerca la copa llena. Detengo ese sorbo explicando que no me gusta, que mejor espere. ¿Que espere qué? No lo digo y no hace falta. Nos besamos y nos desparramamos en el piso del living mientras mi novio duerme. Él solía decirme que involucrarme con una mujer era doble traición: por estar con otra persona y por no invitarlo. Bajo por primera vez una bombacha que no es la mía. No se me ocurre invitarlo. No pienso en él. Pero después de esto tampoco vuelvo a verla a ella.

El silencio de Adriana me enoja a catorce años de su consultorio. Lacanianamente como era, no comentó, no explicó, no intervino. "Si me gustan los varones, no me pueden gustar las chicas, así que esa chica de la facultad no me gusta en realidad". Y ella, silencio. "Porque la verdad es que los varones me gustan". Y ella, silencio.

Voy a una fiesta en una agencia de publicidad. Es temática, algo de naves espaciales. Terminó en el centro de la pista, entre dos astronautas que me hacen sanguichito. Pasan las horas y seguimos bailando, uno de los astronautas y yo. Sube la temperatura y mi astronauta

empieza a sentir mucho calor, con su mameluco blanco y su escafandra espejada. Se saca esa pecera de la cabeza y veo su pelo rapado de un lado, largo del otro. Se abre el traje para que le llegue oxígeno al cuerpo y veo su musculosa de morley blanca y un par de tetas inesperadas. La beso. Me lleva a un costado, no quiere que nos vean sus colegas. Nos besamos en un pasillo y nos vamos a mi casa. A la mañana siguiente nos hago un café, le explico dónde tomarse el colectivo y me da su teléfono. Mi amiga, que vive conmigo, me carga, dice que me gustan las chicas feas. También dice que me gustan los chicos feos. Evidentemente, y por suerte, tenemos gustos diferentes.

¿Ni la chica de la facultad, ni la de la fiesta, ni la del subte, ni la otra de la facultad me gustaban? Mi deseo por los varones, lo inexplicable y el silencio.

Mi chica astronauta disimula en público, pero cuando vamos al cine me deja que le agarre la mano. Caminamos por la Avenida Paulista y entiendo por qué a veces me suelta. Y no pienso que tenga que ver conmigo. En su casa podemos ver dvd's de Alanis Morissette y cantar desafinado, podemos besarnos con esa intensidad que me hace perder arios y escapar antes de que llegue la hora de dormirnos abrazadas o de plantar el cepillo de dientes.

"Eso sí que no lo entiendo", dijo mi vieja cuando mencioné por primera vez la bisexualidad. Una chica puede ser astronauta. Las bisexuales podemos ser alienígenas.

Pasamos la noche en la comisaría, unas del lado de adentro, otras esperando afuera. Ninguna duerme y sabemos que estamos juntas, aunque hayan dispuesto celdas individuales para disciplinarnos. Cuando ya no pueden sostener el encierro injustificado las dejan salir y podemos volver a nuestras vidas un poco más fuertes y golpeadas. Una compañera de aguante nos dice,

al despedirse, que tengamos cuidado, especialmente nosotras, las bisexuales, porque dormimos con el enemigo.

Mi última relación monogámica fue con un varón. Cuando nos separamos le pedí que, si efectivamente se animaba a la escritura, yo quería un regalo de cumpleaños de su pluma: quería un cuento erótico en el que no pudiera saber el género de los personajes. Nunca me lo mandó, seguramente no sabe cuándo es mi cumpleaños. Me deseó que fuera muy feliz siendo lesbiana con mis amigas.

Recupero mi diario íntimo. "Sus ojos son preciosos y a veces quisiera ser hombre para poder mirarla más honestamente", leo en una entrada. Cumplía veinticinco y seguía compartiendo con Adriana el consultorio y el silencio.

Si hubiera sabido que existía la bisexualidad, habría podido responderme las preguntas que no podía hacer. Tal vez habría encontrado el nombre de mi deseo que solo sabe sumar. Me habría ahorrado varios desencuentros. Supe que era bisexual cuando supe que existía esa posibilidad: cuando me encontré con otras bisexuales feministas y pude hacer de mi deseo, también, militancia contra tanto silencio.

Índice

Prólogo

Por María Luisa Peralta 5

Entre el saber y el afecto: una introducción

Por Laura A. Arnés, Malena Correa, Agustina Herrero, Agustina Invernizzi, Josefina Itoiz, Iris Luz Ortellao y Ayelen Pandolfi Chediak 17

Lo bisexual en cuestión: modulaciones entre la teoría y el activismo

Bisexualidad, ¿un disfraz de la homofobia internalizada?

Por Alejandra Sardá 23

Con la frente alta Entrevista a Alejandra Sardá

Por Paula Jiménez España 33

(De)construcciones en torno a una narrativa: la importancia de una epistemología bisexual y sus connotaciones ético-políticas

Por Laura A. Arnés, Gabriela Balcarce, Magdalena De Santo, Mayra Lucio 43

Genealogías bisexuales: recorridos posibles por la historia

Por Laura A. Arnés, Malena Correa, Josefina Itoiz 59

Miradas en escorzo: desafíos de las representaciones bisexuales en el cine contemporáneo

Por Agustina Invernizzi, Ayelen Pandolfi Chediak 97

Esa cosa escandalosa. Sentidos construidos en torno a las bisexualidades en los Encuentros Nacionales de Mujeres

Por Ayelen Pandolfi Chediak 115

Esencias espurias y el continuo bi-torta

Por Mayra Lucio 143

Usar la voz, poner el cuerpo: bisexuales feministas

La fluidez del deseo

Por Daniela Portas 161

Orgullo y prejuicios

Por Bisexuales Feministas 165

Cine Clase Bi

Por Bisexuales Feministas 175

Uno por ciento

Laura A. Arnés 181

Lesbiana conversa

Por Bisexuales Feministas 183

Negras de mierda, presas por marchar

Laura A. Arnés 189

Ni confundida, ni en transición: ser bisexual es mi decisión

Por Lucas Gutiérrez 193

Anexo: un archivo de imágenes bisexual feminista 200

Poéticas del deseo: relatos de la experiencia

Explicar con palabras de este mundo

Por Laura A. Arnés 207

Viento en la cara

Por Gabriela Bejerman 210

Tomboy femme o cómo se llega a ser lo que se es

Por Laura Contrera 217

Bi-MILF: Bisexual Mothers I'd Like to Fuck

Por Malena Correa, Iris Luz Ortellao, Ayelen Pandolfi Chediak 221

Mantenernos inquietxs

Por Agustina Herrero	229
Piel de durazno	
Por Agostina Invernizzi	233
La cuestión numérica	
Por Julia Martinez Heimann	235
El miedo es información	
Por Julieta Massacese	239
Transexualidad y orientación sexual	
Por Emilia Victoria Matos	242
Jacinta Bichimahuida	
Por Iris Luz Ortellao	246
El nombre de la cosa o "el carnaval te pone gay"	
Por Luisa Stegmann	251

Otros títulos de Madreselva:

Los hombres del triángulo rosa
Heinz Heger

PornoBurka
Brigitte Vasallo

Cuerpos sin patronos
Laura Contrera y Nicolás Cuello

Ficciones lesbianas
Laura Arnés

Ética tortillera
Virginia Cano

Nadie viene sin un mundo
VV.AA.

La prostitución masculina
Néstor Perlongher

El sótano de san telmo
valeria flores

Pariremos con placer
Casilda Rodríguez